

BAANTJER

MUERTE EN ÁMSTERDAM

DOS CASOS DEL INSPECTOR DE COCK

"La personalidad inconformista de De Cock lo convierte en un hábil analista del comportamiento antisocial."

El autor más leído de Holanda

PUZZLE


El estrangulador de los domingos

Capítulo 1

De Cock deambulaba, con las manos apoyadas en la espalda, esperando sin rumbo fijo por la sala de detectives. Sin más distracción, el veterano Inspector del Departamento de Homicidios de la Policía Municipal de Ámsterdam, de la famosa comisaría de la calle Warmoes, se detuvo frente a una de las ventanas de la sala.

Era un día gris de verano, y por supuesto, como casi todos los días, llovía. El familiar paisaje de los edificios del otro lado de la calle, se distorsionaba bajo la lluvia constante de un cielo cubierto que amenazaba con no despejar por lo menos en unas horas. Con desesperación, De Cock alzó la vista hacia el horizonte, no alcanzando a ver más que los brillantes tejados de los edificios del centro de la ciudad.

Abajo, en la esquina del callejón, Moshe había atrancado de nuevo la boca de la alcantarilla con sus desperdicios. El "hombre de los arenques" colocaba su puesto en la esquina y desde allí vendía el típico tentempié holandés. Los turistas, poco acostumbrados a este tipo de comida, miraban asombrados y con cierta repulsión como escamaba con destreza un arenque crudo, le cortaba la cabeza y le limpiaba las tripas. Luego, uno de los numerosos clientes del barrio, lo cogía con la misma habilidad, y después de pasarlo por una cebolla cruda, lo engullía de dos o tres mordiscos echando la cabeza hacia atrás. Lo holandeses consumen toneladas de este pescado todos los años.

Con Moshe abajo, el callejón siempre despedía un olor a podrido, mezcla de pescado y cerveza. El hedor impregnaba los edificios de toda la calle, y en la comisaría en particular se mezclaba con la fragancia dulzona de los desinfectantes químicos empleados para limpiar las celdas del sótano.

Estaba de mal humor y no lo ocultaba. El comisario le había hecho volver en mitad de unas bien merecidas vacaciones y desde su vuelta a la ciudad no había parado de llover.

Se había pedido esos días para evadirse en el buen tiempo que por esta parte del año suele hacer en la costa oriental del país. Necesitaba la luz del sol y sentir el calor de lo rayos en su piel, tanto como romper con la rutina de su sórdido trabajo.

Para ello, se iba a dar largos paseos por los brezales, acompañado únicamente por su viejo perro Flip, un bóxer de carácter afable. El sol le había dado algo de color, y la tranquilidad y la soledad de los campos le había hecho, de alguna manera, olvidarse de los crímenes y de los aspectos más sórdidos de su trabajo. La parte vieja de Ámsterdam, atravesada por innumerables callejones y callejas, por canales y puentes, había llegado a convertirse en algo ajeno, irreal, como de otro mundo. Una pesadilla con la que había convivido durante más de veinte años.

Pero entonces llegó el telegrama y con él la vuelta a la realidad, a enfrentarse de nuevo con los peores crímenes.

Mientras hacían el equipaje y cerraban la casa, empezaron a divisar por el horizonte, en dirección a Ámsterdam, las primeras nubes grises. La lluvia caía incesante cuando entraron en la ciudad. Su mujer permaneció en silencio todo el camino, y su fiel bóxer gemía levemente en el asiento de atrás.

De Cock estaba definitivamente de muy mal humor.

¿Por qué no le dejaban en paz? Quería olvidarse de una vez de los cadáveres, de los repulsivos crímenes que acaparaban la atención de los medios y quedaban expuestos bajo los focos de la noticia. Ahora que se hacía mayor, se daba cuenta de que prefería resolver por su cuenta delitos menores, pequeños casos que le permitieran seguir sus peculiares métodos de trabajo. Su forma de administrar justicia era poco convencional para los métodos actuales, pero al fin y al cabo daba resultados.

Al comienzo de su carrera, consideraba un honor que le asignaran un caso difícil o señalado; ya no, a estas alturas su expediente estaba más que cubierto.

Ahora se había incorporado una generación nueva de detectives. Jóvenes de treinta y pocos años, preparados con un entrenamiento físico muy duro a la vez que instruidos en diferentes campos de la ciencia, como la informática y los últimos avances tecnológicos en trabajos de medicina forense. Se relacionaban únicamente entre ellos, y mantenían largos debates sobre psicología criminal, la determinación genética y la influencia del medio en el individuo. Utilizaban a menudo términos como "input" y "output" que a él se le escapaban por completo.

De Cock no participaba en esas conversaciones. Le consideraban una pieza de museo anterior a la Segunda Guerra Mundial, una época que ellos conocían sólo a través de los libros.

Al principio de su carrera, las cosas eran muy distintas. Cuando en su momento decidió ser detective, bastaba con tener una buena capacidad deductiva. Eso era todo. La sociedad no era tan compleja y los crímenes tenían, hasta cierto punto, más lógica. Hacía esfuerzos por mantenerse más o menos al día, pero no le resultaba nada fácil.

A pesar de ser consciente de la transformación social y tecnológica de las últimas décadas, y de los grandes avances científicos en las investigaciones, sus ideas y opiniones permanecían fijas desde hacía demasiado tiempo como para cambiarlas ahora, y lo mismo le ocurría con su moral. La llamada revolución sexual le parecía un descontrol hedonista, alejado de toda sensatez. Esa nueva permisividad también era muy diferente al ambiente de estricto decoro en el que había crecido.

Gracias a la reputación de sus éxitos pasados, su opinión seguía contando en estos momentos tanto como antaño, o por lo menos servía para que los jóvenes detectives lo tuvieran en cuenta y lo respetaran.

De Cock resopló.

Aquí estaba de vuelta en la comisaría por el asesinato de una prostituta. Estos jóvenes tan preparados llevaban más de diez días trabajando en ello sin llegar a ninguna conclusión. Y ahora esperaban que él resolviera el caso sobre la marcha. Era un desafío, una provocación. Algo parecido a una carrera amañada. Si resolvía el caso, no hacía más que cumplir con las expectativas. Si fallaba, acabaría con su reputación entre las nuevas generaciones. Sabía que ese respeto quedaría destruido si fallaba. Miró su reloj. Ya eran casi las diez. Vledder llegaría en cualquier momento con los informes.

El detective Vledder era uno de esos oficiales jóvenes. Alto y rubio, su cara reflejaba buen carácter. Le caía bien. Parecía menos soberbio que los otros, menos obsesionado con su superioridad, y más tolerante con las peculiaridades ajenas, incluyendo las suyas. Vledder tendría

que ponerle al día e informarle de los detalles más escabrosos por decisión del comisario.

De Cock se dio la vuelta al oír unos pasos. Vledder entró sonriente, con unas carpetas bajo el brazo, se acercó hacia él y extendió la mano para saludarle.

—Me alegro de verle. ¿Qué tal las vacaciones?

—Muy bien, siempre son muy bien recibidas.

—Me gustaría pedirle disculpas por haber solicitado su colaboración.

—¿Fuiste tú?

—Sí, bueno... fue idea mía. No llegábamos a ninguna parte. Estamos en un callejón sin salida, atascados. Por eso le propuse al comisario que le llamara. Usted tiene mucha experiencia en este tipo de casos.

La expresión de De Cock se volvió más melancólica. Las arrugas de su cara se hicieron más patentes y sus cejas vibraron ligeramente. Todo el mundo sabía que las cejas de De Cock tenían vida propia. Su capacidad acrobática era inigualable para cualquier otro par de cejas.

—Pues no me has hecho un favor precisamente —suspiró.

Vledder le miró sorprendido.

—Lo siento —dijo algo cohibido—, pensé que agradecería la oportunidad de demostrar sus dotes una vez más. Que yo sepa, hace tiempo que no lleva un caso importante.

De Cock se peinó despacio con la mano. Observó el gesto decepcionado de su compañero para ver si detectaba señales de cinismo, pero no fue capaz de apreciar ninguna.

Aparentemente, Vledder decía lo que pensaba. Una sonrisa amable iluminó la cara de De Cock.

—No te preocupes hijo —le dijo en un tono amistoso—. Vamos a ver lo que tienes.

Vledder parecía aliviado. Abrió las carpetas y ordenándolas en una secuencia cronológica, fue llenando poco a poco toda la mesa de fotos.

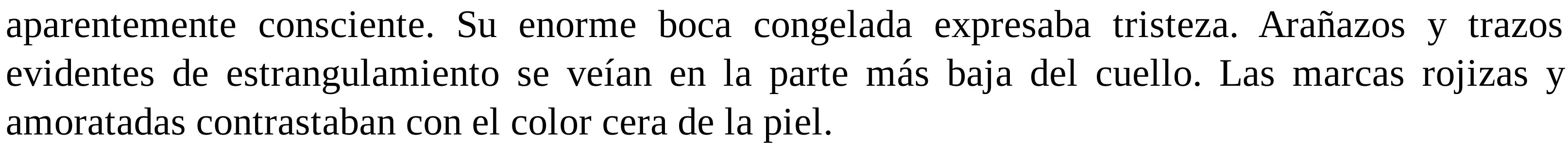
—Pedí que hiciesen fotos en color además de las de blanco y negro —dijo, volviendo a su tono despreocupado—. Me pareció oportuno para reflejar exactamente lo que encontramos y cómo lo encontramos.

Vledder adoptó un tono ligeramente oficial.

—El asesinato, se cometió la noche del tres al cuatro de julio en un edificio propiedad de Molly la Luminosa. Es una especie de burdel. Por ahora, no ha sido posible determinar la hora exacta de la muerte, pero ciertas suposiciones nos llevan a pensar que debió ser alrededor de la una de la madrugada. La víctima era una prostituta de treinta y cinco años conocida como Sonia la Gorda —añadió señalando una de las fotos—. Mire, así la encontramos.

De Cock se inclinó y miró la foto. Mostraba el cuerpo de una mujer relativamente joven, semidesnuda y tendida sobre un sofá grande. Su única vestimenta consistía en un corsé sucio con algunas ballenas partidas. En un esfuerzo que inspiraba compasión, la víctima había intentado ceñir su cuerpo para darle una apariencia más tentadora, pero el corsé, no había podido contener su masa informe. El exceso de grasa asomaba por los bordes doblados de la escasa vestimenta. Sonia la Gorda se había ganado su apodo.

Había también un primer plano de la cara. Una fotografía espeluznante. El flash de la cámara se reflejaba en los ojos dando vida a la retina. El resultado era la foto de un cadáver con mirada



aparentemente consciente. Su enorme boca congelada expresaba tristeza. Arañazos y trazos evidentes de estrangulamiento se veían en la parte más baja del cuello. Las marcas rojizas y amoratadas contrastaban con el color cera de la piel.

De Cock suspiró.

—¡Pobre Sonia! —murmuró sinceramente entristecido.

—¿La conocía?

—Había hablado con ella algunas veces —asintió De Cock—. Tenía tres hijos. Su marido la había abandonado hace unos cinco años. Unas copas de más la animaron en una ocasión a hacerme unas confidencias. Supongo que él estaría con otra en alguna parte.

—¿Y?...

—Bueno, pues que ella dejó de interesarse por todo salvo por sus hijos, y se metió en la prostitución. Todas las semanas mandaba un dinero a su hermana, en Rotterdam, y ésta a cambio se ocupaba de sus hijos.

—La hermana echará ahora de menos ése dinero —señaló Vledder con seriedad.

—Y los niños echarán de menos a su madre —sentenció De Cock.

En silencio siguieron mirando las fotos.

—¿Sabe si veía a los niños alguna vez?

—Sí, muy a menudo; teniendo en cuenta las circunstancias, era una buena madre. En cuanto podía los visitaba y hacían pequeñas excursiones, generalmente a la playa. Tenía una pequeña casa cerca de Seadike. Esos días, eran lo único que le daba sentido a su vida.

De Cock hizo una breve pausa.

—Por supuesto —continuó—, los niños no sabían a qué se dedicaba su madre. Todavía son demasiado jóvenes para planteárselo. Simplemente esperaban ansiosos a que ella les fuera a ver para irse juntos a la playa. No pedían más. ¿Por qué iban a hacerlo?

—¿Quién podría beneficiarse de su muerte? —suspiró Vledder.

—A primera vista, nadie —De Cock se encogió de hombros—. Después de todo, no era más que un pedazo de un matrimonio roto. Eso es todo. No estaría de más hacer algunas preguntas al marido fugado. No sé. En casos como estos hay problemas respecto a la custodia. A veces, las disputas pueden ser amargas y llevar al más puro odio. He conocido casos en los que parecía imposible que las partes hubiesen estado casadas y se hubiesen querido alguna vez.

Por cierto —dijo girándose hacia Vledder—, ¿Habéis localizado ya al marido? ¿Lo has interrogado?

Vledder negó con la cabeza.

—Todavía no le hemos encontrado.

—¿Es que no estuvo en el funeral?

—Eso... eh, no lo sé —tartamudeó Vledder.

De Cock le lanzó una mirada de reproche.

—¿No fuiste al funeral?

—Sí, sí fui —afirmó—, pero sólo me fijé en el sellado del ataúd.

De Cock hizo un gesto de desaprobación.

—Déjame enseñarte una cosa, hijo, aunque sea lo único que puedas aprender de mí. Siempre

hay que estar alerta durante el funeral de una víctima. Créeme, es muy importante. Normalmente, aunque no siempre, el asesino suele estar allí. A veces, se colocan a cierta distancia, pero es raro, si es que alguna vez ocurre, que el asesino no vaya al funeral de su víctima. Puedo citarte infinidad de casos. En los crímenes, las emociones juegan un papel mucho más importante de lo que la gente imagina.

—Si vuelvo a investigar otro crimen —contestó tímidamente Vledder—, no lo olvidaré.

—Esta foto me parece muy bien —sonrió De Cock—. Aparte de eso —señaló hacia la mesa—, ¿tienes más detalles?

Vledder movió la cabeza.

—No mucho más —contestó frustrado—. Como puede ver por las fotos, todo lo demás parece en su sitio. No hay nada fuera de lo normal. La ropa esta ordenada en la silla, tal y como se la fue quitando. No hay ningún mueble fuera de su sitio. No hay señales de violencia anteriores al estrangulamiento. El asesino no dejó ninguna pista salvo las marcas en el cuello de la víctima, ni siquiera una huella. Es triste, pero no tenemos ninguna sospecha, ninguna intuición, no hay nada.

De Cock se acarició la barbilla.

—Entonces habrá que reactivarlo —dijo pensativo. Sus cejas, que podían adoptar las formas más extraordinarias y moverse de forma completamente inusual se contorsionaban de manera extraña. Vledder había oído hablar de ello, pero por fin estaba presenciando el fenómeno.

—Sí —repitió De Cock— sí, hay que ponerlo en marcha otra vez. Darle actualidad de nuevo. Eso será lo mejor.

—¿Se refiere a que vuelva a ser noticia en los periódicos?

De Cock afirmó insistente.

—Un caso está muerto cuando ya no hay interés por resolverlo, cuando nadie habla más de él. Así que lo primero que tenemos que conseguir es que la gente vuelva a interesarse por el asesinato de Sonia la Gorda. Tiene que ser tema de conversación en el tren, en el autobús, en las casas y a la hora del café. Tal vez haya alguien, en alguna parte, que se acuerde de algo que nos sirva para la investigación.

—Tiene razón, pero ¿cómo piensa reavivar un caso como este que ya está muerto? Si ni siquiera ocupa ya una línea de los periódicos.

—¿Qué te parece esto? —dijo De Cock sonriendo con malicia—: unos titulares como: "El marido de la prostituta asesinada sigue libre. Desde el descubrimiento del cadáver misteriosamente asesinada de Sonia la Gorda, etc., etc...".

La sonrisa de De Cock, era casi tan famosa como sus cejas. Era sin duda, su mejor cualidad física. Su cara arrugada y algo melancólica, se iluminaba con un entusiasmo infantil cuando sonreía.

—Desde luego, debería haberse dedicado al periodismo...

De Cock ignoró sus comentarios y descolgó el teléfono. Marcó un número y Vledder comprendió que hablaba con alguien de la prensa. De Cock dio un informe completo. Añadió que las investigaciones se desarrollaban al más alto nivel y que todo el personal disponible estaba movilizado para el caso.

Vledder escuchaba atentamente y cuando De Cock colgó no pudo contenerse más:

—¿De qué personal disponible habla?

La cara del inspector volvió a transformarse con su inimitable sonrisa.

—Somos nosotros, hijo, tú y yo. Después de todo, es lo que querías. Tendrás la oportunidad de observarme de cerca. Ya sabes lo que dicen: no hagas rabiar a un perro viejo, todavía le puede quedar un mordisco. —La idea le pareció divertida.

Con la boca abierta, Vledder le observó atónito mientras arrastraba los pies hacia la percha reservada para su vieja y más que amortizada gabardina. Se la ataba sin importarle demasiado, ciñendo su desgarbada figura con un cinturón tan retorcido, que parecía más bien una cuerda. Una llama juvenil brillaba en sus viejos ojos grises. Por fin, Vledder, recuperó la voz.

—¿Dónde va?

—Dónde vamos —corrigió De Cock—. Guarda todo eso, por ahora. Tú y yo vamos a patear la calle, y nuestra primera parada será la casa de Molly, Molly la Luminosa para ser más exactos.

Vleder se encogió de hombros.

—Ya la he interrogado.

De Cock hizo un gesto afirmativo.

—Claro que lo has hecho —sonrió—, lo sé. Pero nuestra salida no va a ser oficial. No, no. Sólo será una visita de cortesía, nada más.

La vieja Molly, era más conocida por Molly la Luminosa, en clara referencia a su ocupación en el Distrito de las luces rojas o Barrio Rojo. Había empezado su carrera ejerciendo ella misma la prostitución, así que conocía a fondo los secretos de la profesión. Al contrario que la mayoría de sus compañeras, había logrado ahorrar, y cuando la suma ascendió a un modesto capital, se compró una casa de ladrillo rojo cerca del centro del famoso Distrito.

Al principio tuvo que hacer frente a una hipoteca con unos intereses muy elevados, pero pronto superó aquella etapa. Consiguió pagar toda su deuda, y se convirtió en la afamada dueña de un burdel, una de las más destacadas madamas de la zona. Utilizando la palabra "buena" en su sentido más amplio, la vieja Molly podía considerarse una "buena" mujer, y así lo veía la gente. Se preocupaba por sus chicas, y eso ya era bastante en ese mundo.

Por supuesto, llevaba las cuentas como cualquier buena madama que se precie. Pero eso, por así decirlo, era parte de su trabajo. Desde su sillón pegado a la ventana, vigilaba a los clientes que entraban y salían. Su capacidad para calcular el tiempo de la visita era casi mágica. Tenía una habilidad especial para adivinar lo que cada cliente gastaría en su cita. Una sola mirada a la ropa y su actitud le bastaba. Esa cualidad era un don en su profesión. Después de todo, no había recibos, ni cajeros ni archivos de ningún tipo.

Los precios también variaban. La cosa consistía, como Molly solía decir, en "lo que un estúpido se quisiera gastar". Y los estúpidos eran los hombres que visitaban el establecimiento de Molly. Ella se llevaba el cincuenta por ciento. No se rompía la cabeza con cálculos complicados, simplemente hacía una estimación de lo que se le debía y las chicas se lo daban, generalmente sin protestar porque Molly no solía equivocarse. Incluso si alguna vez fallaba, solía ser por muy poco.

Recibió a los detectives con las suspicacias de alguien acostumbrado a vivir en los límites de la legalidad. Existía un compromiso entre Molly y la Ley. Aunque los burdeles, al contrario que la

prostitución, eran ilegales, se toleraba su existencia. Había una sonrisa en sus labios, pero su mirada no la acompañaba, permanecía alerta. Sin mucha ceremonia, De Cock sacó una silla de debajo de la mesa y se sentó como si hubiese sido invitado a cenar. Algo dubitativo al principio, Vledder hizo lo mismo.

—¿Qué es lo que quieren?

—Café —contestó De Cock lacónico—, con muy poco arsénico, si es posible. —A la vieja Molly no le hizo gracia el chiste. Le lanzó una mirada fulminante a la vez que sus ojos brillaban con furia contenida. Se fue a la cocina.

—Veré lo que puedo hacer —dijo al pasar—, después de todo estoy acostumbrada a satisfacer cualquier deseo de los chicos de azul.

—Que amable —sonrió De Cock.

En cuanto ella salió, De Cock se levantó y se sentó en el sillón de Molly, pegado a la ventana. En el alféizar había fabricado una ingeniosa instalación a base de espejos o más bien, retrovisores de coches. Estos le permitían ver a ambos lados de la calle y en cualquier dirección. El tráfico que iba y venía se podía seguir a través de uno solo de los espejos. De Cock vio reflejadas las figuras de los hombres que pasaban dudando de un escaparate a otro, evaluando los encantos femeninos que se exhibían tras los cristales, con más o menos ropa. Las luces rojizas iluminaban directa o indirectamente la "mercancía", tratando de aportar algún misterio y enmascarar cualquier defecto. Estas luces rojas que iluminaban los escaparates y las habitaciones donde esperaban las prostitutas era lo que daba nombre al Distrito.

Descubrió un espejo horizontal que miraba justo hacia la entrada del establecimiento de Molly. Mientras ella estuviera en su sillón, nadie podría entrar ni salir sin ser visto.

De Cock aún estaba sentado en el sillón cuando Molly volvió con el café.

—¿Qué haces en mi sitio? —le gritó.

Las cejas de De Cock realizaron una de sus acrobacias imposibles.

—Mirando —dijo en un tono amistoso y educado—. Sólo mirando. Trato de verificar si viste entrar al asesino de Sonia... —hizo una pausa para conseguir más efecto— y luego lo viste salir —concluyó.

—Yo no vi na'. Que ya lo dije —las tazas chocaron en la bandeja—. Lo dije y lo digo, yo no vi na'.

De Cock asintió en silencio.

—Eso es lo que dijiste —respondió despacio—, he leído los informes. Por supuesto, pero no creerías que yo me lo iba a tragar.

Levantó ligeramente la barbilla y la miró.

—Mi vieja y querida Molly —añadió en tono conciliador—, ya somos todos mayorcitos y nos conocemos desde hace mucho tiempo. No vamos a jugar al escondite a estas alturas. Siempre sabes exactamente lo que pasa en esta casa. Sabes perfectamente quién entra y quién sale. —Hizo un chasquido con la lengua, puso un gesto de incredulidad y siguió apretando los labios:

—Y ahora, justo cuando se comete un asesinato entre estas paredes ¿no sabes nada? Venga ya. No, no no, Molly, ni hablar, no puedes creer que soy tan estúpido.

Se movió inquieta y avergonzada. Dejó la bandeja sobre la mesa y se frotó la nuca.

—No me encontraba bien —murmuró—, estaba mala y me metí en la cama —arrastró los pies hasta la chimenea y cogió una caja de la repisa—. Mira, ábrela. Son pastillas que ma' dao el doctor. Tengo que tomar una cada día. Pregúntale si no me crees. Anda pregúntale. Estoy enferma.

De Cock la miró con cara de asombro.

—¿Enferma? —le preguntó suspicaz—. ¿Tú enferma? —Su tono de voz destilaba sarcasmo—. Pues eso es novedad, debe ser la primera vez en tu vida. En todo el tiempo que llevo en el Distrito no has fallado ni un solo día. Déjame ver un momento la caja.

—No tiene nada de particular.

De Cock sonrió.

—Déjame verla de todos modos.

Le temblaba la mano al dársela.

De Cock observó la caja.

—Es una receta del cinco de julio. Del día después del asesinato. ¿Es eso lo que te hizo enfermar de repente?

Ella agachó la cabeza.

—Estaba muy mal —susurró.

De Cock asintió, fingiendo que se sentía comprensivo.

—Sí —dijo bruscamente—, sí claro, pero después del asesinato, no antes. Sabías que la policía no creería tu historia de una enfermedad misteriosa y por eso fuiste al médico al día siguiente con alguna historia de un dolor de cabeza —señaló la caja en su mano—. Porque esto es lo que son estas pastillas, para el dolor de cabeza.

Ella le miró obstinada.

—Yo no vi na' —repitió con énfasis.

De Cock se dio la vuelta y echó otro vistazo al despliegue de espejos. Luego se puso en pie, suspiró, cruzó lentamente la habitación y se acercó hasta ella. Muy despacio, le acarició su pelo negro.

—Es completamente lícito —empezó a decir en tono amistoso—, que te cubras las canas con tinte negro. No hay ninguna ley contra eso —levantó un grueso dedo índice con gesto amenazante y cambiando de tono—, pero... si pretendes ocultarme a mí las pruebas de un crimen... vieja gruñona, entones te has metido en un buen lío. Te haré la vida imposible y te arrepentirás de haberme conocido. Me encargaré personalmente de que te quedes fuera del negocio. Y además te reservaré una celda calentita sólo para ti —le tocó suavemente la frente—. ¿Crees que lo habrá captado ese pequeño y astuto cerebro que tienes?

—No está... bien esto, amenazar a una vieja —dijo tragando saliva.

De Cock la ignoró. En eso podía llegar a ser exasperante. Podía ignorar cualquier cosa que no quisiese ver u oír. Nadie se atrevía a asegurar si se trataba de lapsos involuntarios o lo hacía a propósito.

Se sentó en la silla y sorbió tranquilamente su café. Haciendo unos ruidos muy poco refinados, sorbió hasta la última gota y se puso en pie.

—Vamos —se dirigió a Vledder—. Vámonos.

Antes de salir de la habitación agarró la manivela y se dio la vuelta amenazante:

—Volveré mañana. Si yo fuera tú, me metería en la cama pronto. A lo mejor si descansas como es debido se te aclara la memoria.

—Haz lo que tengas que hacer —contestó en un tono chirriante— yo no vi na'.

De Cock asintió con resignación.

—Ya, ya —dijo cansado—, ya he oído antes esa cantinela. Intenta cambiar de disco mañana. Ahora vamos a inspeccionar de nuevo la habitación.

Seguido de Vledder, De Cock subió las escaleras. Una nueva prostituta se había instalado en el antiguo cuarto de Sonia. Los huecos se cubrían rápidamente, como en todo. Había muchas aspirantes para atender la interminable riada de clientes.

De Cock entró en la habitación y miró a su alrededor. Todo seguía más o menos igual, como en las fotos que le había enseñado Vledder. Sólo faltaba el cadáver.

—Eres muy valiente —le dijo a la nueva chica.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros y señaló al sofá.

—Hay un viejo dicho —contó despacio—, que dice: el asesino, siempre vuelve al lugar del crimen.

Capítulo 2

Apoyándose sobre las patas traseras de la silla y con los pies sobre la mesa, De Cock leía tranquilamente el periódico. Su desordenada mata de pelo gris sobresalía por encima, mientras repasaba los reportajes de sus "filtraciones" a la prensa. Era un buen trabajo, la noticia hablaba de una persecución por todo el país, dirigida por los mejores inspectores. De Cock sonreía satisfecho. El enfoque de los artículos era halagador. Ya era hora de que le dieran algo de publicidad, y al cuerpo de policía también le vendría bien algo de buena prensa, para variar.

Cerca de las diez de la mañana, Vledder entró muy serio en la sala de detectives.

—Buenos días De Cock.

—Buenos días, hijo —le contestó jovial el inspector.

—Hay un hombre fuera en el pasillo, y... eh... Está furioso.

—¿Y?

Vledder hizo un gesto afirmativo; De Cock no sabía si era para confirmar la presencia de aquel hombre o para recalcar su enfado.

—Es el marido de Sonia la Gorda.

—¿Y dices que está furioso?

—Sí, ha preguntado por el comisario, pero todavía no ha llegado.

De Cock no pudo evitar sonreír ante la idea.

—Deja que espere un poco más a ver si se tranquiliza.

Se sirvió otro café y tranquilamente volvió a colocar los pies sobre la mesa.

—¿Ha mandado el forense su informe del laboratorio?

Vledder se encogió de hombros.

—No dice mucho. Algunos cartílagos de la traquea aplastados y la nuca partida. Al comprimirse la arteria cervical, se creó un exceso de presión sanguínea que le hizo perder el conocimiento. Aparte de eso hay ligeras contusiones a ambos lados del estómago, justo por encima de las caderas.

De Cock escuchaba en silencio.

—El estrangulador es una persona seguramente muy fuerte. Probablemente, se subió sobre la víctima agarrándola con sus rodillas por la zona de las caderas y luego, la asfixió con las manos. Al presionar para estrangularla, apretó las piernas con fuerza y por eso dejó las marcas.

Vledder le miraba lleno de admiración.

—Eso es exactamente lo que ha dicho el doctor. Está claro que entiende del tema.

Sin poder evitarlo, De Cock se sintió alabado.

—Bueno —dijo algo cohibido—, no es precisamente mi primer asesinato.

Se levantó y miró por la ventana. El cristal estaba sucio por la lluvia del día anterior. La tenue luz del día, nuevamente nublado, hacía brillar los tejados de las casas. Abajo, Moshe, "el hombre de los arenques", maniobraba con su tenderete para colocarlo en posición. De Cock abrió la ventana y husmeó.

—Hay platijas frescas empanadas —murmuró—. Hoy no toca ahumados.

Cerró la ventana y se giró despacio hacia Vledder.

—Anda, dile a la media naranja de Sonia que pase.

—¿Cree que se habrá calmado?

De Cock sonrió.

—Ahora veremos.

Vledder salió y un momento después, sujetaba la puerta a un hombre de aspecto elegante, invitándole a entrar. El hombre rondaba los cuarenta y no parecía nada calmado. Rojo de ira, entró pisando con fuerza. El eco de sus pisadas resonaba con furia por las paredes de la sala, como si fuese un dragón a punto de atacar una fortaleza enemiga. Llevaba un periódico en la mano y lo blandía a modo de espada.

—¡Voy a poner una denuncia! —gritaba—. ¡No voy a tolerar esto! —añadió esgrimiendo el diario—. ¡Esto es un insulto, una difamación! —siguió enloquecido—, ¡es una injuria! ¡Yo no tengo nada que ver con esa furcia!

De Cock se sentó tranquilamente detrás de su mesa y miró al hombre con desprecio.

—¿Usted... se refiere a Sonia? —le dijo fingiendo no comprenderle—, ¿la madre de sus hijos?

La cara del hombre enrojeció todavía más. Sus orificios nasales se abrían y cerraban sobre un fino bigote. Por un momento fue incapaz de articular una sola palabra.

—Vamos a ver —gritó enloquecido—, aquí dice que la policía me busca por asesinato. ¡Pero cómo se atreven! No es posible que puedan escribir algo así. ¿Es una... broma? ¡Eso es lo que es! ¡Un insulto! ¡Un libelo! ¡Una difamación!

—Ya sabe como son los periódicos —dijo De Cock moviendo la cabeza en señal de desaprobación—. Me pregunto de donde sacarán ese tipo de información.

Hizo un gesto invitando al marido a sentarse en una silla junto a su mesa.

—Pero, haga usted el favor de sentarse, ¿señor...?

—Branders.

De Cock sonrió.

—Señor Branders. Tanta excitación no es buena para la salud. Yo tuve un colega...

—Al infierno su colega.

De Cock puso cara de asombro.

—Era un buen colega —dijo compungido—, y... eh... un buen padre. Verá, estaba casado y su mujer le dejó. Le abandonó, y tuvo que ocuparse solo de tres hijos pequeños. Estuvimos todos muy impresionados con aquello. Él no podía hacerse cargo de los niños.

—Pero... ¡qué me está contando! —gritó el hombre con impaciencia—, yo he venido para...

De Cock suspiró y se frotó la cara con las manos.

—Quiero decir —continuó en tono pausado—, que su mujer le dejó por un hombre más joven. Sí, uno más joven, me acuerdo muy bien. —Hizo un gesto confuso—. La verdad es que ella no era ninguna joya. Solíamos decir, entre nosotros... la mujer de Jansen no tiene personalidad, no es más que...

El marido se estaba empezando a poner verdaderamente histérico.

—¡Pare ya! —chilló—. ¡Déjelo! A mí que me importa su maldito colega. Estoy aquí para poner una denuncia, para presentar cargos. Quiero querellarme con el que haya escrito el artículo.

¡Eso es todo! ¡No me interesan los chismorreos de la mujer de su colega! ¿Me oye?

La expresión indulgente y comprensiva de la cara de De Cock, cambió de repente. Sus cejas hicieron una de sus complicadas piruetas, y su mirada se volvió felina e intimidante.

—¿Chismorreo dice, señor Branders? —inquirió en tono amenazador.

—Pues... sí —contestó el marido, impresionado por el cambio del detective.

De Cock se levantó mostrando su porte. Su expresión amenazaba tormenta huracanada.

—Voy a decirle algo señor Branders —musitó entre dientes—, yo nunca chismorreo. ¿Me oye? ¡Nunca! Pero si es usted tan estúpido que no puede entender lo que quiero decirle, se lo explicaré directamente. Es usted el culpable de la muerte de la pobre Sonia. —Se calló un momento, y le señaló. El marido se acobardó—. ¡Sí, usted señor Branders!

—¿Yo...?

De Cock afirmó con énfasis.

—Sí, mi "valiente" amigo. ¡Usted! La dejó cuando más le necesitaba, y la dejó sin dinero a cargo de tres hijos pequeños. Se fue sin mirar atrás, sin decir ni siquiera a donde. Historia pasada. Ya no le interesaba, porque había encontrado a otra. Más atractiva y sobre todo más joven que su Sonia, que había estado embarazada tres veces en menos de cuatro años, y había engordado un poco.

Hizo una pausa para coger aliento.

—Y luego claro, señor Branders, estaban los hijos... un estorbo. Lloraban, chillaban, se peleaban constantemente, tanto ruido era demasiado para su delicada sensibilidad. ¿No es así? —Su tono era sarcástico—. ¿No es así, señor Branders?

El marido no pudo contestar.

De Cock suspiró.

—Sonia, su Sonia tuvo que prostituirse. ¿Y la llama furcia? Usted no es capaz de pensar, no se da cuenta de que fue su forma de protestar, ¡de protestar por lo que usted le hizo!

Abrió el cajón de su mesa y sacó la foto más repulsiva del cadáver de Sonia la Gorda. Con un gesto de furia reprimida se la lanzó a Branders.

—Mire... —le dijo con tono lúgubre—, mírela bien. A esto la arrastró usted. Usted es el responsable. Esta es la cara de la chica que, llena de amor y esperanza, le acompañó al Ayuntamiento hace doce años.

El hombre miraba la foto desencajado.

—Fue estrangulada —siguió—, ¡estrangulada por las manos de alguien con un carácter débil, señor Branders!

Paralizado, el hombre dejó caer la foto. Asustado, miró a su alrededor. El sudor le resbalaba por la frente. La tensión era asfixiante. Vledder, miraba pálido a una cierta distancia. La expresión de De Cock era implacable.

—No... no... —tartamudeó el señor Branders—. ¡Yo no la maté!

De Cock le miró con indiferencia.

—Otra vez se lo voy a tener que explicar. ¡Hablo en sentido figurado!

Se oyó una risa nerviosa, parecida al relinchar de un caballo. Puso una mueca absurda como si no fuese capaz de entenderlo.

—Yo no fui —repetía confuso—, ¡yo no fui!

De Cock se metió las manos en los bolsillos. Contempló al hombre con desprecio y luego, suspiró. Estaba perdiendo la paciencia del todo.

—Vledder, por favor, acompaña a este hombre a la salida.

Sin pronunciar una sola palabra, el hombre se puso en pie, y agachando la cabeza siguió a Vledder. Cuando llegó a la puerta, De Cock le dijo en tono lacónico:

—Si todavía quiere quejarse, la oficina de mi jefe, el comisario, está dos puertas más allá.

Vledder volvió al cabo de unos minutos. Encontró a De Cock, absorto, todavía de pie detrás de su mesa, con las manos en los bolsillos y con una expresión melancólica.

—Señor, el marido se ha ido —dijo irónico—. Ha abandonado el edificio como un ladrón en mitad de la noche. Salió como si le persiguiera el diablo.

De Cock asintió pensativo.

—A lo mejor sí que le perseguía —dijo misterioso.

Vledder le observó inquisitivo. Su mirada calibraba cada detalle. Desde su pelo canoso hasta cada surco de su cara.

—Usted es ese diablo —le acusó con vehemencia—. Nunca he visto a nadie derrumbarse tan rápido. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Cómo le ha enseñado esa horrible foto de Sonia? Ha sido... inhumano.

De Cock se encogió de hombros.

—A lo mejor soy un poco anticuado —dijo resignado—. No sé. Quizá no encajo en esta sociedad moderna. Tengo unas ideas muy conservadoras sobre el amor y el matrimonio. Un hombre que abandona a una mujer con tres niños pequeños no me inspira ningún respeto. No me importa cuales sean los motivos, simplemente no hay excusa. Desde mi punto de vista es una cuestión de responsabilidad. Tal y como yo lo veo, Branders es el responsable de la muerte de su mujer.

—Pero él no la mató.

De Cock suspiró cansado.

—No, desde el punto de vista legal no fue él. No se le puede acusar y además ningún juez lo admitiría como delito. Pero si no la hubiese dejado, nunca se habría prostituido y sus hijos aún tendrían a su madre.

—Sí, pero...

De Cock levantó una mano.

—Sé exactamente lo que vas a decir. Branders no podía imaginar lo que iba a pasar. Es cierto, él no podía saberlo. Pero para mí, es tan culpable como el que la estranguló.

De Cock se sentó y se sirvió otra taza de café.

—Por faltar un clavo, se perdió la herradura; por faltar una herradura se perdió el caballo... Y al final, por la falta de un clavo se perdió la batalla —murmuró—. Relación causa efecto — terminó.

Sorbió ruidosamente de su taza.

—¿Sabes, Vledder? —siguió después de un rato—, he visto cientos, quizá miles de crímenes a

lo largo de mi carrera. Nunca he llevado la cuenta, pero fuese como fuese el caso, nunca me he limitado al crimen. Verás, el acto criminal en sí, no es más que el resultado inevitable de una cadena de hechos y condicionantes. En algún momento se plantó la semilla, en alguna parte empezó la cadena. Si investigas para dar con ese principio, darás con alguien que en un momento dado, por amor o por todo lo contrario, por obtener un beneficio, por odio... o por lo que sea, perjudica seriamente a otra persona. No importa si lo hace de forma consciente o inconsciente, será la persona moralmente responsable del crimen. Y Branders era el responsable del drama que vivía la pobre Sonia. Él empezó la cadena. Moralmente, fue su asesino.

Vledder se quedó pensativo.

—O sea, el causante moral del crimen, no puede ser acusado legalmente, pero sigue siendo culpable. ¿Es eso lo que quiere decir?

De Cock asentía mientras apuraba el café.

—Sí, y por eso necesita un diablo que le castigue.

—¿Quién, usted? —le preguntó Vledder sonriendo.

—No —De Cock movió la cabeza—. Yo no, su conciencia. Y espero sinceramente que tenga que luchar contra su diablo particular durante mucho tiempo.

Vledder se inclinó y recogió la foto que se le había caído a Branders. La dejó sobre la mesa. El cadáver de Sonia la Gorda miró fijamente a De Cock y giró la cabeza.

—¡Quita esa foto de mi vista! —dijo algo irritado— esa cara me da escalofríos.

El viejo comisario, que ya estaba a punto de jubilarse, entró en ese momento acercándose a De Cock con la mano extendida.

—Bueno, bueno, viejo sabueso —sonrió—, veo que has vuelto a la civilización. Bienvenido.

De Cock hizo una mueca amable.

—Así es —asintió con resignación—, aunque ha sido una vuelta algo precipitada —añadió.

El comisario le miró comprensivo.

—Te necesitamos —contestó muy serio—. Verás, tengo un presentimiento acerca del asesinato de Sonia. Quiero decir, que con las pistas que tenemos, me temo que va a ser un crimen difícil de resolver. No hay ningún motivo aparente, ningún indicio. Por lo que sabemos, la pobre chica no tenía enemigos.

De Cock se frotó la barbilla.

—¿Robo?

—Aparentemente no falta nada —dijo el comisario, moviendo la cabeza—. No se han llevado dinero ni joyas. El asesino ni siquiera abrió el cajón de la mesilla donde Sonia guardaba sus pendientes. Según Molly la Luminosa, el dinero que encontramos corresponde a las ganancias de aquel día.

—Pues si lo dice Molly —sonrió De Cock.

—Desde luego —coincidió el comisario—, a la vieja Molly no la engaña nadie. No me importaría cobrar lo que ella gana.

—Ni a mí —rió irónico De Cock—. Yo me conformaba con la mitad.

—¿Tanto gana? —preguntó Vledder.

De Cock adelantó la barbilla.

—Puedes apostar. Tiene siempre cuatro chicas en la casa. Calculando por lo bajo, debe ganar varios miles de florines a la semana.

—¡No puede ser verdad! —dijo Vledder incrédulo.

—Estoy seguro —dijo De Cock—. Calcúlalo tú mismo. Pongamos que cada chica gana unos trescientos diarios, y me quedo corto. Cuatro chicas en tres turnos son unos tres mil al día. La prostitución además, no entiende de horarios, nada de cuarenta horas laborables, cinco días a la semana. Las habitaciones están siempre ocupadas, así que multiplica todo por siete. Y ella gana la mitad de todo. Como ves, unos miles de florines a la semana es un cálculo muy bajo. Probablemente gana como un cuarto de millón al año, quizá más.

—¡Por Dios! —dijo Vledder—, ¡casi estoy tentado de montar yo un burdel! —todos se rieron con ganas.

—Dios no tiene mucho que ver con esto —bromeó el comisario—. Bueno, volviendo al trabajo ¿Qué planes tenéis para luego?

—Mi mujer va a comprarse un vestido esta tarde —dijo De Cock con firmeza.

El comisario le miró asombrado.

—Sí, y voy a tener que acompañarla. Es que a ella le gusta que opine. Llevo casado más de veinte años y nunca se ha comprado nada sin mí.

—Bueno, en ese caso... —dijo el comisario perplejo.

Decidió que era mejor no hacer ningún comentario y salió. De Cock, sonriente, le vio desaparecer mientras que Vledder, intentando no reírse a carcajadas, se contenía con la mano pegada a la boca.

—¿Lo dice en serio eso de ir de compras con su mujer? —le preguntó a De Cock una vez que el comisario cerró la puerta.

De Cock le contestó con gesto firme.

—Sí, pero eso no significa que tú vayas a tener la tarde libre. Para nada. Tengo una pequeña lista de encargos preparada. Primero vas a ver a la vieja Molly y le preguntas si ha recordado algo de esa noche. No creo que tengas demasiado éxito pero no hay que descartar ninguna posibilidad. Luego vas a hacer una lista de cualquier desequilibrado que conozcamos y que haya podido estar por la zona la noche del asesinato. Después contactarás con la Policía Portuaria para averiguar qué barcos había atracados aquel día. Supongo que ya habrás revisado hoteles y las demás fuentes habituales.

Vledder movió la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Algo más? —preguntó con un ligero tono sarcástico.

—No —contestó alegremente De Cock—. Por el momento eso es todo. Si surge cualquier cosa, me llamas. Llegaré a casa hacia las cinco. Bueno, dependiendo de... si mi mujer encuentra lo que busca. A veces... —hizo un gesto de desesperación—. En fin, si no me llamas, nos vemos el lunes. Espero que no me necesites antes. ¿Sabes?, no me gusta trabajar los fines de semana.

Vledder se puso el abrigo y se dirigió hacia la puerta.

—Hasta la vista. Buen fin de semana.

Si De Cock hubiese sospechado algo de lo que pasaba por la cabeza del hombre que merodeaba por los aledaños de la comisaría, no se habría ido tan tranquilo. Un hombre llevaba ya un rato parado frente al escaparate de una indescriptible librería, solo a unos pasos de la puerta de la comisaría. Pero De Cock no sabía nada acerca de aquel individuo, ni podía imaginar lo que pensaba, por eso se fue aquella tarde de compras con su mujer.

Aquel personaje miraba lascivamente el despliegue colorista de las numerosas portadas que adornaban el escaparate. Todas las revistas mostraban caras de mujeres jóvenes y muy guapas en un sin fin de poses, cubiertas en parte por unas tiras grises de papel de envolver. El horrible envoltorio le impedía ver los suaves hombros, el incipiente escote... Mala suerte. Hipnotizado por aquellas chicas permaneció allí un tiempo. No podía dejar de observarlas. El envoltorio le incomodaba y al mismo tiempo le intrigaba.

id="_bookmark4">Hurgó en los bolsillos de su viejo traje y comprobó que llevaba allí unos billetes arrugados. No conocía su valor. Nunca había manejado dinero, para él, era un misterio. Algo dubitativo, con una sensación de vacío en el estómago, se decidió a entrar en la pequeña librería.

Capítulo 3

De Cock llegó a casa con los pies doloridos.

Inmediatamente se tumbó en su vieja butaca y estiró las piernas. Estaba agotado. Había pateado todas las tiendas de ropa de señora de la ciudad y necesitaba relajarse. Sin apenas descanso, durante varias horas fueron entrando y saliendo de un sin fin de tiendas, o por lo menos eso le pareció a él. Su mujer en cambio, disfrutaba tanto con estas salidas, que sólo la idea de buscar un nuevo vestido, le bastaba para estar feliz toda la tarde.

Aunque todavía tenía un buen tipo para su edad, su obsesión por probarse los vestidos más juveniles les ocasionaban siempre algún disgusto a lo largo de la tarde. Resultaba complicado convencerla de que iban pasando los años y tenía que elegir algo más discreto y acorde con su edad.

Llevaba más de veinte años siguiéndola en peregrinación por las tiendas y todavía no entendía el porqué de ese deber. Simplemente le quedaba aceptarlo como uno más de esos misterios femeninos imposibles de resolver. ¡Con lo poco que le gustaba hacerlo! Su excusa era siempre la misma, necesitaba su opinión, pero era obvio que cada vez que decía su parecer, sus consejos rara vez eran bien recibidos. Cuando por fin se decidía por algún vestido conveniente a su edad, inmediatamente le contestaba que sí encantado ante la perspectiva de que acabase el suplicio.

Cómodamente alargó sus piernas hacia el fuego encendido. Hacía una tarde desapacible a pesar de ser verano.

Su mujer le colocó la taza de café en una mesilla cerca de su sillón a la vez que le recordaba que tenía que sacar a Flip dentro de un rato. De Cock asintió y pensó en sus pies doloridos. Su fiel bóxer, ya andaba olisqueando alrededor suyo. El perro tenía un reloj interno que le avisaba de los momentos claves del día: sus comidas, y cuando De Cock estaba listo, sus paseos. Flip colocó su cara arrugada en el brazo del sofá y miró a De Cock suplicante.

Distraídamente, De Cock acarició la cabeza del perro.

—Sólo un momento —murmuró—, un poco de paciencia, deja que acabe el café.

Algunos decían que De Cock se parecía a su perro y otros mantenían lo contrario. Era sólo una broma, pero los que la hacían no andaban del todo desencaminados. Había ciertas semejanzas entre ambos.

—¿Crees qué podrás tomarte unos días más de descanso? —le preguntó su mujer.

De Cock se encogió de hombros.

—Depende de lo que dure este caso.

—¿Tenéis ya alguna pista?

Movió la cabeza algo deprimido.

—No muchas, en realidad vamos muy lentos. Estos asesinatos de prostitutas son complicados; por la profesión suele haber pocos testigos. Al fin y al cabo, ¿qué hace una mujer de esas? Sentarse y esperar. Iluminada por las luces rojizas se exhibe en el escaparate de su propio cuarto y espera. Está en venta y espera a sus clientes.

Cerró los ojos por un momento y acarició al perro.

—Entonces —siguió con voz cansina—, se acerca un hombre. Acecha por las fachadas de los canales poco iluminados y se cuela rápidamente en la casa. Nadie lo ve, nadie se fija en él. La prostituta corre las cortinas. Después, no se sabe lo que pasa. Todo el mundo sabe que mientras las cortinas estén echadas, ella está con un cliente. No hay límite de tiempo. Algunos hombres salen al cabo de cinco minutos y otros tardan más de una hora. Depende de lo que hayan acordado y del precio pagado. Sólo si las cortinas permanecen cerradas demasiado tiempo, alguna vecina podría empezar a preguntarse si ocurre algo. Aun así, nadie se atrevería a investigar por miedo a estropear un "negocio". Cuando por fin se deciden a ver qué pasa, ya es demasiado tarde. Encuentran el cuerpo y el asesino ha huido y lleva mucha ventaja. Habrá desaparecido entre la legión de personajes solitarios y lascivos que habitualmente visitan el Barrio.

Se frotó la cara arrugada con las manos, sorbió el final de su café y devolvió con mucho cuidado la taza a su sitio.

—Un hombre podría matar a varias prostitutas en una sola noche. Antes de descubrir el primer asesinato podría estar ya de vuelta en su casa, quien sabe, en Rotterdam, o en cualquier punto lejos de la ciudad. Si piensas en las masas de gente que se pasea por el Barrio, parece inconcebible, pero no imposible. Podría ocurrir.

Suspiró profundamente.

—Ten en cuenta que si nadie entra a limpiar el cuarto de una prostituta —en tres o cuatro días — cosa que ocurre más de lo que imaginas, se pueden analizar las huellas de quizá cincuenta o sesenta personas distintas. Y cuando piensas que la gente tiene diez dedos, comprendes que para el Departamento de Huellas es complicado obtener una prueba fiable.

Suspiró de nuevo.

—El asesinato de una prostituta es uno de los casos más difíciles y frustrantes para un policía.

Su mujer sonrió con cariño.

—¿Y por eso te han hecho volver de tus vacaciones?

De Cock miró su taza vacía.

—¡Qué asco! —matizó reconociendo lo evidente—, quizá el comisario tenga razón. Los detectives jóvenes, no tienen muchas posibilidades de avanzar con este caso. Conocen bien los últimos avances tecnológicos, pero no conocen los entresijos del Barrio y este Barrio es un mundo aparte. No son capaces de percibir sus cambios, sus misteriosos altibajos. Quizá yo, por mi experiencia, y por conocer a la gente que allí vive, a lo mejor puedo llegar más lejos.

Lanzó una última mirada de lástima a su taza vacía y se levantó.

—Vamos chico —dirigiéndose a Flip—, a ver si encontramos unos buenos árboles por el camino.

—Me voy a la cama —dijo su mujer—, ya son más de las doce.

—No dejes que mi lado se quede frío —le pidió De Cock.

Salió al pasillo y se dirigió a la puerta. Descolgó la correa del perro y Flip obediente alargó el cuello.

Acababa de volver del paseo cuando sonó el teléfono. Entró en el cuarto de estar y miró hacia el anticuado reloj de pared. ¡Casi la una! Con un movimiento lento descolgó.

—¿De Cock?

Reconoció la voz de Vledder. Parecía nervioso. Agitado.

—¡Venga enseguida a la comisaría!

—¿Qué pasa?

—Han asesinado a otra prostituta.

De Cock perjuró con énfasis.

—No hagas nada. Espera a que yo llegue. Voy enseguida.

Colgó el teléfono furioso.

—¿Ocurre algo? —preguntó su mujer desde el dormitorio.

Se acercó a la puerta.

—Puedes dejar que mi lado de la cama se enfríe —dijo con voz apesadumbrada—. Tengo que salir otra vez.

Le hizo otra pregunta pero no la oyó. Agarró la gabardina y sombrero al pasar y salió de casa. El coche, normalmente poco cooperativo, arrancó a la primera. Con cara de determinación apretó el acelerador y corrió por las calles desiertas hasta la comisaría.

Cuando llegó, la vieja comisaría era una marea de confusión. Se notaba una agitación en el ambiente, propia de un caso de asesinato. La pequeña recepción se había quedado insuficiente ante la numerosa presencia de oficiales de alto rango que intentaban hacerse un hueco en una esquina al lado del télex.

El "viejo" Jack, el sargento responsable del turno de noche desde tiempos inmemoriales, empezaba a irritarse con tanto alboroto. Su voz temblaba con furia contenida mientras daba órdenes a los agentes para que mantuvieran separados a los altos cargos allí presentes de la clientela habitual de la comisaría.

De Cock intentó pasar sin que le vieran, aprovechando el bullicio de la entrada. Vledder le esperaba arriba en la sala de detectives y quería pasar desapercibido especialmente ante los oficiales. Cuando había un asesinato las autoridades acudían como moscas a la miel. No se daban cuenta que únicamente entorpecían, ellos no tenían nada que aportar.

Pero cuando estaba a punto de subir las escaleras oyó la voz de su superior gritando su nombre.

—¡De Cock!

Los agentes se apartaron despejándole la vista hacia el grupo de altos cargos apostados junto al télex. Como un escolar pillado con las manos en la masa, se quedó quieto y sonrió avergonzado.

—¿Señor?

Se arrastró hacia la zona vallada. Sabía que todo el mundo le miraba, así que hizo un esfuerzo para reprimir un comentario jocoso.

—Te estamos esperando —dijo el comisario—. Los mandos han estimado oportuno tu consejo de no tocar nada en la escena del crimen hasta que le echaras un vistazo. No querían que se estropeasen posibles pruebas.

—Magnífico —contestó De Cock—, excelente, muy considerado de tu parte.

—Por supuesto, hemos acordonado la zona —continuó el comisario—, y no se ha tocado nada

de la habitación. El joven que descubrió el cadáver está en la sala de espera. Habría que interrogarle. Si fueras tan amable de echar un vistazo a la escena del crimen, nosotros nos reuniremos contigo enseguida. Estamos esperando al juez.

De Cock asintió conteniendo la risa. A él le divertía la situación. No envidiaba al comisario, observado por toda esa gente. Y el tono casi oficial que usaba en esas ocasiones le divertía enormemente. Así que decidió formar parte del juego.

—A sus órdenes Señor. ¿Es todo, Señor? —Sonaba a mofa, pero sólo para aquellos que conocían bien a De Cock. El comisario guiñó un ojo disimuladamente.

—Nada más De Cock, continúa con tu trabajo.

El "viejo" Jack sonrió abiertamente.

De Cock se apresuró a la sala de detectives. Vledder la recorría nervioso frotándose las manos.

—¡Ah! —dijo aliviado—, por fin está aquí.

De Cock le miró atentamente.

—¿Qué te ocurre, hijo? ¿No te encuentras bien? Estás muy pálido.

—Maldita sea —contestó Vledder—, otro asesinato. No hemos avanzado nada con el primero y... ahora otro cadáver.

De Cock apoyó su mano sobre el hombro del joven en un gesto paternal.

—No te desanimes hombre. Nunca debes mostrar tu inseguridad. Qué nunca vean que estás desorientado. A un detective desconcertado no se le respeta. Haz creer que sabes quienes son los sospechosos. Tienes que hacer ver que sólo es cuestión de tiempo, y que en cualquier momento le darás un toque en la espalda al asesino y harás que te siga hasta la comisaría. Créeme, por lo menos el ochenta por ciento de nuestro trabajo no es más que fachada. Puro teatro. Y por cierto —añadió pensativo—, no hace ninguna falta exaltarse.

Vledder miró sorprendido a De Cock mientras éste le llevaba del brazo.

—Vamos allá, hay que darse prisa. Antes de que nos demos cuenta tendremos aquí a las hordas de los "Hunos".

Vledder sabía que De Cock llamaba así a la legión de especialistas encabezada por el juez de guardia y seguida de sus ayudantes; los fotógrafos, los de huellas, el equipo forense y otros expertos que se reunían cada vez que se perpetraba un crimen. Esta vez ya sabía que incluiría al grupo de peces gordos reunidos abajo.

Se dirigieron hasta el lugar del crimen a pie, recorriendo los callejones y canales que les resultaban tan familiares; después de todo, la comisaría estaba justo en el límite del Barrio Rojo. De camino se cruzaron con algunos periodistas.

—¿Tienen algún sospechoso? —preguntó uno de ellos.

De Cock redujo su marcha.

—Calculen que el arresto del asesino se producirá durante esta semana —dijo en un tono sereno.

El hombre le miró sorprendido.

—¿Esta semana?

De Cock asintió confiado.

—Sí, pero si quieren más información tengo que remitirles a mi jefe, el comisario.

Comprenderán que en este punto...

Se despidió con la mano de forma despreocupada y siguió andando. Vledder le miró sonriente.

Frente al burdel de la Tía Dina vieron a varios policías haciendo guardia para mantener a los curiosos a distancia. Había bastante gente para ser tan tarde. Aunque por otro lado, este Barrio nunca dormía.

Uno de los policías se dirigió a De Cock:

—Bajando las escaleras encontraran a Goldie la Pálida, estrangulada como la anterior. ¿Cómo se llamaba, algo la Gorda?

—Sonia la Gorda —apuntó De Cock.

—Sí, Sonia la Gorda. Bueno pues esto es igual. Pero Sonia la Gorda llevaba un corsé y esta no lleva nada.

—¿Se ha llamado al médico o sólo a nosotros?

—No, también hemos llamado al médico. Llegará enseguida.

De Cock y Vledder entraron con cuidado en el cuarto que les indicaron.

Era pequeño. No tendría más de diez metros cuadrados. Al entrar a la izquierda había un pequeño lavabo. En frente, dos sillas bajas con una mesa pequeña en medio. Al lado, una cama con un cubo de hospital debajo, de esos que se abren pisando un pedal, para tirar los condones usados. Una suerte variada de estampas amarillentas mostrando mujeres con poca ropa adornaba las paredes. Y un sofá apoyado contra la pared de la derecha. Goldie estaba tendida en él, desnuda, inerte. Su pelo fino y rubio parecía una corona desbaratada alrededor de su cabeza. La cara pálida que había inspirado su mote, era ahora de color cetrino.

De Cock había visto cientos de cadáveres a lo largo de su carrera y estaba seguro, Goldie la Pálida, estaba muerta. No había que mirar mucho para descubrir la causa de la muerte. Las marcas de estrangulamiento alrededor de su delgado y largo cuello, estaban muy claras.

Se acercó al sofá y tocó la mejilla de la chica con el torso de su mano. El cuerpo estaba todavía caliente. Su mirada de detective analizó el cuerpo desnudo. Aparte de las marcas del cuello, no había más rastros de violencia. Justo debajo de la rodilla derecha había un rasguño, pero era antiguo porque ya tenía formada una costra encima.

Volvió a echar un vistazo por el cuarto. Todo estaba en orden. Su mirada experta comprendía que no había nada que mereciese ser analizado con más detalle. No había nada extraordinario, nada que sirviera como punto de partida para descubrir al asesino. A su alrededor, sin más, una típica habitación de prostituta. Había visto muchas, y todas eran más o menos iguales.

Lo único que le llamó la atención fue la ropa de Goldie, doblada y colocada en una silla baja. Las finas medias le llamaron la atención. Metió la mano en una y la estiró. La delicada trama estaba en perfecto estado. No había ni agujeros ni carreras. Después miró la ropa interior. Era de estilo frívolo, pero no estaba estropeada. Los tirantes estaban enteros y la parte del enganche no estaba dada de sí.

Vledder se afanó en hacer un dibujo de la escena.

—¿Qué piensa?

De Cock se encogió de hombros.

—¿Ves diferencias entre este crimen y el de Sonia?

Vledder negó despacio con la cabeza.

—Sólo el corsé —dijo.

De Cock estaba de acuerdo.

—¿Qué más?

—Pues, además de eso no veo diferencias. Aquí tampoco hay señales de lucha. No hay destrozos. Si la mujer desnuda del sofá no estuviese evidentemente muerta, diría que aquí no ha ocurrido nada.

De Cock suspiró. Sonaba deprimido.

—Nunca tuvo la posibilidad de defenderse contra su atacante. He mirado sus uñas. Están prácticamente limpias. Tampoco he encontrado ningún rastro de sangre, lo que significa que el asesino no se hirió durante el homicidio. Probablemente no tendrá rasguños en la cara ni en ninguna parte.

Abatido, Vledder movió la cabeza.

—Ninguna pista de ningún tipo —se compadeció—, este no es nuestro día de suerte.

—Sí —coincidió De Cock—. La rueda de la fortuna es terca. Pero qué puedes esperar si la Fortuna es una mujer.

En ese momento entró el médico, seguido del fotógrafo. Los expertos en huellas estaban ya al otro lado de la puerta. El pequeño cuarto empezaba a estar abarrotado.

—En cuanto lleguen el resto de las hordas, no habrá sitio para que la mujer siga tumbada —murmuró De Cock.

—¿Perdone? —dijo el doctor.

—Me preguntaba si está muerta —mintió De Cock.

Algo irritado, el médico le lanzó una larga mirada reprobatoria.

—¡Ah! —dijo finalmente—. Sí, bueno, echemos un vistazo.

Sacó un estetoscopio y se acercó al cuerpo. Su examen no duró mucho.

—Sin duda, está muerta —anunció.

De Cock y Vledder asintieron con miradas cómplices. De acuerdo con la legislación holandesa, la muerte era ya oficial.

En cuanto el médico terminó su tarea, Bram, el fotógrafo, empezó a tomar fotos con su cámara. La luz del flash iluminaba todo el cuarto con una nitidez descorazonadora. Kruger, del Departamento de huellas empezó a preparar sus utensilios.

—¿Puedo empezar?

De Cock asintió.

—Adelante. Hazlo lo mejor que sepas. Si no podemos resolver tampoco este caso, caerá una buena tormenta. Será mejor que... mejor será que nos preparemos todos.

—Si no hay nada, no podré encontrar nada —protestó Kruger—. Pero si tiene tanto interés en encontrar huellas puedo darle un archivo completito. Puedo darle las mías si quiere.

De Cock sonrió de forma sarcástica.

—Serías un desastre como asesino —se rió moviendo la cabeza—. Tu mujer me ha dicho que el pavo que compró para Navidad sigue paseándose por el jardín de casa.

Vledder también se rió y Kruger empezó su búsqueda.

Los detectives de nuevo adoptaron una expresión seria cuando el resto de "los Hunos" llegaron, acompañados por al menos del doble de altos cargos. Los oficiales entraron al mismo tiempo y algo dubitativos. Todos observaron fijamente al cadáver.

—La investigación está en buenas manos —sentenció el comisario—. El inspector De Cock tiene una gran experiencia en este tipo de casos.

"¡Ánimo!", pensó De Cock para sí. "Sabes tan bien como yo que sólo un milagro puede ayudarnos a resolver este caso".

Afortunadamente no se entretuvieron mucho tiempo. En veinte minutos se habían marchado.

El comisario suspiró aliviado.

—Me alegro de que hayan terminado. Gracias a Dios ya se han marchado.

—Te compadezco —dijo De Cock con mueca sonriente.

El comisario sonrió pero no quiso entrar en el tema. Echó un vistazo al cuarto.

—¿Algún progreso?

De Cock negó melancólico con la cabeza.

—No Señor. No sé qué pensar. No tiene sentido —hizo una pausa y luego continuó—: quiero decir, ¿Cómo clasificarías este crimen? Tiene tan poco... sentido.

—Podría ser un crimen pasional —opinó el comisario.

De Cock apretó los labios.

—Podría ser —admitió con cautela—, pero faltan una serie de ingredientes básicos, creo. Por un lado es demasiado sereno.

—¿Sereno? —se pregunto en alto Vledder.

—Sí, sereno. No hay restos de furia o violencia. Si miramos el cuerpo, salvo en el cuello no hay señales de pelea. No hay cicatrices ni sangre. Mira el cuarto. Como has dicho antes, si no fuese por el cadáver no habría nada extraño. No hay pistas de los prolegómenos.

—¿Prolegómenos?

De Cock asintió, levantando un dedo.

—Sí, no hay señales de los preliminares. Y siempre hay preliminares. Un crimen sexual, pasional, un asesinato con un componente lascivo, tiene siempre algo que conduce al homicida al clímax. Necesita de algo que le lleve tan lejos como para cometer un crimen. Suele estar generalmente acompañado de violencia. Sin duda, también es posible, que los preliminares ocurran solo en la mente del asesino. Ocurre algunas veces, pero pocas. Algo tiene que pasar antes de que se produzca el asesinato. Pero no hay signos de todo eso. Entonces, ¿qué ocurrió? ¿Qué pasó por la cabeza del asesino?

De Cock avanzó hacia las sillas.

—Observa la ropa, todo está doblado y colgado sobre la silla, así que pudo desvestirse con calma. Y viendo el orden en que se colocaron es fácil deducir que fue la propia Goldie la Pálida la que se desvistió. Si un hombre desnuda a una mujer, llevado por un arrebato de lascivia, con una excitación que va en aumento, el cuadro cambia por completo. Normalmente la ropa se lanza atropelladamente por todo el cuarto. Ni siquiera las medias están rasgadas, ni tienen una sola carrera. Lo que parece es que Goldie la Pálida hizo un tranquilo y deliberado striptease que el asesino observó desde cierta distancia.

—Pero la han estrangulado —observó Vledder.

—Eso es hijo, pero eso ocurrió después de que Goldie la Pálida se recostase dispuesta en el sofá.

De Cock se peinó con la mano.

—No va a ser fácil encontrar al asesino. De hecho, nos va a llevar más tiempo de lo normal. Debe ser un tipo inocente.

—¿Qué?

De Cock se mantenía serio.

—Sí —contestó decaído—. Va a ser muy difícil. Sabes, las prostitutas, tienen una ventaja sobre nosotros. Conocen a los hombres mejor de lo que jamás podríamos aspirar a hacerlo nosotros mismos. Quiero decir, que enseguida les ven venir y saben calibrar sus intenciones. Sin embargo, ninguna de las dos se defendió del asesino. No hay ninguna señal de lucha. Ni Sonia la Gorda, ni Goldie la Pálida sospecharon nada del asesino. Confiaron en él. Pensaron que era completamente inofensivo.

Durante un instante los dos miraron a la chica muerta fijamente.

—Será mejor que dejemos que se la lleven —murmuró De Cock finalmente.

Impasibles, los asistentes de la oficina del juez instructor la ataron a una camilla y se la llevaron.

De Cock, pensativo, observó cómo se la llevaban.

Capítulo 4

La Tía Dina estaba cómodamente sentada a la mesa en su comedor. Se limpió los labios con el borde de su delantal y empujó hacia delante el plato sucio.

—Muy rico el pichón —dijo relamiéndose—, siempre los compro en Hans, a la vuelta de la esquina.

Vledder y De Cock miraron atónitos los desperdicios, consistentes únicamente en algo de piel y unos cuantos huesos roídos.

—Todas las noches —aclaró muy contenta—, me doy el gusto de tomarme uno. Cocido, asado o frito, no me importa. Simplemente me tengo que tomar mi pichón. Después de todo ya no tengo que conservar la línea. —Se acarició sus abundantes pechos con una mano grasienta y se rió con su propia broma.

—Mujer —le espetó Vledder con desprecio—, ¿cómo puede comer? Hace menos de una hora han asesinado a una chica bajo su mismo techo.

Encogió sus hombros carnosos y puso cara de indignación.

—¿Sólo por eso debía quedarme sin cenar? —preguntó asombrada.

Vledder no tenía palabras.

—Pero... —empezó.

Eso fue todo lo que fue capaz de decir. Lleno de rabia contenida, guardó silencio.

De Cock le apartó a un lado suavemente.

—¿Has visto u oído algo distinto esta noche? —preguntó amablemente.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca veo nada, ni oigo nada, ni sé nada —contestó.

De Cock miró sorprendido.

—Vamos, Tía Dina, debes saber lo que ocurre en tu casa... es tu burdel.

Una chispa de ira se agitó en sus pequeños ojos.

—Esto no es un burdel —contestó con aspereza.

Las cejas de De Cock se arquearon peligrosamente sin control.

—¡Ah!, perdóname, pero ¿cómo lo llamarías?

La miró con interés.

—Sólo alquilo cuartos —dijo con una mueca sarcástica—. Sólo son habitaciones para chicas que no tienen alojamiento propio.

—Qué considerada —rió burlón De Cock—. Y dime, si eres tan amable ¿qué cobras a estas pobres chicas sin hogar?

—Diez florines —aclaró—, diez a la semana. Pregúnteles usted mismo.

De Cock sonrió.

—Sí, más propinas. No dudo de que las tengas bien aleccionadas. Estoy seguro de que ellas dirán lo mismo —suspiró—. En cualquier caso, hablaremos de ese asunto en otro momento.

—Haga lo que tenga que hacer cuando quiera —contestó con rencor.

—No lo dudes —afirmó De Cock, cambiando de tono—. Y cuenta además con una cosa: vas a

arrepentirte si no empiezas a contestar a mis preguntas a partir de ahora.

De repente dio un paso hacia delante y la agarró del brazo con firmeza.

—Levántate —masculló—, y lo primero lleva esos huesos roídos a la cocina. Me ponen enfermo.

Furiosa, tiró del brazo para librarse de él.

—¡Quite sus manos! —chilló—, no se le ocurra tocarme, ¡no me gusta que me toquen!, ¡nunca me ha gustado!

Movió su pesado cuerpo de la silla y llevó el plato a la cocina.

De Cock permaneció callado hasta que ella volvió.

—¿Cuánto llevaba Goldie la Pálida contigo? —preguntó.

—Casi un año —contestó malhumorada.

—¿Nunca notaste nada especial?

Se encogió de hombros.

—Bah... no me sorprende nada lo que le ha ocurrido.

—¿Cómo es eso?

—Siempre andaba insultando a todo el mundo, incluso a sus mejores clientes. Les maldecía antes, durante y después. Simplemente no sabía ser puta. No servía para este trabajo.

—¿Y eso significa...?

Ella suspiró profundamente.

—Tienes que ser capaz de manejar a los hombres, de intuir lo que les apetece. Aunque te repugnen, tienes que fingir. Pero ella no era capaz de hacer eso. Siempre se enfrentaba a ellos. Eso tenía que volverse contra ella tarde o temprano. Una puta no se puede permitir ser tan malhablada, no les puedes contestar. No puedes insultar al cliente. Se marcharán, o...

De Cock asintió comprendiendo lo que le decía.

—Sin embargo, esta vez fue muy cooperativa. Hizo un striptease y todo.

La Tía Dina hizo una mueca.

—Quizá había pensado cambiar de actitud.

—¿Por qué?

—Bueno, nunca había hecho eso antes. El tío ha debido enseñarle mucho dinero.

—¿Cuánto crees que pudo ser?

Abrió sus gordos y grasientos dedos.

—Por lo menos cien o más.

De Cock la sonrió.

—Creí —dijo con tono inocente—, que no sabías lo que pasaba en la casa.

Reaccionó enfadada.

—¡Y no lo sé! —chilló—. Las chicas sólo me alquilan los cuartos, pero lo que hacen en ellos es asunto suyo. Eso no es de mi incumbencia. Mientras paguen su renta, no me importa lo que hagan —se calmó un poco y siguió—. Lo que pasa es que a veces, me cuentan cosas, especialmente Goldie la Pálida. Hablaba de los hombres que recibía y siempre los insultaba y los maldecía.

—¿Nunca te contó nada sobre algún hombre que le gustase que se desvistiese del todo?

Negó con la cabeza.
—Es la primera vez que lo oigo, es decir de Goldie. A las otras chicas no les importa tanto, lo hacen casi sin que se lo pidan. Pero nunca pensé que Goldie llegara tan lejos.
De Cock la miraba fijamente y asentía pensativo.
—¿Por qué no quisiste colaborar al principio? No tienes nada que esconder, ¿no es cierto?
Ella agachó la cabeza.
—Es que no es ninguna broma, ¿sabe? —contestó con una mezcla de pena e irritación en su voz—. No es ninguna broma cuando ocurre algo así en tu casa. ¡Pobre chica!
Las últimas palabras parecían reflejar algo de compasión. Por primera vez parecía humana.
—Pero mujer —interrumpió Vledder—, si se siente así ¿cómo puede tragar, por Dios? ¡Y además un pichón entero! ¡Es para... ponerse enfermo!
Suspiró con gesto melancólico.
—¿Acaso sabe lo que hace la gente cuando está deprimida? —Se frotó los ojos con las manos todavía grasientas—. Quizá Goldie fuera una mal hablada, una blasfema, pero era una buena chica. Al principio ni siquiera quería alquilarle nada. Pensé que era una pena. Una chica como esa en un trabajo así —hizo un gesto abatido—. ¿Pero qué puedes hacer? Si no lo alquila aquí, lo alquilará en otra parte.
—¿Ganaba mucho dinero?
Movió la cabeza despacio como haciendo el cálculo.
—Ah, no. En realidad no. Ya lo dije. No sabía hacer su trabajo. No conocía su oficio.
—Sí, es una profesión después de todo —sonrió irónico De Cock.

Volvieron a la comisaría, por oscuros callejones y estrechos canales. Había grupos de mujeres murmurando en las esquinas de las calles. Este segundo crimen, el asesinato de Goldie la Pálida, había provocado cierta alarma en el vecindario. El peligro acechaba y se notaba en el ambiente. Incluso los árboles a lo largo del agua parecían susurrar sobre el misterioso asesino. Un criminal había cruzado silencioso de un escaparate a otro, estrangulado a sus víctimas y después había desaparecido de nuevo en la noche sin dejar rastro en la oscuridad.
Los chulos también estaban nerviosos. Hablaban unos con otros en voz baja. Vledder y De Cock oían el murmullo de sus voces roncas. Pero sus conversaciones y discusiones paraban cuando los detectives se aproximaban. Les miraban pasar en silencio. Ni siquiera les increpaban.
—Tienen miedo —percibió Vledder.
De Cock asintió.
—Sí, si esto sigue así, las prostitutas tendrán miedo a trabajar. Van a estar demasiado asustadas. Estos asesinatos están estropeándoles el negocio. Eso es lo que más les asusta.
—¿Qué tipo de mujer era Goldie la Pálida?, ¿sabía algo de ella? Según lo que cuenta la Tía Dina parece que era un poco rara.
—Sí —contestó De Cock—, la conocía...
Suspiró y continuó andando, aparentemente sumido en sus pensamientos. Después de un rato siguió hablando.
—La conocía muy bien. De hecho era hija de un antiguo policía.

—¿Cómo...? —exclamó Vledder sorprendido.

De Cock le miró de reojo.

—Que no te escandalice, muchacho —le dijo tranquilizador—. Este tipo de cosas ocurren. Encontrarás a gente de todo tipo y de todas partes en este barrio. Está de moda hoy en día decir que es culpa de los padres cuando la vida de cualquiera acaba siendo un desastre. Sin duda es culpa, dicen, de la forma en que has sido educado. No, no estoy yo tan seguro. Sé por ejemplo, que Goldie tuvo la suerte de tener unos padres cariñosos. Creció de la mejor forma que cabe esperar.

—Pues era... eh... ¿algo rara?

—No —suspiró De Cock—, simplemente rebelde.

—¿Rebelde? ¿Cómo?

—Pues ella odiaba, realmente odiaba a la gente "decente", a los de clase media, a los llamados "pilares de la sociedad". Según ella eran todos unos hipócritas. Siempre hablaba de los así llamados caballeros, que no quieren perturbar a sus mujeres con sus deseos y fantasías y por eso utilizan prostitutas. Los hombres no eran suficientemente buenos y las mujeres se creían demasiado buenas, según decía. Sabes, como norma, toda prostituta detesta al hombre que las utiliza. Lo miran con superioridad. Es como un mecanismo de defensa. En la mayoría de los casos el rechazo visceral se diluye con los años. Aceptan su situación e intentan sacar el mayor beneficio posible cuanto antes, mientras les aguante el físico. Pero Goldie era diferente. Ella nunca habría llegado a ser una auténtica prostituta.

—¿Pero tenía clientes?

—Sí chico, pero es igual. Tal y como yo lo veo, una mujer no es una prostituta hasta que no acepta su situación como inevitable. Goldie, nunca lo hizo. No podía. Cada vez que se entregaba a un hombre, tenía que librar una batalla contra sí misma. Aunque suene raro, tenía que luchar contra su sentido profundo de lo que está bien, su sentido de la decencia. Y como, cada vez, perdía la batalla con su conciencia, lo pagaba con el resto del mundo, especialmente con sus clientes. Maldecía a los hombres que recibía y el dinero que pagaban. Pero en realidad se maldecía a sí misma, su propia cobardía, su falta de voluntad, su imposibilidad para dejar la prostitución.

Vledder suspiró.

De Cock adoptó un semblante melancólico.

—Créeme muchacho, no encontrarás en ninguna parte tanta tragedia humana como aquí, en el Barrio. Este mundo aparentemente refulgente de sexo y frivolidad, esconde más sufrimiento y sueños rotos de los que puedas imaginar.

—Pero... —exclamó Vledder—, nadie les obliga.

De Cock sonrió malicioso.

—Pareces un catequista de domingo. —Se rió.

—Es que lo es —contestó Vledder.

—¿El qué?

— Hoy es domingo.

De Cock asintió pensativo.

—Sí, ya veo. ¡Domingo! Démonos prisa. Ese chico, el que descubrió el cuerpo, todavía está esperándonos en la comisaría.

De Cock miró hacia el Este. Por encima de los tejados con gabletes, se veían aparecer las primeras luces del amanecer. Tenía las manos apoyadas a la espalda y se balanceaba ligeramente de atrás a delante, para aligerar el cansancio de los músculos de sus piernas. El joven estaba sentado detrás de él. Mirando hacia el cristal de la ventana veía el reflejo del chico cerca de su mesa. Vledder estaba un poco más allá, con la espalda apoyada en la pared.

El chico estaba nervioso.

Había esperado durante mucho tiempo, sentado en un duro banco en la parte de atrás de la sala de espera. Una institución peculiar, la sala de espera de una comisaría holandesa. Técnicamente no se está bajo arresto. Supuestamente, sólo se espera. Se puede pasear, usar las máquinas expendedoras, fumar, hablar, ir al cuarto de baño. Pero no se puede uno marchar hasta que alguien autorizado te da permiso para ello. No importa cual sea el motivo de la visita a la comisaría, una vez que se entra en la sala de espera, no se puede uno marchar hasta que alguien lo autorice.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, dos detectives llamaron. Un hombre joven y atlético, y otro mayor con cara de buena persona y una mirada que podía penetrar hasta lo más profundo de su ser. Por lo menos eso es lo que le parecía.

Le habían llevado arriba y sentado en una silla en medio de una gran sala llena de mesas y teléfonos. Imaginaba que le bombardearían con un montón de preguntas. Pero no fue así. El detective más joven se apoyaba en la pared y el mayor miraba por la ventana. Llevaba allí mirando por la ventana más de veinte minutos sin pronunciar una sola palabra. ¿A qué esperaban? Él tenía su historia preparada. Ya la había explicado abajo. Se la había relatado al sargento de guardia; cómo había pasado casualmente y había visto la puerta abierta y cómo sólo por curiosidad había mirado dentro. Entonces había encontrado a la señora, por casualidad. Así había ocurrido.

Un poco asustado, a su pesar, miró a su alrededor. ¿Por qué no decían nada? Tenía que irse a casa. Sus padres se preocupaban si llegaba a casa tan tarde. Finalmente el hombre mayor se dio la vuelta.

—Mi nombre es De Cock —dijo despacio—, De Cock acabado en CK. ¿Cómo estás?

El chico se puso en pie algo tímido y dio la mano al viejo sabueso. Durante un segundo De Cock mantuvo la mano del chico en la suya.

—Una mano débil, para un chico tan grande. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

De Cock movió la cabeza afirmativamente como si lo hubiese imaginado.

—Entonces dame la mano como Dios manda. Apriétala. Debes tener algo de fuerza en los dedos.

El joven intentó darle un apretón de manos más firme, pero De Cock movió la cabeza.

—Sigue siendo flojo —dijo apenado—, pensaba que eras mucho más fuerte que eso.

Soltó su mano por segunda vez y evaluó al joven detenidamente.

—¿Cuánto dinero llevas encima?

—Unos veinticinco florines.

—¿El dinero es tuyo?

El chico asintió.

—¿Cada cuanto visitas a las chicas?
El chico no contestó directamente. Su nuez se movía de arriba a abajo. Tragó con dificultad.
—¿Con qué frecuencia? —le presionó De Cock.
—Esto... como... eh, una vez al mes.
—¿Siempre la misma chica?
—Sí.
—¿Goldie?
—Sí, señor.
De Cock suspiró.
—¿Y por qué tantas mentiras, muchacho?
Con gesto cansado recogió un papel de su mesa, lo miró y luego, miró al chico.
—Tengo aquí—dijo despacio—, el informe del sargento de guardia. Le dijiste que pasabas por allí, que viste una puerta abierta y que por pura curiosidad, miraste dentro.
Le miró directamente.
—¿Es correcto?
—Sí, señor.
—¿Así que no fueron más que una serie de coincidencias?
—Sí, señor.
—Déjalo ya. Y para de decir "sí, señor", "no, señor". Preferiría oír la verdad.
—Sí, eh...
—¿Ibas a ver a Goldie?
El chico asintió a regañadientes.
—Yo estaba esperando fuera, debajo de un árbol, hasta que quedase libre.
—¿Así que allí estaba el asesino, delante tuyo?
—Yo pensaba que había un hombre, porque las cortinas estaban cerradas.
—¿Y entonces...?
—Nadie salía y las cortinas seguían cerradas.
El chico se frotó la nuca.
—Es que... tardó mucho más de lo acostumbrado. Normalmente no era así. Solía ser una espera corta, de unos quince minutos como mucho. Bueno, pues cuando vi que las cortinas no se abrían y no salía nadie, pensé que lo habría dejado. Que ya había terminado ese día. Después de todo era muy tarde. Casi la una de la madrugada.
De Cock movía despacio la cabeza de arriba a abajo.
—¿Y por qué no te marchaste?
El chico enrojeció.
—Bueno —dijo en voz más baja—, es que... ya que llevaba esperando mucho rato y...
De Cock le miró inexpresivo.
—¿Y tenías ganas de verla?
—Sí, señor. Llevaba dinero.
De Cock suspiró.
—Ya —dijo cansado—, ¿y luego?

El chico se movió inquieto en la silla.

—Pues yo quería preguntarle si me podía recibir. En realidad la puerta no estaba abierta. Llamé pero no contestaba nadie. Luego, empujé un poco y vi que no estaba cerrada con llave. Abrí un poco y llamé: "Goldie". Pero nadie contestó. Y entonces...

Paró y se metió el dedo en el cuello de su camisa como si le agobiase la corbata.

—¿Y bien? —le urgió De Cock.

—Entonces metí un poco más la cabeza y la vi allí. Estaba completamente desnuda. No me di cuenta de que estaba muerta. Al principio pensé que estaba dormida. Por eso la volví a llamar. Hasta que no me acerqué más no vi las marcas en su cuello.

El joven agachó la cabeza y sollozó.

De Cock le dejó un momento, y luego le preguntó:

—¿La tocaste?

El chico lo negó violentamente con la cabeza.

—No, no. Estaba demasiado asustado. Yo... eh sólo me quedé allí un momento. Luego salí corriendo fuera. Estaba confuso, disgustado. Corrí por el canal. Quería ir a la comisaría pero había salido en dirección contraria. Afortunadamente me encontré con un policía. Le agarré e intenté arrastrarle hacia el sitio. El agente debió pensar que yo era un loco o algo así. Pero conseguí convencerle y me acompañó.

Sonrió sin ninguna alegría.

—Y ya conocen el resto —concluyó.

De Cock afirmó en silencio. Se pasó los dedos por el pelo y se acercó a la ventana. Fuera había clareado. Podía ver el callejón en toda su extensión y las casas de enfrente con nitidez. Se quedó un rato pensativo sin mirar nada en concreto. Luego abrió la ventana y aspiró profundamente, llenando sus pulmones con el aire fresco de la mañana.

Permaneciendo de espaldas al chico, le preguntó:

—¿Por qué visitas a las chicas, muchacho? ¿No tienes novia?

—Estoy prometido me voy a casar pronto.

—¿Prometido?

—Sí, señor.

—Sin duda será una buena chica.

El joven asintió con mucho énfasis.

—Sí, señor. Muy buena y muy decente.

De Cock resopló despectivo.

—¿Demasiado decente para hablar con ella de la vida, es eso? ¿No te atreves a discutir ciertas cosas con ella, eh?

—No, señor.

De Cock se dio la vuelta y avanzó despacio hacia él.

—Habíamos quedado que dejarías lo de señor —dijo más amistoso.

—Sí, bueno eh...

—Muy bien así, muy bien —colocó su mano sobre el hombro del joven en un tono paternal. Se detuvo un momento y dijo:

—Pues esta tarde vas a visitar a tu novia y confesarás todo.

El joven le miró confundido.

—¿Todo? —preguntó.

De Cock asintió. Su cara reflejaba seriedad.

—Todo. Quizá ella conozca una solución a tus problemas. Las visitas clandestinas a las prostitutas no son la solución. No hay verdadera satisfacción en eso. Es vergonzoso. ¿Y el resultado? —De Cock se encogió de hombros—. El resultado es una sensación de vacío. Nada más. Y no tiene nada que ver con el sexo, con la auténtica sexualidad, o el amor. Es sucio.

Agarró al joven por las solapas de la chaqueta y le levantó despacio de la silla.

—Habla con ella —le animó.

—Sí, señor.

De Cock asintió.

—Excelente, muchacho. Baja y pide al sargento del puesto de recepción que te lleven a casa en un coche. Dile que lo he dicho yo.

—Sí, señor. Gracias señor.

Los ojos de De Cock brillaban de forma extraña.

—Y... —añadió casi siseando las palabras, y levantando un dedo amenazador— si este "señor" vuelve a verte en el Barrio, este "señor" personalmente te romperá las piernas, ¿has entendido?

El joven parecía verdaderamente asustado.

—Sí... sí señor —tartamudeó, y salió a toda prisa de la sala.

De Cock movió su cabeza con tristeza.

—No es fácil —suspiró—, convertirse en un verdadero adulto.

Vledder sonrió.

—¿Estás frustrado sexualmente? —se burló—, ¿tienes complejos sexuales? Visite la Comisaría de la calle Warmoes y cuente sus problemas al inspector De Cock. Resultados garantizados.

—Vete al diablo —le deseó De Cock.

El canoso sabueso se frotó los ojos con las dos manos en un gesto de completo abatimiento. Las arrugas de su cara parecían más profundas de lo normal.

—¿Cuál es el próximo paso? —preguntó Vledder.

—Dormir —musitó—, dormir mucho. Estoy agotado como un perro.

—¿Qué pasa con el chico? ¿Como sospechoso?

—No es probable. No encaja. Pero sólo para estar seguros hay que comprobar su coartada. Comprueba dónde estaba cuando mataron a Sonia la Gorda.

Vledder tomó nota.

—¿Algo más que pueda hacer?

Deck suspiró.

—Rezar por sus almas.

Se colocó con firmeza su sombrero, cogió su gabardina debajo del brazo y salió de la sala.

Vledder asombrado, le vio marcharse.

Capítulo 5

Llovía. Caía una lluvia mezquina que calaba hasta los huesos.

De Cock atravesaba el Barrio Rojo envuelto en su atuendo habitual. Parecía más bien un lobo de mar retirado, que un avezado y curtido detective. Un inspector que había superado muchas veces las expectativas en él depositadas. Caminaba como siempre balanceándose de un lado a otro. Los adoquines de la acera brillaban con el reflejo cada vez más tenue de las farolas. El agua del canal apestaba. Al doblar la esquina, cerca del puente vio un colchón viejo flotando. Caían gruesas gotas de agua de los árboles que bordeaban el canal, chocando contra sus hombros y su desvencijado sombrero. Miró hacia arriba. Las antiguas fachadas de las casas del siglo XVI parecían tristes y abandonadas. Llegó a casa agotado y deprimido, y se metió directamente en la cama.

El comisario llamó hacia las tres de la tarde para convocarle a una reunión en la comisaría. Medio despierto le respondió con evasivas que intentaría asistir. No le interesaban las conferencias ni las mesas redondas. Nunca aportaban resultados y degeneraban inevitablemente en suposiciones absurdas y planteamientos sin sentido. Él tenía sus propios métodos de investigación.

Una vez despierto, decidió sin prisa comenzar el día preparándole una buena comida a su mujer. Eso le reconcilió con el mundo en general.

En la esquina de la calle Staal se paró, miró a su alrededor y entró sigiloso en un pequeño bar. Era una costumbre que había adquirido en sus primeros años en el cuerpo de policía. En aquellos días, las visitas a los bares eran siempre clandestinas y tenía que permanecer alerta por los sargentos que hacían las rondas y por los controles de los oficiales. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Desde hacía más de veinte años era detective y ya nadie controlaba sus movimientos. De todos modos, él mantenía presente sus hábitos de cautela. En cuanto traspasó las pesadas cortinas rematadas con cuero de la entrada del bar, los parroquianos se callaron de inmediato. En silencio avanzó hasta la barra y se acomodó pesadamente sobre un taburete.

El pequeño Lowee le puso un vaso delante y sacó la botella de coñac francés que tenía bajo la barra. Era su botella.

—¿Ya de vuelta de las vacaciones? —El pequeño dueño del bar servía con la experiencia de años—. Vaya asunto, ¡eh!, lo de estos asesinatos. El barrio se está inquietando.

De Cock se secó la cara con un pañuelo. Asintió despacio mirando el vaso.

A sus espaldas, los demás parroquianos le observaban. Él permanecía impasible. Movió ligeramente su labio inferior hacia afuera y tranquilamente dio el primer sorbo a su copa. Luego la vació de un trago. Se limpió la boca con la palma la mano y lentamente dio la vuelta en el taburete. Miró hacia el grupo de caras sombrías. Ya les conocía. Eran todos vecinos del barrio: la población variopinta del Barrio Rojo. Nadie nuevo. Los chulos descarados, esos ladinos comerciantes de sexo y carnaza, y las prostitutas, con sus ropas provocativas y multicolores.

Annie la Rubia era la que estaba sentada más cerca de él. Alargó su mano y le tocó el cuello

con la punta de los dedos.

—¿Serás tú la próxima?

Sonrió amistosamente haciendo la broma.

La chica lanzó un sonido chirriante y dio un paso hacia atrás asustada. Su desbordante imaginación le hizo sentir como si le quemara con un carbón encendido en lugar de rozarla con sus fríos dedos. Se rodeó el cuello con sus propias manos y le miró aterrada. Sus ojos azules reflejaban pánico.

—Yo... eh... —tartamudeó.

De Cock despacio, movió la cabeza de arriba a abajo.

—Sí. Tú o cualquier otra.

Peter "El Macho", su chulo, se levantó con el pecho y hombros hacia delante. Amenazador, se colocó frente a De Cock. Su furia contenida se reflejaba en la cara.

—No me gustan esas bromitas —gritó con agresividad—. Será mejor que lo dejes. Estás dejando cagada de miedo a la chavala.

—¿Es verdad eso? —Interrogó De Cock, mirando hacia arriba al enorme chulo—. ¿Es verdad eso? ¿Por qué estás tan seguro de que no será la próxima víctima? —Se frotó pensativo la barbilla con una mano—. Piénsalo —continuó—. Ahora que lo dices, ¿por qué tu Annie no está entre las dos primeras?

Peter "el Macho" se quedó sin palabras. Enmudecido intentaba meterse la camisa de nuevo en los pantalones, haciendo una mueca de sonrisa acobardada.

—Sí... —señaló Antón "el Mono" de repente, como si hubiese sido iluminado por una idea de las suyas.

—Sí —agarró a Peter por el brazo—, porqué mi Goldie sí, y tu Annie no?

Se miraron amenazadores el uno al otro.

El pequeño Lowee, olió el peligro desde detrás de la barra. Rápidamente salió hacia afuera y se colocó, entre las dos bestias.

—¿No entendéis? —les gritó—. ¡No entendéis idiotas! Quiere contagiaros el miedo. Quiere provocaros, quiere que reaccionéis. ¿No os basta con dos asesinatos?

Poco a poco sus frases hicieron mella en sus tercas cabezas. Dejaron de enfrentarse el uno al otro y miraron al indiferente De Cock, que empezaba a sorber su segundo coñac. Era un ruido muy poco refinado.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —preguntó Peter "El Macho"

—Intentar evitar un tercer asesinato —afirmó satisfecho De Cock.

De pronto una voz grave resonó a través del humo.

—Es una señal divina —proclamó—. El dedo de Dios apunta el camino.

Al lado de la puerta, justo pegado a las pesadas cortinas, había un hombre mayor, con una larga barba gris.

El padre Matías.

El padre Matías era un autoproclamado misionero, y aceptado como tal por el barrio. Era fascinante escuchar sus conversaciones con otros hombres o más bien con mujeres. En su tono

profundo hablaba de Dios, el Padre que adoraba a sus hijos, incluyendo a las prostitutas.

Sus intervenciones no estaban respaldadas ni condenadas por ninguna organización eclesiástica. Se le consideraba demasiado extravagante. Con su melena gris ondulada y su imponente barba, recordaba a las estampas tradicionales de los Profetas del Antiguo Testamento. En lugar de báculo, llevaba paraguas, y en lugar de sotana, llevaba un viejo y sucio chaqué recortado con unos pantalones de rayas que le quedaban cortos.

El padre Matías no sólo ofrecía un hombro donde desahogarse sino que sobre todo era conocido en el Barrio por su asistencia práctica desinteresada. Cuando cualquiera de las prostitutas indicaba que tenía intención de abandonar el resbaladizo camino hacia la profundidad del pecado, siempre se ofrecía a colaborar durante el difícil periodo de ajuste, con ayuda económica. Le prestaba el dinero suficiente para empezar una nueva vida. Y sus préstamos eran a fondo perdido.

Normalmente no podían vivir alejadas de esa vida y volvían a reaparecer en el barrio después de algunos meses. El padre Matías expresaba su tristeza pero nunca reclamaba el dinero. Estas y otras caridades dilapidaban sus reservas.

Tenía libertad total en los burdeles. Nadie le detenía ni le estorbaba. Sólo si sus sermones duraban demasiado, la madama, amable pero insistente, le sacaba del local.

Y es que la caridad y la Palabra de Dios son buenas mientras no interfieran con el negocio.

De Cock escuchaba atentamente al padre Matías hablar de Sodoma y Gomorra, las dos ciudades que se ganaron la ira Divina por su dejadez moral y sexualidad depravada. Como castigo, las dos ciudades fueron barridas de la faz de la tierra. A De Cock le pareció un sermón de lo más oportuno.

El padre Matías era un orador inspirado. Dominaba una batería de textos Bíblicos, que utilizaba con soltura y sin titubeos. Era curioso comprobar como los concurrentes en cualquiera de los bares que frecuentaba quedaban hechizados por su retórica. Solía ser gente que incumplía todos los Mandamientos de Dios, y sin embargo todos quedaban hipnotizados por un viejo que predicaba la Palabra.

De Cock no era particularmente religioso, así que observaba el fenómeno desde la distancia de un escéptico. Su cerebro analizaba la peculiar escena. Observaba atentamente las caras de la audiencia e intentaba encontrar una explicación. Era miedo, especuló, el miedo acentuado por el asesinato de dos de los suyos. Si habían sido cometidos por la misma persona, entonces tendría que haber una conexión. Sonia la Gorda y Goldie la Pálida eran ambas prostitutas y las dos habían sido estranguladas. Hasta ahí la única conexión evidente. Aparentemente no había nada más en común. Ni siquiera coincidían en la edad o en el físico.

De Cock reflexionó.

Aunque a él mismo le costaba convencerse, existía la posibilidad de que el asesino fuese un pervertido sexual, un sádico que sólo podía alcanzar el orgasmo matando, estrangulando a su víctima. Si este fuese el caso, su búsqueda se tendría que centrar en gente con anomalías tan pronunciadas que se encontrasen ya encerradas o tan ocultos en la sociedad que sería prácticamente imposible hallarlas. ¿De cuantos posibles sospechosos estábamos hablando? Casi

todos los hombres que van buscando sexo con regularidad practican alguna aberración. ¿Pero tanta violenta? No, algo así se hubiera sabido.

El padre Matías continuaba su sermón. De Cock desconectó y las palabras se convirtieron en un suave murmullo de fondo. Iban y venían a su alrededor sin que él las retuviera. Su atención se centraba por completo en el público del viejo predicador.

Sonia la Gorda y Goldie la Pálida habían sido estranguladas ambas en domingo. Una extraña coincidencia, pensó De Cock estos crímenes de domingo. Un estrangulador dominical.

De repente, algo le hizo reaccionar. Miró con más atención al hombre de la barba gris, su pelo ondeando a su alrededor, gesticulando y moviendo sus brazos por el aire. Empezó a observarle de forma distinta. El padre Matías y los crímenes dominicales. ¿Era sólo una coincidencia? Su cerebro se empezó a acelerar. Aceptando, inspeccionando y rechazando una serie de teorías. El domingo es el día del Señor. ¿Coincidencia? ¿La ira Divina? ¿Sodoma y Gomorra? ¿Coincidencia? De Cock se escandalizó con sus sospechas. ¿Podría haber decidido el padre Matías ayudar a Dios? ¿Oía voces? ¿Se consideraba a sí mismo como instrumento de la venganza divina? Suspiró. Era casi un pensamiento blasfemo.

Abstraído en sus pensamientos, De Cock sorbía poco a poco su coñac. Le gustaba su sabor. Y en una cantidad moderada estimulaba sus procesos de razonamiento.

Cuando el padre Matías hubo terminado su sermón, dejó a su tosco público en un estado de desorientación e introspección. De Cock puso unas monedas en la barra y se dejó caer del taburete. Dirigió sus pasos hacia la salida, atravesó las pesadas cortinas y se paró en la puerta. Todavía llovía.

Se asomó a las apacibles calles que bordeaban los canales y esperó con tranquilidad observando el reflejo de las tenues luces rojas de los escaparates en el agua del canal. Era una noche tranquila, salpicada de vez en cuando por algún hombre que vagaba de escaparate en escaparate.

Calle abajo localizó la silueta de un paraguas y unos faldones de un chaqué cortados, empezó su marcha.

Esperó unos segundos hasta dejar una distancia prudencial y emprendió el camino en dirección a la sombra que se alejaba.

De Cock era un maestro siguiendo a cualquiera por el centro de Ámsterdam. Incluso de noche, cuando no contaba con la posibilidad de camuflarse entre las masas, era capaz de pasar inadvertido por las tranquilas y desérticas calles. Utilizaba pórticos, entradas, portales, cubos de basura, coches aparcados, escaparates y otros obstáculos. Era un camaleón. "Ver sin ser visto" tenía su verdadero significado aplicado a De Cock en su terreno.

Pero esta noche no tuvo que recurrir a ninguno de sus trucos. El hombre al que seguía no era consciente de ello. Ni siquiera sospechaba que pudiera ocurrir. No miraba a su alrededor, ni a izquierda o derecha. Firme pero lento andaba hacia delante. Su paraguas se movía de un lado a otro dibujando líneas imaginarias; cruzó la calle en dirección a la gran plaza Dam, la céntrica plaza delante del palacio Koninklijk. Atravesó la ancha explanada, pavimentada con adoquines. De Cock le seguía sin dificultad. Al pasar el Palacio el hombre se dirigió hacia el lateral del edificio hacia la calle Raadhuis. Para ser un hombre mayor, mantenía un ritmo considerable.

Se paró debajo de un árbol de la plaza Wester. Descansó apoyando su espalda contra el árbol. De pronto el hombre parecía cansado. De Cock se acercó sigiloso.

De forma inesperada, un hombre joven apareció de detrás de la iglesia que da nombre a la plaza. Era un hombre fuerte y musculoso. Andaba algo encorvado con un paso lento, de palomo cojo. Llevaba bajo el brazo un paquete. Se acercó al Padre Matías y lo abrió. Era una manta. Absorto, De Cock observaba.

Cuidadosamente, con un gesto cariñoso, el joven envolvió al hombre con ella. Luego le rodeó con su brazo y lentamente se alejaron de allí.

De Cock siguió a la pareja. Subieron las escaleras que llevaban a la puerta de una de las viejas casas que se apoyaban en la iglesia. El proceso resultó laborioso. El hombre debía tener las reservas agotadas. Pararon al llegar al final de las escaleras. El joven buscó por sus bolsillos, se inclinó hacia delante y abrió la puerta. Entraron juntos.

Desde la sombra de uno de los contrafuertes de la iglesia, De Cock observó la casa. Vio encenderse la luz detrás de la puerta. Algo después la figura imponente del joven su vislumbró brevemente por una ventana. Cerró las cortinas.

De Cock cauteloso salió de las sombras y se alejó de allí paseando. Su forma de andar vacilante, le hacía parecer un borracho camino de su casa. Los susurros incoherentes que se dirigía a sí mismo le daban la apariencia completa de un alcohólico. Le reprochaba a su maldito trabajo el que tuviera que seguir a un hombre bajo la lluvia.

La lluvia fina calaba su gabardina. El calor del coñac aún se mantenía en su estómago, pero temía que no fuese suficiente para evitar el próximo resfriado. Decidió encaminar sus pasos de nuevo hacia el pequeño Lowee y beberse uno más para el camino.

Antes de cruzar la plaza Dam, se paró bajo el pórtico del Palacio para sacudir su sombrero. Una pareja se abrazaba entre las sombras de uno de los pilares. De Cock suspiró y pensó ¿Cómo podrán, con este tiempo?

Una vez de vuelta, todo seguía tranquilo y en calma alrededor de los canales. La lluvia había disuadido a los clientes del Barrio por unas horas. Las mujeres exhibían además de su feminidad su aburrimiento tras los escaparates. Mataban el tiempo pintándose las uñas o leyendo alguna novela barata. ¿Pero qué esperaba encontrar por los canales a estas horas de la noche? No podía explicarse qué le llevaba a cruzar una y otra vez el Barrio. Sin rumbo fijo anduvo con su pensamiento en total confusión. No había un orden racional ni un sistema con el que agrupar sus ideas. Sólo sabía que debía encontrar al asesino, y hacerlo cuanto antes si quería evitar más desgracias. Era una sensación frustrante. No habían sido broma sus palabras en el bar del Pequeño Lowee cuando advirtió a sus clientes del peligro que les acechaba. El asesino no podía quedarse satisfecho con las dos primeras víctimas. Cualquiera de las chicas podía ser el siguiente blanco. ¿Pero quién?

Se paró al otro lado del canal, frente al establecimiento de la Tía Dina. Se frotó la cara mojada con sus manos. ¿Qué era lo que motivaba al asesino? ¿Cómo las elegía? ¿Qué hacía que se decidiese por una y no por otra? No era una cuestión de encuentros casuales ni de decisiones improvisadas en el momento. El asesino no elegía a sus víctimas al azar, de eso estaba seguro, y

además tenía que ser alguien con una presencia agradable, las dos víctimas confiaron en él y ellas casi nunca se equivocaban. Hacía la elección. No importaba a que prostituta visitase, las circunstancias siempre le eran favorables. La profesión de prostituta hacía que las víctimas estuvieran siempre completamente indefensas. Desnudas, echadas boca arriba, no podían luchar contra un estrangulados De Cock apretó sus labios. ¿El asesino seguía un impulso o tenía un plan? Si era así, ¿qué tipo de plan? La idea le daba vueltas en la cabeza. ¿Por qué una y no otra?

Cuando echó a andar de nuevo, oyó un silbido suave por encima de su cabeza. Miró hacia arriba. La lluvia penetró a través de sus pestañas, cegándole. Vio la cabeza de una mujer salir desde una ventana abierta en el piso encima de él. No le veía bien la cara. Se orientó rápidamente y comprendió que tenía que ser Bárbara, Bárbara "Brevas". Le hizo señas. De Cock empujó la puerta y subió las escaleras.

—Adelante —dijo una voz cálida.

De Cock le dio su sombrero mojado.

Ella husmeó en broma levantando la nariz.

—Será mejor que también te quites esa sucia gabardina y te limpies los zapatos.

De Cock obedeció.

Ella puso sus cosas mojadas aparte y le tiró una toalla. De Cock se secó la cara y pasó un peine por su pelo erizado. El cuarto estaba decorado de forma acogedora. Caliente y agradable. Un enorme gato negro estaba sentado justo delante de la chimenea. Levantó la cabeza un poco y enseguida se echó a dormir otra vez. Estaba acostumbrado a ver a mucha gente.

—¿Qué buscas esta noche?

De Cock se acomodó en una de las butacas.

—Al asesino —respondió.

Ella se sentó en un sofá que había frente a él. Estaba adorable con una camisa de hombre y unos vaqueros apretados. Su pelo largo y rubio le caía hasta los hombros enmarcando una cara de piel clara y expresión picara. Encogió sus piernas abrazándolas y colocando la barbilla sobre sus rodillas. Sus ojos azules le miraban afectuosos y burlones. Él evitaba su mirada. La ternura que reflejaban sus ojos le confundía.

—Te vi ahí parado. Ese viejo sombrero te delata. Te habría reconocido en cualquier parte.

De Cock sonrió tímidamente.

—¿Es importante para ti reconocerme?

Ella encogió ligeramente sus hombros.

—¿De qué me vale?

De Cock no contestó. Sabía lo que ella quería decir. La conocía desde hacía años y no era la primera vez que él intuía el afecto que ella le tenía. Siempre le producía una sensación confusa. No lo entendía.

—No paro de darle vueltas a lo que está pasando en el Barrio. Tengo que buscar una conexión entre los asesinatos para poder evitar el siguiente. Este caso ya dura demasiado tiempo.

—Sí, lo sé. Te vi ayer al otro lado del canal con la pobre chica. Por cierto, que no miraste en esta dirección ni una sola vez.

Había un ligero tono de reproche en su voz.

De Cock suspiró de nuevo.

—Si empiezas con eso —dijo con cierta tristeza—, tendré que marcharme.

La expresión de su cara cambió de repente.

—¡Oh, no! —había algo más que cierta desesperación en su voz—. Por favor, quédate. En noches como esta, cuando parece que lloran hasta los árboles, me siento tan sola, más sola que nunca.

De Cock la observó sin prisa.

—¿Por qué no lo dejas? Todavía eres joven. Busca a un hombre decente y trabajador.

Una media sonrisa jugueteó en sus labios.

—Un buen hombre es difícil de encontrar. Como tú hay pocos.

De Cock movió la cabeza.

—Me prometiste que no volverías a hablar así.

Bárbara dejó de abrazarse las piernas y apoyó sus pies en el suelo. Se sentó en el borde del sofá con expresión seria.

—¿Por qué no? ¿Por qué no puedo hablar de ello? ¿Por qué siempre me haces callar cuando quiero decírtelo? ¿Es algo tan malo? Siempre he querido tener un hombre grande y fuerte a mi lado. Un hombre como tú. Un hombre que mirase mis caderas con ojos hambrientos.

De Cock se rascó la parte de atrás de la nuca. Con éste gesto instintivo intentaba ocultar su timidez.

—Quizá... —dijo despacio, indeciso—, quizá podría disimularlo de ahora en adelante. O... quizá ya no esté tan hambriento.

Ella le miró inquisitiva.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Tú me llamaste. ¿Recuerdas?

Asintió alegre.

—Esta vez. ¿Pero qué hay de las otras veces, cuando yo no te llamaba?

De Cock se frotó la cara con sus dos manos.

—Venga Bárbara, vamos a dejarlo. Soy lo suficientemente mayor para ser tu padre. Cuando vengo a verte, para hablar, es... porque eres una chica agradable y porque... eh... yo... espero que dejes este tipo de vida un día de estos.

Alargó una mano y le acarició la manga de su chaqueta.

—¿Por qué quieres que lo deje? ¿Por qué insistes en ello? ¿Qué te importaría a ti si yo lo dejara? ¿Qué más te da que me siente yo aquí o que se sentara otra en mi lugar? ¿Qué diferencia habría?

De Cock suspiró.

—Me lo estás poniendo difícil esta noche. Puede que sea el tiempo. Esta lluvia que no para suele volver a la gente melancólica. Claro, estás sola. No tienes clientes y estás aburrida. Por eso juegas conmigo, me declaras tu amor... por diversión. —Movió su cabeza—. Pero eso no es justo, Bárbara. No lo merezco, ¿no crees? No sé cuántas veces he pasado por aquí a lo largo de estos años, sólo para hablar. Para hablar de todo en general. No de tu "negocio". En general, sabía que te

gustaba, que lo necesitabas, porque en el fondo te repugna el vecindario y lo que haces.

Hizo una pausa y suspiró de nuevo, con tristeza.

—Está bien, suponiendo que me gustaras. ¿Eso qué quiere decir? Si viniera a visitarte con la misma intención que esos hombres hambrientos, como tú dices, me despreciarías sin remedio, y no quiero eso. No quiero obligarte a que me desprecies.

Ella agachó la cabeza y no contestó. Por fin, después de un rato volvió a mirarle. Una lágrima le resbalaba por la cara y su rímel se esparcía por la mejilla.

—¿No te enfadarás conmigo, verdad qué no?

Sus labios temblaban.

De Cock sonrió con cariño.

—Claro que no mi niña, ¿cómo podría?

Le puso una mano en la rodilla.

—Vamos —le dijo amistosamente—, ve a ver si mi gabardina se ha secado un poco.

Ella se levantó y entró en el otro cuarto donde estaba su cama.

Con una mirada pensativa contempló la excitante curva de sus caderas. Se frotó la cara y se puso en pie. Se irguió algo cansado. Ella le ayudó a ponérsela.

—Habla con el padre Matías o ponte en contacto con tus padres. Estoy seguro de que estarían encantados de volver a recibirte.

Ella sonrió melancólica.

—Lo pensaré —prometió.

Él le cogió su sombrero y bajó torpemente por las escaleras.

Al día siguiente, De Cock no apareció por la comisaría. Su silla permaneció vacía. La silueta familiar de su corpulenta figura frente a la ventana, su personalidad dominante... se había convertido a lo largo de los años en una parte esencial de la atmósfera en la sala de detectives de la calle Warmoes. Su ausencia se hacía inmediatamente tangible, como si una parte fundamental del interior hubiese desaparecido.

El joven Vledder se preocupó por ello. Sin De Cock se sentía inseguro y perdido respecto a los pasos a dar en la investigación, que sin duda debía seguir adelante. Estando De Cock, siguiéndole, todo parecía muy sencillo, nada era problemático, pan comido, un juego infantil de preguntas y respuestas.

Cuando la ausencia de De Cock se prolongaba ya algunas horas, Vledder llamó a su mujer. Ella le explicó que su marido no iba a ir a la oficina en todo el día. Eso era todo. No se atrevió a preguntar más. De Cock no iba a poder ir y eso era todo.

El comisario estaba de mal humor. Se paseaba con cara de pocos amigos. Había preguntado varias veces por él. Vledder había intentado apaciguarle justificando la ausencia de De Cock con varias excusas; pero el viejo policía no creyó ninguna. Su humor no había mejorado precisamente. El día anterior con un simple: "lo intentaré", había ignorado la reunión que el propio comisario se había molestado en organizar. Simplemente no se había presentado. Eso le había molestado profundamente.

Todo el mundo sabía que De Cock era terco e ingobernable. Iba a su aire y simplemente se negaba a ser dirigido por sus superiores. En general, ignoraba los procedimientos establecidos y la

autoridad. Era algo que todo el mundo sabía. Si De Cock no hubiese probado, a veces de forma brillante, en numerosas ocasiones sus increíbles dotes como sabueso, su carrera en el cuerpo habría terminado precipitadamente hace tiempo. En el fondo, los mandos temían al viejo y curtido inspector. Se le permitía vivir su vida y normalmente resultaba lo mejor.

Aun así, al comisario no le resultaba fácil aceptar los comportamientos de De Cock que él definía de bucanero. Minaba su autoridad. Además, le resultaba irritante que De Cock siempre tuviera un motivo aceptable, una excusa lógica que justificaba su comportamiento poco ortodoxo. Eso, más que nada, era lo que obligaba a sus superiores a mantener cierta cautela y duda respecto a su aparente insubordinación. Varios habían intentado limitar su libertad de acción, guiarle hacia la subordinación jerárquica. Siempre lo conseguían pero nunca por mucho tiempo.

Cada vez que De Cock se veía acusado de falta de disciplina, mostraba sincero arrepentimiento y obediencia, y durante una temporada no hacía nada sin el consentimiento oficial. De hecho no mostraba iniciativa alguna, y el caso, poco a poco pero sin remedio se estancaba en una maraña de burocracia administrativa.

Resignados y a punto de enloquecer, sus superiores solían levantarle las restricciones de los cauces oficiales y proporcionarle de nuevo total libertad. Entonces, le solían asignar casos que estaban en un callejón sin salida, o pequeños robos. De Cock nunca se quejaba. Sabía que, tarde o temprano, le rescatarían de su aparente purgatorio. Si un caso verdaderamente importante se quedaba estancado o surgía un dilema imposible de solucionar llamarían a De Cock. Por eso él podía permitirse quedarse en su casa y no aparecer por la oficina. Era lunes, y a él le parecía un día perfecto para sacar a su perro de paseo.

Primero, él y su mujer habían tomado café tranquilamente. Habían charlado sobre lo humano y lo divino; hablaron del regalo de boda de su sobrina Clara, quien algo tarde y de forma inesperada, había encontrado finalmente un novio, y eso se había convertido últimamente en tema frecuente de conversación entre el clan de los De Cock.

Cuando se agotó ese tema, al menos de momento, llamó al Registro Civil y pidió información acerca de la familia del hombre conocido por todos como Padre Matías, y la tan o más conocida por todos como Bárbara "Brevas". Anotó la información en su libreta y se sentó cómodamente a degustar su tercera taza de café.

—¿Quién es Bárbara? —preguntó su mujer con curiosidad.

De Cock sonrió enigmático como una esfinge.

—Una adorable prostituta —sonrió con gesto embobado.

Su mujer arqueó las cejas.

—¿Prostitutas adorables? —indagó con una sombra suspicaz—, ¿existen?

De Cock afirmó con énfasis.

—Bárbara es una de ellas. A esta chica no le va nada el Barrio, está totalmente fuera de lugar. Debería ser una ama de casa con un montón de niños a su alrededor y un buen marido.

—¿Un hombre cómo tú?

De Cock miró fijamente a su mujer.

—Qué curioso, eso es exactamente lo que ella dijo.

Su mujer estudió la expresión de su amado rostro al otro lado de la mesa.

—¿La conoces bien?

Algo evasivo, él se encogió de hombros.

—Bueno... eso depende de lo que quieras decir. Sé que es de una ciudad pequeña. Terminó el colegio y estudió algunos años más. Después acabó trabajando en una oficina. Mantuvo una relación con uno de sus jefes, un hombre mayor, casado, con hijas. Hijas de su misma edad. Cuando la relación se descubrió, hubo muchas críticas. Ella fue vilipendiada. El jefe volvió con su mujer y pidió perdón por su "error". Fue recibido con amor y los brazos abiertos.

—¿Y qué pasó con Bárbara?

De Cock removió su café.

—La gente —dijo pensativo—, a veces es cruel e injusta. Bárbara fue acusada de ser la que había provocado todo. Por supuesto, se decía que Bárbara había seducido al virtuoso marido y padre de familia. Fue un escándalo. La pequeña ciudad era un hervidero. La gente la tachó de zorra y la señalaban por la calle. Después de un tiempo, Bárbara no pudo soportarlo más, y decidió marcharse a Ámsterdam a convertir en ciertas las acusaciones de la gente. Estoy convencido de que en parte por despecho, se convirtió en prostituta.

—¿Era culpable?

Hizo un gesto un gesto confuso de disculpa.

—¡Ah!, ¿Qué es la culpa? ¿Quién habla de culpa? Esas cosas pasan. En una gran ciudad apenas son noticia. Pero en una ciudad pequeña puede tener enormes consecuencias para las partes implicadas. Bárbara no era mejor ni peor que las demás chicas de su edad.

Suspiró y miró en el fondo de su taza vacía.

Simplemente fue mala suerte que se encaprichara, que se enamorara de un hombre mayor y casado. De no ser así, no habría pasado nada. A estas alturas estaría viviendo en un pequeño apartamento, con cortinas limpias y pasaría los días lavando pañales. La prostitución le parecería algo terrible con solo oír mencionar la palabra.

Su mujer le sonrió.

—Parece —dijo hablando despacio—, que le atraen los hombres mayores.

De Cock se frotó la cara con sus manos. Conocía cada giro de sus entonaciones y captaba la sutil insinuación sobre su edad.

—No soy tan mayor —contestó un tanto petulante—. En fin... es igual, no quiere decir nada. Probablemente soy el único hombre decente que entra alguna vez en su cuarto. Además... —sonrió, completamente inconsciente de lo atractivo que resultaba cuando lo hacía—, además, ¿Qué mujer podría interesarse por mi cara de boxeador?

Riéndose, ella rodeó la mesa.

—Yo, ya deberías saberlo.

Él la miró.

—¡Ah! —dijo algo melancólico—, uno puede acostumbrarse a cualquier cosa.

Algo cansado se empujó hacia atrás y se levantó de la mesa. Besó a su mujer en la frente y cogió la correa del perro del respaldo de su silla. Flip esperaba atentamente con la cabeza levantada y moviendo la cola. De Cock acarició el lomo del perro con cariño y le colocó la correa.

—Vamos amigo, vamos a dar un paseo.

Antes de salir se metió su cuaderno en el bolsillo.

Capítulo 6

El funeral fue muy sentido.

Los asistentes se encontraban tímidamente agrupados junto a la verja; los chulos con cara de matones y enfundados en trajes caros, las dueñas de los burdeles cargadas de oro y joyas y una gran variedad de prostitutas, excesivamente maquilladas. Miraban con caras sombrías el cuidado recinto y a los asistentes que formalmente ataviados se paseaban arriba y abajo con la superioridad de los que ocupan cargos oficiales. Había mucha agitación en el cementerio. Un cortejo seguido de otro, formado por brillantes limusinas negras y coches fúnebres decorados con flores, se movían con orquestada precisión. La muerte es un negocio que no permite descansar.

De Cock se había obligado a sí mismo a enfundarse un traje oscuro. Su atuendo favorito consistía en unos pantalones sin raya y una chaqueta informe. Pero para el funeral de Goldie la Pálida había rescatado su traje oscuro de entre la naftalina. Consideró como un pequeño homenaje a la víctima la tortura producto de un mal corte. Había sido incapaz de desprenderse eso sí, de su sombrero. A pesar de las protestas de su mujer, no había podido abandonar su característico tocado en casa. Todo tiene un límite, pensó.

Vledder miraba asombrado a De Cock que se acercaba por el camino de grava con semejante aspecto. Se encontraron a medio camino.

—Sí que está elegante —se burló.

De Cock le miró.

—Tú en cambio, veo que no has hecho mucho esfuerzo.

—¿Qué quiere decir?

—Vas vestido como siempre.

Vledder se rió burlón. Su sonrisa no resultaba tan agradable como la de De Cock.

—¿Qué esperaba? —dijo despectivo—, a lo mejor suponía que iba a guardar luto por una fulana. Estoy de servicio. Me dijo que nunca debía perderme el funeral de una víctima. Pues aquí estoy. ¿Qué más quiere?

Los ojos de De Cock brillaron con indignación.

Miró a su alrededor para ver si alguien podía verles, puso su enorme mano en mitad del pecho de Vledder y le agarró la camisa. La camisa crujió y le empujó.

Quiso decir algo sobre vivir y morir, algo sobre la muerte y la eternidad. Pero de pronto no supo poner voz a sus pensamientos, cómo expresar sus sentimientos. Soltó al joven detective y se quedó callado un rato. Estaba arrepentido de haber perdido los papeles e intentaba alisar las arrugas de la camisa con sus toscas manos.

—Lo siento muchacho —dijo algo ronco y avanzó lentamente.

La capilla se fue llenando poco a poco. Música suave de órgano acompañaba el rumor de pasos. El ataúd estaba colocado en el centro, rodeado de coronas y flores. De Cock permaneció en la parte de atrás, con el sombrero entre sus manos. Su mirada deambulaba entre las pinturas de las paredes y las sombrías miradas de los asistentes.

El padre Matías entró en la sala en cuanto la música del órgano se desvaneció en silencio. Se

había peinado para la ocasión y había cepillado su chaqueta decrépita. Su voz reverberaba contra las paredes. De nuevo habló de la ira de Dios y de Sodoma y Gomorra. Su discurso parecía una copia del sermón del bar de Lowee.

De Cock escuchó atentamente. Esta vez no dejó que las palabras se le escaparan. Las fue asimilando con detenimiento al igual que reparaba en los continuos cambios de entonación.

El final del discurso del padre Matías fue más moderado. Habló de Cristo, que amaba especialmente a los pecadores, que tanto había sufrido para lavar las culpas de toda la humanidad. Su voz temblaba enternecida y un suave sollozo se oyó de entre la audiencia.

El órgano volvió a tocar y se abrieron las puertas. Unos hombres se colocaron en silencio alrededor el ataúd. Lo levantaron sobre sus hombros y se lo llevaron. Los asistentes les siguieron. En silencio todos salieron de la sombría capilla al soleado exterior.

De Cock les seguía despacio, atento. Por el rabillo del ojo vio a Vledder con discreción entre la gente.

La procesión siguió la larga ruta por la gravilla entre las lápidas marcadas: "Aquí yace... repetido cientos de veces. Los vivos habían hecho que se esculpiera con firmeza sobre las pacientes piedras.

—Aquí yace —murmuró De Cock para sí. No estaba tan seguro de ello.

De pronto se fijó, un poco por delante de él, en una mujer joven vestida elegantemente, con un traje oscuro y un sombrero con velo. Al principio se fijó en su aparente seguridad, en la ligereza de sus movimientos. Su mirada inquisitiva se paseó desde sus esbeltas piernas y fue subiendo hasta descubrir la cara de Bárbara detrás del velo.

Se quedó impresionado. No sólo por su aspecto físico, sino por la transformación. Estaba muy distinta. Las otras mujeres, a pesar de los esfuerzos para ocultarse bajo una apariencia y actitudes formales, no conseguían disimular su profesión.

Pero Bárbara sí.

Nadie habría podido adivinar que ejercía la prostitución, ni por su forma de vestir, ni por su actitud. Andaba algo apartada del resto. Andaba sola, como una extraña. De Cock aceleró sus pasos y se colocó a su altura. Ella le miró y sonrió vagamente. Él se inclinó hacia ella y le dijo suavemente:

—Espérame —susurró—, espérame luego, cerca de la salida.

Ella asintió de un modo casi imperceptible.

Mientras tanto, la procesión había llegado al lugar del enterramiento. Todos se colocaron alrededor formando un círculo. De Cock se alejó de Bárbara y se situó más cerca del padre Matías. Reconoció por su postura al joven que tenía a su lado. No descansó hasta que pudo situarse justo detrás de los dos hombres.

—Buen discurso, padre —apuntó el joven.

El padre Matías hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza.

—No era yo, Tobías —dijo con cierto tono de reproche en la voz—, sino Dios. Yo sólo era un mero instrumento.

El chico movió la cabeza de arriba abajo en señal de aprobación.

—¿Qué crees, padre? —siguió—, ¿crees qué Dios será misericordioso con ella y la aceptará?

El padre Matías colocó una mano sobre el brazo del chico en un gesto de confianza.

—La misericordia de Dios —susurró—, es infinita.

Los enterradores se quitaron el sombrero y bajaron el ataúd.

Cuando los asistentes se marcharon, De Cock permaneció solo junto a la tumba. Era su deber, miró al hoyo, y comprobó que el ataúd estaba sellado. Las cerraduras estaban intactas. Las bandas de acero se veían claramente. Estuvo un rato más y murmuró unas palabras de adiós. Luego, bruscamente se dio la vuelta, se puso su sombrero y salió por un camino lateral donde le esperaba Vledder.

—¿Cómo ha ido, muchacho? ¿Has visto algo interesante?

Vledder movió la cabeza negativamente, sonriendo a su mentor.

—No había espectadores clandestinos. Sólo una joven viuda que parecía especialmente interesada en mí.

De Cock sonrió.

—Tú ten cuidado —le advirtió—, no sería la primera vez que un romance empieza a los pies de la tumba de un marido recién enterrado.

Vledder se rió.

—No parece el sitio más romántico —remarcó.

—No te equivoques muchacho, se hacen muchos contactos que acaban en boda en los cementerios. Parece que el duelo compartido lleva a la atracción.

Vledder le miraba incrédulo.

—¿Está bromeando, o lo dice en serio?

De Cock afirmó con la cabeza.

—No creo que existan estadísticas, pero la frecuencia con la que ocurre te sorprendería.

—Aun así, no me tienta.

Siguieron caminando hacia la salida. De Cock metió las manos en el fondo de sus bolsillos. Se había desabrochado la chaqueta y respiraba con más facilidad. En la capilla, durante la ceremonia, la tirantez alrededor de su pecho había resultado casi insoportable.

En alguna parte, en el fondo de su cabeza, y oscurecida por la memoria más reciente, había surgido una idea. Un atisbo de claridad. Un principio de idea. De Cock quería cuidarla, alimentarla hasta que la pequeña chispa creciese lo suficiente para poner en marcha los mecanismos de su cerebro. La presión en su pecho había interrumpido la fluidez de su proceso deductivo. La chispa había muerto y no volvía. De repente, se paró y miró a Vledder pensativo.

—¿Conoces algún cura o reverendo?

Vledder frunció el ceño algo sorprendido.

—¿Cura o reverendo? —preguntó perplejo. Se encogió los hombros como sin poder entender nada—. Yo... eh, no soy muy religioso —aseguró entrecortado.

—Eso no es lo que te he preguntado —replicó irritado por la respuesta vacilante de Vledder.

Siguieron andando en silencio. Justo antes de llegar a la salida De Cock volvió a detenerse. Su cara parecía pensativa.

Vledder le miró intrigado.

—¿Qué le pasa? ¿Está preocupado por algo?

De Cock le ignoró. Era una táctica exasperante que el viejo detective practicaba a veces. Se alejó de Vledder y se acercó a Bárbara que le esperaba junto a la verja. Otra vez se dio cuenta de lo guapa y atractiva que era. La rubia melena no quedaba oculta del todo por el sombrero y brillaba bajo la luz del sol. Algunos de los asistentes al funeral la miraban con admiración al pasar.

—¡De Cock! —le gritó Vledder con el fin de llamar su atención.

Por fin, De Cock se animó a hablarle.

—Tengo un trabajo para ti. Visita esta tarde a un sacerdote o reverendo. Elige uno cualquiera. No me importa cual.

Vledder sonrió de repente.

—¿Para qué debo hacerlo? ¿No querrá que me arrepienta?

De Cock se colocó su sombrero hacia atrás.

—Eso es asunto tuyo —dijo de pronto muy serio—. Sólo quiero que preguntes qué cuidad fue destruida por depravación moral, después de Sodoma y Gomorra. Los reverendos y curas deben saber esas cosas.

Vledder alucinado le miró con la boca abierta. Quería preguntar el quién, el cómo y el por qué, pero De Cock ya se había marchado.

Bárbara, sonrió.

—¿Siempre organizas tus citas en el cementerio?

De Cock movió la cabeza.

—Sólo quiero ofrecerme a llevarte. Mi coche está aquí cerca.

La cogió por el brazo y la llevó hacia el coche.

—Estás muy guapa hoy —le dijo admirado—, casi no te reconocí.

Ella le sonrió.

—Gracias. Es la primera vez que me dices un cumplido desde que nos conocemos.

De Cock no reaccionó. Abrió el coche y sostuvo galantemente su puerta. Sentado se giró hacia ella y dijo:

—Voy a secuestrarte —dijo muy serio—. Te estoy avisando con tiempo. Si no quieres que lo haga ahora estás a tiempo de salir.

Ella se rió.

—No creerás —dijo desafiante—, que me voy a ir ahora que me has retado. ¡Me encanta! Nunca me habían secuestrado.

Indudablemente estaba disfrutando de la situación. Dejó su sombrero y el velo en el asiento trasero y movió la cabeza para soltarse el pelo. Sus ojos brillaban. De Cock encendió el motor pero siguió sin arrancar.

—Esto no es una broma, Bárbara, estás a tiempo de bajarte.

Ella le miró. Él pudo ver de nuevo esa mirada de sincero afecto. Ella sabía que él la quería a su manera, de una forma confusa, pero que podría estar con ella, sin importarle nada más.

—Vamos —dijo con impaciencia—, ¿a qué estamos esperando?

Él se encogió de hombros y suspiró.

—Pues así sea —dijo con resignación y apretó el acelerador.

Con su habitual desprecio por las virtudes de cambiar de carril y más suerte que pericia, avanzaba entre el tráfico. Debía mantenerse concentrado al máximo. Como él mismo reconocía, era el peor conductor de los Países Bajos. Hasta que no alcanzó una autopista, ya fuera de la ciudad, no se relajó un poco. El acelerador marcaba ciento diez por hora.

—Nunca imaginé que lo harías —dijo ella contenta—, que llegarías a hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Pues esto.

Permanecieron en silencio algunos kilómetros.

—¿No lo sientes por tu trabajo? Tú has nacido para ser policía y además eres muy bueno.

De Cock suspiró.

—Yo no me preocuparía por el futuro, si fuese tú —ella siguió hablando, consolándole—. Yo puedo ganar suficiente dinero. Empezaremos de nuevo en alguna parte. En Rotterdam o en La Haya por ejemplo. En alguna parte donde no nos conozcan.

Se acercó a él.

—¿O quizá preferirías —le preguntó en un susurro—, que lo dejara, que no me dedicara más a esto?

—Eso es —dijo muy calmado—, quiero que dejes de hacerlo.

Ella sonrió enternecida.

—Pero si no importa. No quiere decir nada, ¿Tú eso ya lo sabes, no? Sólo es negocio. Tienes que saber mantenerlo aparte.

De Cock agarro con fuerza el volante. No encontraba el valor para decirle la verdad.

—Podríamos probar —continuaba alegre—, que me sustituya otra chica en el Barrio, podríamos alquilarle mi cuarto. No tenemos porqué explotarla, pero sería una buena fuente de ingresos extra. Si sabes lo que...

De Cock no pudo aguantar más.

—¡Bárbara! —gritó furioso.

Ella puso su mano sobre su rodilla.

—Shhh —le calmó—, si estás completamente en contra...

La cara de De Cock era una máscara. Sólo las aletas de su nariz vibraban con indignación. Era la única muestra visible de sus sentimientos en ese momento. Él entendía lo que ella quería decir. Comprendía perfectamente el significado de sus palabras. A pesar de la inmoralidad de sus propuestas, De Cock apreciaba el profundo afecto que las inspiraba. Conocía bien la forma de pensar de las mujeres que se dedicaban a la prostitución. Después de ejercer durante un tiempo, su forma de pensar cambiaba. Él sabía hasta que punto se iba a sentir decepcionada cuando conociese sus verdaderas intenciones, cuando comprendiese lo que él quería realmente.

Y sería en efecto decepcionante. El día antes había hablado con sus padres, y había comprobado que estaban deseosos de recibirla de nuevo, con amor y sin recriminaciones. No había hecho falta decir demasiado. Ellos estaban deseando que se produjera el encuentro; y él no había querido escandalizarles.

Así pues, él solo esperaba que ella hubiese asistido vestida de forma presentable al funeral.

Había contado de forma algo vergonzosa con el afecto que ella obviamente le profesaba. Quería sacarla del Barrio Rojo a toda costa, a cualquier precio. Tenía que marcharse, no podía permitir que siguiera allí bajo ningún concepto. Y ya sabía que eso no la alejaría de la motivación impersonal que impulsaba su negocio. De Cock era suficientemente realista para darse cuenta de que el alejamiento físico no era bastante para alejar a una persona como Bárbara de la prostitución. Al contrario, algo como lo que él estaba haciendo, probablemente provocaría el efecto contrario en una persona como Bárbara, seguir a toda costa. Él lo sabía, lo esperaba.

Pero tenía que marcharse. Era algo fundamental. Había un asesino en serie, un asesino que De Cock estaba absolutamente convencido, volvería a matar.

No podía evacuar a todo el vecindario por culpa de un criminal. Eso sería algo absurdo e imposible de llevar a cabo. Pero Bárbara... de repente se dio cuenta de lo mucho que ella le importaba. Bárbara, no podía convertirse en la próxima víctima.

Ella se acurrucó a su lado. Él sintió el calor de su cuerpo y la dulce fragancia de su perfume. Un escalofrío recorrió su piel y se estremecieron hasta sus dedos. Su razón luchaba contra su cuerpo; un cuerpo del que conocía perfectamente sus puntos fuertes y también los más débiles. Apoyada en él y abandonada en la más absoluta confianza, estaba la posibilidad de cambiar de vida para siempre. ¿Qué era la inmoralidad? Sus años escarbando en la basura, su vida entre chulos y prostitutas, su eterna batalla contra el crimen, le había difuminado la frontera de sus propios límites. ¿Qué era lo inmoral?

Mantenía los ojos pegados a la carretera. Los neumáticos giraban y a su lado Bárbara hablaba de su futuro, del futuro de ambos.

De Cock suspiró de nuevo.

¿Qué futuro le esperaba? Diez años más así y después la jubilación. ¿Y entonces, qué le quedaría? ¿Cuál sería el resultado de sus esfuerzos? El crimen se había multiplicado, su incidencia se había incrementado exponencialmente desde sus comienzos en el cuerpo hacía ya veinte años. ¿Qué era la inmoralidad?

De pronto algo en su cabeza hizo clic. ¿Pero qué estaba haciendo? ¿Por qué se dejaba llevar por ideas tortuosas? Olió su perfume y miró con culpabilidad y de reojo sus largas piernas. Una sensación asfixiante le sobrecogió, una sensación que reprimía el latir acelerado de su corazón. La mano suave de ella apoyada en su rodilla le quemaba la piel. Entonces comprendió de dónde salían esas perturbadoras sensaciones. Era un descubrimiento doloroso. Tonto, se recriminó, ¡viejo estúpido! Se frotó los ojos y se rió en alto. Una risa breve, sin alegría, como el eco de un extraño dolor.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella.

Él no contestó. Pero cuando aparecieron los carteles azules que anunciaban una población cercana, redujo la marcha y salió de la autopista.

—¿Dónde me llevas? —le preguntó ansiosa.

De Cock suspiró profundamente.

—¿No reconoces el paisaje?

Ella se separó bruscamente.

—¡Llévame de vuelta! —gritó—, ¡Ahora entiendo! ¡Lo veo! ¡Me traes a mi casa!

De Cock afirmó con la cabeza despacio, triste.

—Tus padres te están esperando.

En una explosión de furia le arañó en los brazos y en la cara con el rostro bañado de lágrimas. Todas sus emociones, controladas durante tanto tiempo, se desbocaron. Le golpeaba sin parar en un arrebato de locura. De Cock no intentó defenderse de sus ataques. Sucumbió sin protestar, como un pecador consciente de merecer su castigo. No sentía dolor por sus golpes. Ella era incapaz de hacerle daño. Muy calmado, arrancó de nuevo. Cada cierto tiempo cerraba los ojos con fuerza y tragaba su profundo dolor de corazón.

Capítulo 7

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Moshe estrena carro.

De Cock estaba frente a la ventana de la sala de detectives colocado en su postura característica, con las piernas ligeramente abiertas y las manos detrás de la espalda observando el movimiento de la calle.

—Parece bueno. Debe irle bien el negocio. Hace cinco años sólo tenía un cubo esmaltado de blanco con una tabla para limpiar el pescado. Tiraba los desperdicios por cualquier lado. Estaba siempre todo marrano.

De Cock se volvió hacia Vledder haciéndole un gesto con el dedo para que se acercase.

—Ven, ven aquí, que no mancha. ¡Ese Moshe! Un tío listo... lo era ya desde niño. En unos años será capaz de alquilar la comisaría como almacén de pescado.

—Bueno, no tendrá que hacer muchos cambios. Ya apesta a pescado. —Vledder se acercó por fin a la ventana junto a De Cock—. Bonito tenderete, ¡sí señor! —comentó con admiración.

Juntos observaron a Moshe mover con soltura su puesto ambulante para colocarlo en la esquina del callejón, justo enfrente de donde ellos estaban. Algo más lejos una anciana sacudía el felpudo por la ventana. Cada uno con sus cosas. Cuando Moshe desapareció de su vista, Vledder miró fijamente a De Cock. Una sonrisa juguetona se dibujó en los labios del joven.

—¿Pero qué le ha pasado? ¿Cómo se ha hecho eso?

—Eh, el qué ¿El arañazo? —dijo De Cock evasivo—. ¿Eso? ehh... creo que me lo he hecho afeitándome.

Vledder sonrió malicioso.

—¿Tan cerca de los ojos se afeita?

De Cock se miró en el pequeño espejo que había sobre el lavabo.

—¡Oh!, esto... parece... que sí está un poco alto.

Fingió sorprenderse.

Vledder le siguió hasta donde se encontraba y vio la expresión burlona de éste reflejada en el espejo.

—Sí, un poco alto, ¿no cree?, para habérselo hecho afeitándose quiero decir.

De Cock le miró sonriente.

—Uno de estos días te convertirás en un buen detective. Quédate junto a mí unos años más y podré jubilarme tranquilo.

Vledder no quería cambiar de tema.

—No, en serio, ¿Se lo hizo aquella señora?

—¿Qué señora?

—Pues la señora con la que se marchó después del funeral.

De Cock le miró muy serio durante unos segundos.

—Sí —dijo finalmente—, el arañazo me lo hizo esa señora. Su nombre por cierto es Bárbara. Es una prostituta del Barrio Rojo. —Hizo una pausa y luego añadió— Y sólo por si tu imaginación se desboca, la llevé a casa de sus padres lejos de aquí. Temo que podría ser la próxima víctima.

Esto —añadió señalándose el arañazo con el dedo— es una muestra de gratitud.

La cara de Vledder mostraba su asombro.

—La caridad de los incrédulos es cruel.

De Cock le miró perplejo.

—¿Qué tiene eso que ver?

—No lo sé —contestó Vledder—. Lo he leído en alguna parte. No recuerdo donde.

De Cock suspiró.

—¿Quizá ayer con el reverendo?

—No era un reverendo, era un sacerdote.

—¿Y qué te dijo?

Vledder encogió sus hombros quitándole importancia.

—Bueno, que lo iba a consultar en sus libros y en cuanto lo supiera nos llamaría. Le di su número, ¿no le importará, verdad? Por cierto —resopló y añadió quejándose— la próxima vez, no me encargue ese tipo de trabajos. El cura me miraba como si fuese un perturbado mental. No entendía bien para que quería saber eso.

—¿Y tú?

—¿Qué quiere decir?

—¿Puedes imaginar para que quiero saberlo?

Vledder negó con la cabeza.

—¿Para un crucigrama?

Con cara de desesperación De Cock miró pensativo a su colega.

—Veo que todavía tendré que esperar algunos años más para conseguir la pensión.

Vledder se sonrojó.

De Cock se sirvió una gran taza de café y se sentó cómodamente detrás de su mesa. Pensaba en Bárbara y cómo se había puesto de furiosa en casa de sus padres. Se preguntaba cuánto tiempo podría aguantarlo, cuándo volvería a aparecer por el Barrio. Esperaba que le diera algo de tiempo. Al menos el suficiente para atrapar al escurridizo estrangulador.

—Por cierto De Cock, ¿Sabe que el padre Matías está en el edificio? —le comentó Vledder un poco extrañado.

De Cock se levantó de un salto y derramó parte del café.

—¡¿Qué?!

Vledder asintió.

—Sí, le he visto antes, hará ya un rato, está con Bierens.

—¿A qué ha venido?

Vledder no estaba seguro.

—Le oí decir que venía a poner una denuncia, o eso me pareció entender.

Contrariamente a lo que De Cock acostumbraba, el detective blasfemó en alto. Salió corriendo y entró intempestivamente en el despacho del inspector Bierens. Afortunadamente, el padre Matías seguía allí sentado en una silla junto a la mesa. Esperó un segundo para recuperar el aliento y luego se acercó al Padre con la mano extendida y sonriendo.

—¡Qué sorpresa! —dijo alegremente—, podría imaginarme a mucha gente aquí en la

comisaría, pero nunca a usted.

El hombre de barba gris se levantó confundido.

—Yo... eh, no creo haber tenido el placer de... —dijo en tono formal.

De Cock se rió.

—Lo siento mucho —dijo disculpándose—. Mi nombre es De Cock. Le oí hablar ayer en el funeral. Le escuché con mucho interés. Tengo que decir que sabe como captar la atención de la audiencia. Nos impresionó a todos con su sermón.

El padre Matías asintió sin prestar demasiada atención.

La expresión de De Cock se volvió comprensiva y amable.

—¿Tiene usted algún problema que le pueda ayudar a resolver?

—Bueno, aquí estoy con su compañero que me está ayudando con el papeleo de una denuncia que quiero poner.

Sin más preámbulo, De Cock cogió al hombre suavemente por el brazo y le indicó con un gesto de cortesía que se levantara y le siguiera, que él continuaría ayudándole unos metros más allá. El inspector Bierens se percató de repente de lo que estaba ocurriendo y saltó de su silla con la boca abierta.

—Pero... —exclamó sobreponiéndose a la sorpresa—, yo estaba...

Con un toque amable en el costado, De Cock le hizo callar.

—El padre Matías tiene derecho a la mejor asistencia que podamos ofrecerle —dijo jovial—, me ocuparé personalmente de sus problemas.

Bierens enrojeció furioso, pero un destello en el fondo de la mirada de De Cock le impidió mostrar su indignación delante del Padre. Se dejó caer de nuevo en su silla y arrancó el informe incompleto de su máquina de escribir.

De Cock le guió cortésmente hasta la sala de detectives, le colocó una silla junto a su mesa y le invitó a sentarse.

—Por favor, siéntese —dijo amablemente—, y cuénteme lo que ocurre. —Mientras hablaba se colocó detrás de su mesa.

—He venido a poner una denuncia —dijo el anciano.

—Después de todo —afirmó De Cock comprensivo—, la autoridad es por algo la responsable de manejar la Espada de la Justicia.

El Padre Matías miró hacia arriba.

—¿Es usted religioso?

De Cock sonrió.

—Podría llamarme más bien la oveja descarriada, el hijo pródigo —dijo disculpándose—. Me he ido apartando del camino a lo largo de los años.

—Es una pena. La gente de su profesión se beneficiaría de la ayuda de Dios.

De Cock asintió mostrando su conformidad.

—Es cierto —dijo muy serio—. La policía debería estudiar más a fondo la religión —hizo un gesto suspirando—. Hace tiempo, en mi juventud, conocía bastante bien la Biblia. Me gustaba leer la Palabra de Dios, cuando era joven. Pero como ya le he dicho, me aparté del camino. —Su cara adoptó una expresión pensativa—. Esta semana me he dado cuenta de esa penosa realidad.

Recordé las primeras palabras de un texto que empieza... eh... así: "ha caído... caído algo..." —sonrió algo avergonzado y subió sus hombros. —No recuerdo el resto.

—"Y un segundo Ángel le siguió diciendo: Cayó, cayó la Gran Babilonia, la que dio de beber a todas las naciones el vino del furor". —Su vibrante voz resonaba por toda la sala.

De Cock puso cara de haber resuelto su duda.

—¡Eso es! —dijo muy contento—. Llevo toda la semana dándole vueltas. Incluso he mirado en mi vieja Biblia, pero no pude encontrarlo. Me perseguía.

El padre Matías le miraba con amabilidad. Sus ojos de color gris claro le observaban con atención y una misteriosa sonrisa se le escapaba de sus finos labios.

—Apocalipsis —dijo—, Apocalipsis catorce, versículo octavo.

De Cock movía la cabeza pensativo.

—Apocalipsis, el Libro de la Revelaciones —repitió.

El padre Matías acercó aun más su silla. Estaba disfrutando con la ignorancia de De Cock.

—Es el último libro del Nuevo Testamento —explicó—, un libro extraño. Levantó un dedo en plan aleccionador. —No le recomendaría profundizar demasiado en el porqué. Es fácil perderse.

Las cejas de De Cock bailaron haciendo una de sus asombrosas proezas. A Vledder le fascinaba observar este fenómeno.

—¿Y eso por qué Padre Matías?

—El Libro de las Revelaciones está lleno de misterios, de secretos, de significados ocultos. Muchas veces lleva hacia extrañas especulaciones. La mayoría de estudiosos de la Biblia suelen desorientarse. El Apocalipsis es un libro oscuro.

De Cock se mordió el labio inferior.

—Eso parece una contradicción —dijo después de una larga pausa.

—Realmente no —dijo con cierta grandilocuencia—. Encuentran Revelaciones aquellos que intentan resolver el misterio.

De Cock de nuevo asintió vagamente y fijó su mirada en el hombre de barba gris. Sus cejas se calmaron y su rostro se arrugó pensativo. Su boca adoptó un rictus de seria preocupación.

—Sí, eso es —suspiró—. *Revelaciones para aquellos que quieren resolver el misterio.* Eso es. Usted es un hombre sabio, Padre Matías. Es una pena que incluso los hombres sabios escuchen pero no oigan; miren pero no vean.

El anciano estudió la cara del inspector.

—No sé —dijo despacio, buscando las palabras—, pero..., tengo la impresión de que quiere aclararme algo, de que es usted el que quiere revelarme algo a mí. —Se movió inquieto en la silla —. Sus nociones de la Biblia no son en absoluto tan vagas como quiere hacerme creer.

—No —admitió De Cock—, le he engañado.

El hombre mayor le miró muy sorprendido. Parecía dolido, decepcionado.

—¿Pero por qué? ¿Por qué querría engañar a un viejo, inspector?

De Cock tragó despacio.

—Sí —dijo algo decaído—, ¿por qué? —Se pasó una mano por la cara como si quisiera quitarse las telarañas del cerebro—. Deberíamos... tendríamos que ser capaces de contarnos mutuamente la verdad sin maquillajes. En el mejor de los mundos posibles deberíamos ser

capaces de encontrarnos con los demás desprovistos de todo artificio, con las mentes abiertas. Pero... —no terminó la frase y se levantó despacio de la silla.

—Esto no es fácil para mí —continuó muy serio—. Tiene que comprenderlo. Interrogar a la gente es parte de mi trabajo. Es mi profesión. Nunca he despreciado a mis oponentes pero ha habido algunos a los que he admirado. Y usted, Padre Matías, es uno de ellos. Admiro su coraje. Siempre he admirado a las personas que defienden sus convicciones y tratan de vivir de acuerdo con éstas. Eso... eso es lo que requiere el verdadero coraje. Por eso me gustaría mucho que...

Paró bruscamente. Se fijó en las facciones marcadas del anciano y vio la calma y la bondad que irradiaba su serena mirada gris. Constatarlo resultó doloroso para el detective. Le invadió una sensación de lástima. Por un momento le atrapó la compasión. Se alejó de su mesa y se acercó a la ventana con la mirada perdida en la lontananza. Sus ojos estaban cubiertos por un ligero velo y le temblaban las manos. Durante un tiempo estuvo allí, en silencio. Cuando por fin consiguió dominarse del todo, se dio la vuelta. Miró casi con ternura al anciano.

—La gente como usted, Padre Matías —continuó con una voz ligeramente titubeante—, es a veces considerada... peculiar. —Movió la cabeza—. Eso no es tan malo, porque generalmente es producto de la ignorancia o de no ser del todo comprendido. —Suspiró—. Pero la gente como usted, también a veces, está algo apartada de la realidad. Y eso puede ser grave cuando tenemos que vivir en este mundo. Usted también, Padre Matías. No tiene que mirar muy lejos para encontrarse con la maldad de este mundo. No tiene que buscar en el Barrio Rojo. Ni siquiera tiene que buscar, le encontrará a usted.

Se dirigió al anciano muy despacio y le puso una mano fraternal sobre el huesudo hombro.

—¿Qué más puedo decirle? —dijo muy triste—. Váyase a casa. Nosotros pasaremos esta tarde para investigar el robo del dinero.

El hombre de barba gris se levantó con dificultad y se dirigió confuso hacia la puerta. Antes de cerrarla se giró hacia De Cock.

—Sus frases son como adivinanzas. —Era su último intento antes de marcharse en la ignorancia.

De Cock sonrió con tristeza.

—Pensé que había sido suficientemente claro.

El anciano le miró por un momento pensativo. Después se dio la vuelta y se marchó.

De Cock le siguió con la mirada.

—Hasta pronto Padre Matías —murmuró.

El anciano no le oyó.

Vledder emergió de la esquina de la sala donde había permanecido escuchando atentamente en silencio. No había dicho una sola palabra durante la visita del padre Matías. Simplemente había escuchado e intentado encontrar una explicación a la conversación. Había percibido claramente la tensión y el hecho de que allí se había dicho mucho más de lo que resultaba obvio en esa retahíla de palabras que había oído. Parecía perdido en un laberinto de ideas y teorías aún por descifrar. Por mucho que se esforzara, siempre acababa topándose con una pared que interrumpía el hilo de sus pensamientos. Tenía por fuerza que haber una salida, un camino seguramente estrecho y

tortuoso que llevase a la solución.

Observó la expresión en la cara de De Cock que parecía perdido en sus pensamientos, ajeno a lo que le rodeaba. La solución se hallaba encerrada detrás de su frente arrugada, el camino estaba claramente marcado. Intentó leer algún indicio pero el rostro de De Cock era una máscara impenetrable.

—¿El Inspector Bierens le explicó que el Padre Matías venía a denunciar un robo?

De Cock interrumpió sus pensamientos, apretó los parpados de sus ojos cerrados un momento, y movió la cabeza como para despejarla.

—¿Por qué lo preguntas?

—No oí al Padre Matías mencionarlo.

De Cock miró confuso a su ayudante.

—¿Seguro que no lo mencionó?

—Seguro de que no lo hizo. No dijo absolutamente nada de un robo.

De Cock movió la cabeza despacio.

—Bierens no me lo dijo —contestó.

Vledder le miró asombrado.

—Pe... pero —tartamudeó—, si ni el Padre Matías, ni el Inspector Bierens se lo dijeron, entonces, ¿Cómo lo supo?

De Cock sonrió. Su cara se transformó de nuevo en la de un niño travieso.

—Te lo contaré algún día. Más adelante.

Miró la cara decepcionada de su discípulo y se echó a reír.

—Tienes que permitir que un viejo como yo guarde sus secretos. ¿Por qué no sirves un par de cafés?

Vledder le obedeció. Se acercó a la cafetera y los sirvió. Se sentía molesto al ver que De Cock no confiaba del todo en él. Desde que había empezado a trabajar con el viejo sabueso, tenía la sensación de que no estaban muy compenetrados. No era la primera vez que se sentía un espectador ajeno al transcurrir de las investigaciones.

De Cock no hada nada en secreto. Vledder siempre estaba presente. En cualquier momento podía seguir su propia iniciativa si quería. De Cock no le prohibía nada. Al contrario, era cordial y amigable, y le daba total libertad. Pero no compartía con él sus ideas, y eso a Vledder le exasperaba. Le hacía sentirse deprimido. Quería aprender algo del legendario detective del que circulaban tantas historias entre los policías de Ámsterdam y de otras jurisdicciones. Pero no estaba aprendiendo nada. Al menos no entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Eso le irritaba profundamente. Recogió las tazas y las dejó bruscamente sobre la mesa.

De Cock le miró fijamente.

—¿Te ocurre algo muchacho? ¿Estás molesto por algo?

Vledder se sentó frente a él. Su aspecto malhumorado no desaparecía.

—Sí —dijo enfadado—, hay algo que me molesta. Me considero un privilegiado por trabajar con usted, presenciar sus interrogatorios, pero como no conozco, sus intenciones, el sentido de todo ello se me escapa. No le sigo.

—Y eso... ¿es culpa mía?

—Sí... yo... eh.
De Cock se inclinó hacia él.
—Escucha Vledder, mi joven amigo —dijo muy serio—. Si yo te dijera como interpretar ciertos hechos y frases, tendríamos un verdadero problema. Empezarías a apoyarte en mí, mentalmente quiero decir. Y yo no quiero eso. No quiero que te conviertas en una marioneta, en una sombra de mí mismo.
Hizo una pausa para beber un poco de café.
—Quiero que pienses por tu cuenta, tienes que desarrollar tus propias ideas. Pensar es cuestión de práctica. Tú sabes tanto como yo de estos asesinatos. Has visto a las mismas personas y oído las mismas cosas. Si sospechas que estoy más cerca de la solución de lo que puedes estar tú, deberías tomarlo como un incentivo para esforzarte más. ¡Piensa hijo! Intenta unir las piezas del rompecabezas. Usa la cabeza. ¡Piensa!
Vledder suspiró desanimado.
—¿No va a contarme nada?
De Cock movió la cabeza.
—Ahora mismo no. Quizá más tarde... si cogemos al sospechoso.
Vledder se sentía irritado, pero reconfortado a la vez, al comprobar que con su mentor al lado, se convertiría más temprano o más tarde en un buen inspector.
—Espero... que le cojamos pronto.
De Cock se levantó y se puso la gabardina.
—Vamos, hijo —dijo en voz baja—, vamos a casa del Padre Matías. Seguramente ya habrá llegado.

Vledder llamó al timbre y esperaron juntos en el rellano de la escalera que subía hasta la puerta de entrada a que les abriese. El Padre Matías les recibió y tras un breve saludo, les condujo en silencio hacia un desordenado salón. Los detectives miraban asombrados, pensando que era obvio que en la casa faltaba un toque femenino desde hacía mucho tiempo. El lugar parecía abandonado de la mano de Dios. El papel de la pared estaba sucio y por algunas zonas incluso desconchado. Por la mesa había repartidos platos y vasos sin lavar, y una gruesa capa de polvo lo cubría todo. En un lado de la habitación, y sobre una alfombra gastada, había unos sillones que habían vivido momentos más gloriosos. Las sillas estaban tapizadas por unas telas desvaídas. En conjunto, daba una impresión de desolación.
Un hombre joven, de constitución atlética y fornida, leía en uno de los sillones. Sus enormes pies, estaban apoyados en una mesa baja.
—Éste es —les presentó el Padre Matías—, mi hijo, Tobías.
El joven colocó su libro en la mesa y se levantó sonriente.
—¿Qué tal, cómo están? —dijo amablemente.
De Cock y él se dieron la mano.
—Gracias —contestó—, muy bien gracias.
A Tobías parecía gustarle la visita.
—¡Usted estaba en el funeral! —dijo con excitación infantil—. Le vi en la Capilla —movió la

cabeza con tristeza—. ¡Pobre Goldie! —permaneció un momento en silencio mirando hacia el infinito—. Pero la misericordia de Dios es infinita —concluyó.

De Cock asintió.

—¿La conocías? —le preguntó.

El joven movió la cabeza de una forma peculiar, se colocó y recitó aparentemente de memoria:

—Goldie, apodada "la pálida"; lugar de nacimiento Rotterdam; hija de un cabo de la policía; perteneciente a la Iglesia Protestante Reformada; estado civil soltera, sin hijos; ocho años en la prostitución; pidió prestado...

El Padre Matías le hizo una señal con la mano para que parara.

—Ya es suficiente —dijo con severidad.

Tobías agachó la cabeza avergonzado.

El Padre Matías colocó una mano sobre el hombro de su hijo.

—Tobías es un buen chico —dijo suavemente—, un verdadero apoyo.

La cara del chico se iluminó de nuevo. Otra vez parecía contento.

—Será mejor que subas, vete a tu cuarto y llévate tu libro.

Tobías obedeció inmediatamente. Cogió el libro de la mesa, se lo colocó debajo del brazo y dejó la habitación. La mirada rápida de De Cock se había fijado en el libro en cuestión, era una vieja Biblia.

Vledder se volvió hacia el Padre Matías.

—¿Por qué sabe Tobías tanto sobre Goldie? Ha dicho cosas que ni siquiera yo sabía.

—De los archivos —sonrió el anciano.

—¿Archivos? —preguntó Vledder, sorprendido por la respuesta del viejo.

—Sí, los archivos. Verá usted, llevo ejerciendo mi labor evangélica desde hace años. Al principio recordaba a todas las chicas por su nombre, sin ninguna dificultad. No eran tantas. Pero poco a poco su número fue creciendo. Así que empecé un sistema de fichas, tamaño cuartilla, anotaba los nombres y otros particulares.

Sonrió vergonzoso.

—El problema es que tengo muy mala letra. Al cabo de un tiempo las notas se hicieron incomprensibles. El año pasado, Tobías empezó un sistema nuevo de archivo. Él escribe mucho mejor que yo. Y tiene además una memoria extraordinaria. Ya se habrán dado cuenta, conoce casi todo el archivo de memoria.

—¿Pero de dónde a sacado esa información? —preguntó Vledder extrañado.

El Padre Matías hizo un gesto indefinido con las manos.

—De conversaciones personales, las chicas me cuentan sus problemas y yo trato de ayudar. A veces les presto dinero para puedan salir de alguna dificultad. A veces soy simplemente un hombro en el que llorar.

Vledder asintió con la cabeza.

—¿Puedo ver esos archivos? —preguntó De Cock.

—Cómo no, pues claro.

El Padre Matías apartó de la mesa unos cuantos platos y sacó un enorme libro rectangular de uno de los cajones del armario de al lado. Tenía etiquetas que sobresalían a un lado con el índice

alfabético.

—Están ordenadas por el nombre de pila, los apellidos no me interesan. Lo que me importa es la chica y su alma.

De Cock asintió despacio.

—Entiendo.

Junto con Vledder, ojearon las páginas y encontraron un buen número de nombres conocidos y algunos especialmente curiosos. Todo había sido anotado con una letra típicamente impersonal. Era la escritura de un chico de trece años. Cuando terminaron de revisar cada una de las páginas, Vledder le preguntó al Padre Matías si cedería la información a la policía.

De Cock intervino rápidamente.

—No —dijo corriendo— no sería oportuno. El archivo y todo lo que contiene es del Padre Matías. Es información confidencial. No se nos confió a nosotros sino al Padre Matías. No tenemos ningún derecho sobre ella.

Miró a Vledder con reprobación y devolvió el libro al Padre.

—A decir verdad, no querría separarme de él —reconoció el anciano—. En algunos casos hay anotaciones donde, con la ayuda de Dios, he obtenido algún resultado salvando a una chica de la prostitución. No hay muchas, pero esos casos son muy especiales para mí. Cuando a veces tengo la tentación, por debilidad, de abandonar mi labor evangélica, entonces esos escasos triunfos me dan la fuerza para seguir adelante.

—"...Habrá más alegría en el cielo —proclamó De Cock—, por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión."

El Padre Matías le miró moviendo la cabeza afirmativamente.

—El Evangelio según San Lucas —corroboró—, capítulo quince, versículo siete.

De Cock sonrió.

—No lo conozco con tanta precisión, estoy más familiarizado con los artículos legales.

El Padre Matías no reaccionó. Volvió a colocar el libro en el cajón del armario.

De Cock se acercó a él.

—Por cierto, ¿Es éste el cajón desde donde se llevaron el dinero?

El anciano lo confirmó con la cabeza.

—Sí, éste es.

Sacó el último cajón y de allí un sobre grande y amarillo.

—Siempre guardo el dinero en este sobre. No tengo por costumbre contarlo todos los días pero lo hice ayer. Tenía que realizar un pago y...

—Sí, sí —interrumpió De Cock—, ¿y...?

—Me faltaban cien.

—¿Desde cuando? Quiero decir, ¿cuándo fue la última vez que contó el dinero antes de ayer?

—La semana pasada —contestó el anciano—, sí, la semana pasada. Creo que fue un sábado.

—¿Faltaba entonces el dinero?

—Sí —contestó tímidamente—. Cien... eh..., o eso creo —hizo un gesto de arrepentimiento—. Verá yo soy algo descuidado... un poco dejado. No estoy muy interesado en el dinero.

De Cock apretó los labios.

—Hay otros —dijo lacónico—, que tienen un desmedido interés por el dinero. Tendría que haber pensado en ello, Padre Matías. Su dejadez ha creado mucho sufrimiento.

El anciano agachó su cabeza.

—Yo... no lo pensé.

De nuevo De Cock se vio atrapado por la compasión y su simpatía hacia el predicador.

—¿A qué hora vino a contar el dinero? —le preguntó en un tono más suave.

El viejo pareció sorprendido.

—¿Quiere usted decir ayer?

—No, el sábado pasado.

—¡Oh!, eso fue por la tarde, hacia las tres creo recordar.

De Cock hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Así que en total, le faltan unos doscientos florines.

—Sí —suspiró el anciano—, doscientos florines.

De Cock se frotó los ojos. Era un gesto de agotamiento. Pero su mente trabajaba con claridad. En su mente, podía ver claramente los distintos aspectos del problema, los motivos y, probablemente lo más importante, la prueba.

—¿Puedo ver el dinero? —preguntó.

El Padre Matías se agachó y cogió el gran sobre amarillo del último cajón.

—¿Sabe cuanto hay aquí?

El hombre de la barba gris asintió.

De Cock anduvo hasta una de los sillones con el respaldo mirando hacia el Padre Matías. Vledder tampoco podía ver lo que estaba haciendo. Volvió al cabo de unos minutos y colocó el sobre en la mesa.

—Por favor, cuéntelo de nuevo.

El anciano hizo como le pedía.

—¿Es correcto?

—Sí —contestó el padre Matías —está todo.

De Cock suspiró.

—Ahora por favor, escúcheme atentamente. De ahora en adelante, quiero que cuente el dinero cada día. Digamos a las ocho de cada noche. ¿De acuerdo?

—Cómo usted diga.

—Hágalo tal como le digo, por favor —dijo con firmeza.

El anciano asintió despacio. Parecía contrariado. No entendía bien lo que ocurría.

De Cock levantó su dedo en el aire como dando una orden.

—Tan pronto como descubra, que el dinero ha desaparecido, llámeme de inmediato. Le dejaré mi número.

—Le avisaré sin falta —contestó el anciano de forma mecánica.

—Muy bien, Padre Matías, espero que así lo haga. Será la única manera de coger al ladrón.

El anciano le miró con tristeza.

—Tampoco estoy seguro, si estamos hablando de un ladrón. Ya se lo he dicho antes, soy muy descuidado con el dinero. Es posible que en realidad no falte nada. Que estuviese equivocado.

De Cock colocó una mano en el delgado hombro del hombre de barba gris. Sintió como temblaba todo su cuerpo.

—Padre Matías —dijo De Cock emocionado—, ¿no querrá cargar su conciencia con más peso, verdad? Sabe que hay un ladrón. Sabe incluso que volverá a robarle de nuevo. Y... lo más importante es que sabe por qué necesita el dinero.

Capítulo 8

De Cock caminaba, con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina, por las calles de la vieja ciudad con semblante serio. Desde que se despidieron, se había girado varias veces buscando la figura solitaria que a lo lejos permanecía en la entrada de la casa decrépita. Una sensación de angustia le invadía a cada paso que daba. Debía o no debía volver sobre sus pasos. Era consciente que todavía estaba a tiempo de volver con el Padre Matías y cambiar las indicaciones que le había dado. Pero continuó el camino sin dejar de andar, a sabiendas de que cada paso que daba le acercaba a un desenlace dramático.

Teniendo en cuenta las circunstancias, ya no estaba tan seguro de querer resolver el caso. El asesino había causado mucho daño, pero su detención cambiaría dramáticamente la vida de un buen hombre. Siguió avanzando con la sensación de ir contramarea. Una lucha interna se debatía en su cabeza. Todavía estaba a tiempo de echarse atrás. Podría hablarle y rogarle que se marchara inmediatamente de la ciudad o como muy tarde el sábado. Pero por otro lado, aquello no tenía sentido. Se irían a otro sitio y quien le dice que no empezaría de nuevo. Encogió los hombros mientras seguía caminando y agitó la cabeza. Se lo debía a esas pobres chicas. No podía abandonar ahora por un impulso sentimental. Su deber era seguir adelante y cumplir su obligación.

Vledder permanecía en silencio a su lado con cara de no entender mucho. Era evidente que se le escapaban muchos detalles de lo que había visto en casa del Padre. Meditaba sin muy bien saber como enfocar qué razones tendría De Cock para interesarse por un robo insignificante en casa de un anciano inofensivo. No era capaz de relacionarlo con los estrangulamientos, pero suponía que debía haber alguna conexión. De Cock no solía perder el tiempo con incidentes sin trascendencia cuando trabajaba en un caso importante de asesinato. Por lo menos, eso pensaba él.

Nada más llegar a la comisaría, De Cock se dirigió apresuradamente al despacho del comisario. Vledder quiso esperar fuera. No tenía nada de qué hablar con su superior, pero De Cock le cogió del hombro para que pasase junto a él.

El comisario Roos, tan distinto al comisario Buitendam que le seguiría pronto en el cargo, se levantó rápidamente de su sitio. Su cara reflejaba sincera simpatía hacia De Cock. Se dieron un apretón de manos cordial y les invitó a sentarse en unos sillones en una esquina del despacho.

—Señores, por favor, tomen asiento —dijo amablemente—. Pónganse cómodos. Y bien, ¿cómo va el caso? ¿Hay algún progreso?

Vledder y De Cock se sentaron a la vez que aceptaron la generosa oferta de un puro. Los dos se lo metieron en el bolsillo de la chaqueta. De Cock fumaba poco y Vledder no lo hacía en absoluto, pero ninguno de los dos quería despreciar la hospitalidad del viejo comisario. Evidentemente quería que estuvieran cómodos y entendió que preferirían fumar sus puros en otro momento, y no delante de él.

—Ya he hablado varias veces con el juez encargado del caso —empezó el comisario—. No paro de darle vueltas a éste asunto —suspiró profundamente—. Y encima la prensa acechando...

—su expresión amable pasó a ser de desesperación.

De Cock parecía entretenido. Sabía que todo era un juego. Los gestos, las expresiones, las emociones cambiantes que pasaban de un extremo a otro sin pausa; todo resultaba impresionante para el joven Vledder. De Cock ni se inmutaba. Ya no.

—Necesito que el próximo sábado me asigne tres detectives y una agente de policía a partir de las diez de la noche.

El comisario frunció el ceño. Su cara amable adoptó una expresión de extrañeza.

—¿Una agente femenina? —preguntó asombrado—. ¿Una agente para una operación en el Barrio Rojo?

De Cock afirmó con rotundidad.

—Exactamente.

El comisario no entendía nada.

—Pe... pe... pero —balbuceó incoherente—, ¿para qué necesitas una mujer?

De Cock le miró sosegado.

—Quiero que se haga pasar por una prostituta.

El comisario se levantó afectado en lo más profundo de su puritano ser.

—¡Pero De Cock! —gritó, levantando la voz indignado—, no puedes hablar en serio. Eso es imposible. Mi colega Van Dyke es el encargado del personal femenino y nunca lo permitirá.

—Entonces, se acabó la fiesta —dijo encogiéndose de hombros—. No me puedo arriesgar a utilizar a una prostituta real como cebo. Además, no creo que ninguna se ofrezca voluntaria como posible víctima de un estrangulador.

El comisario le miraba perplejo.

—¿Y no te parece mal arriesgar la vida de una mujer policía?

De Cock negó con rotundidad.

—Una mujer policía, bien informada acerca de lo que pueda ocurrir y que esté preparada para reaccionar y defenderse no podemos compararla con una prostituta que por muy bien alerta que esté, no deja de ser una prostituta.

—Tú lo que quieres —comentó el comisario con suspicacia—, ¿es pillar al asesino con las manos en...?

—Sí, eso es más o menos.

El comisario se sentó de nuevo. Aparentemente recuperado de la impresión inicial, empezó a dar vueltas al plan.

—¿Qué tipo de argucia has planeado?

De Cock suspiró.

—Sé que el asesino volverá a atacar, y en lugar de una prostituta indefensa se encontrará con una mujer policía perfectamente adiestrada. Eso es todo.

El comisario tamborileaba la punta de sus dedos contra el reposabrazos del sillón.

—¿Me puedes explicar por qué estás tan seguro de que el asesinó volverá a estrangular? ¿Me he perdido algo importante?

De Cock sonrió.

—Porque creo entender como piensa.

El comisario movía la cabeza despacio y afirmativamente.

—¡Ah! —murmuró sin mover los labios—, ¿así que es eso?

Se levantó y empezó a pasear de arriba abajo por el despacho.

—Sólo en nuestra jurisdicción del Barrio —añadió informándoles en tono bajo—, tenemos unos mil cuartos ocupados por señoritas que ejercen esa profesión tan antigua. Sonriendo cínicamente se giró hacia el inspector De Cock.

—¿Estás seguro de cuál es la habitación que debe ocupar nuestra compañera? —preguntó hablando en un tono sarcástico que no se le escapaba a De Cock.

—Puedo decirle que en el Canal de la Torre —contestó en perfecta calma—. En la habitación de Babette.

—¿Y por qué precisamente en ése y no en el de Mary, o Kitty, o Sally, o la que sea?

De Cock no contestó inmediatamente. Tranquilamente se ajustó la pernera del pantalón sin que hubiese necesidad de ello y se acomodó en el sillón.

—Por que... —contestó despacio—, el asesino irá a la habitación de Babette.

El comisario le miraba absorto; movió la cabeza y empezó a sonreír.

—Increíble —dijo con ironía—, ¿tienes telepatía? ¿O una bola de cristal?

De Cock ignoró el comentario. De Cock tenía esa capacidad de ignorar lo que fuera cuando se lo proponía. Miró hacia el infinito y permaneció en silencio. Su expresión se mantuvo imperturbable. El comisario paseaba a su alrededor, observándole desde todos los ángulos.

—Mira De Cock —dijo por fin con cierta exasperación— siempre he sentido una gran admiración por ti, y de hecho hemos compartido numerosos éxitos en otro tiempo —suspiró—. No soy un hombre que suela oponerse a cualquier petición razonable, y en tu caso, siempre estoy dispuesto a ir algo más allá... pero es que esto es ir demasiado lejos.

De Cock hizo un gesto de vaga irritación.

—Usted decide —dijo con calma—, yo ya le he explicado mis planes. En lo que a mí respecta, considero que ésa es la única forma de sorprender al estrangulador. Si no aprueba mi propuesta, tendrá que asumir una tercera víctima porque le aseguro que el próximo domingo habrá otra. Y en ese caso ya no será mi responsabilidad sino la suya.

Tras terminar de hablar De Cock se levantó y empezó a andar hacia la puerta. Vledder dubitativo, permaneció sentado. Se dio cuenta que la mirada del viejo comisario despedía un brillo peligroso. La tensión era patente y él se encontraba allí en medio sin nada que decir.

—De Cock —le llamó con vehemencia el comisario—, si no te importa yo decido cuando acaba esta reunión, todavía soy tu superior.

De Cock hizo una pequeña reverencia en señal de sumisión.

—Cómo quiera —claudicó. De nuevo tomó asiento y observó el gesto angustiado de Vledder. Allí estaba en medio de una situación incómoda. ¿Pero por qué estaba siendo tan sarcástico el viejo comisario? Le resultaba irritante. No había venido a contarle ningún cuento de hadas. Necesitaba a tres detectives y una mujer policía para atrapar al asesino. Sabía lo que hacía.

Había tomado la decisión de acabar definitivamente con este caso y para ello si era necesario estaba dispuesto hasta a suplantar el mismo a la prostituta. La sola idea de verse allí contorneándose de forma ridícula en el escaparate de una de las casas, le hizo reírse a carcajadas.

¡Qué espectáculo!

El comisario intrigado ante la sonriente cara de De Cock se sentó frente a él ignorando a Vledder por completo. Su cara, ya más relajada, mostraba una actitud de cooperación. Olvidándose de su próxima jubilación, respiró profundamente.

—¿Estás completamente seguro que el asesino atacará de nuevo y en concreto este domingo?

—Sí, seguro.

—¿Y crees incluso saber quién puede ser su próxima víctima?

—Sí, eso creo, con toda probabilidad.

—Veamos, según tú, la próxima víctima será Babette. Y si te he entendido correctamente, quieres que una oficial de policía ocupe su puesto.

—Así es.

—¿Y cuándo se supone que esto va a ocurrir?

—El próximo sábado por la noche.

—¿Sabes sobre que hora aparecerá el asesino?

De Cock asintió moviendo la cabeza.

—Una media hora pasada la media noche, quizá algo más tarde.

El comisario se inclinó hacia delante.

—Tendremos que tomar medidas especiales para proteger la seguridad de nuestra oficial. ¿Me imagino que has pensado en ello?

—Sí, por supuesto —contestó De Cock—. Conozco bien la habitación de Babette. He estado allí algunas veces. Hay una puerta trasera que da a un pequeño patio en desuso. Dos detectives deben colocarse allí. La vigilarán a través de unos pequeños orificios que haremos en la puerta.

El comisario asentía dando su aprobación con reticencias.

—Hasta que el asesino entre en la habitación, ¿me quieres decir?... —dijo dubitativo—, ¿pretendes que nuestra agente se coloque en el escaparate?, de otro modo no se me ocurre cómo sino el asesino va a entrar en la casa.

—Eso pretendo, así tiene que ser.

El comisario lo pensó un momento.

—¿Y si acude algún cliente?... no puede esperar que una colega... eh... finja su papel hasta ese extremo.

De Cock sonrió.

—No, claro, le daré instrucciones precisas para que se pueda manejar si se diera el caso.

El comisario permaneció en silencio.

—De acuerdo —dijo después de una larga pausa—. Tú ganas, le pediré a Van Dyke que te asigne una agente femenina. ¿Tienes alguna preferencia en cuanto al aspecto, el color de pelo o lo que sea?

De Cock se encogió de hombros.

—No es que sea muy importante. Necesitamos una rubia... eh... una rubia guapa.

—Todas son mujeres guapas —contestó el comisario—. Y lo que es más importante, son todas buenas oficiales de policía —su expresión reflejaba seriedad—. Sólo porque eres tú, De Cock —dijo con especial énfasis—, de otro modo nunca hubiese dado mi consentimiento.

Vledder y De Cock se pusieron en pie.

—Y otra cosa —dijo el viejo comisario amenazándoles con el dedo— si algo saliese mal De Cock, tú serás el responsable.

De Cock movió la cabeza.

—Nada va a salir mal.

—Famosa frase —murmuró para sí Vledder.

El comisario levantó las manos con gesto de resignación.

—Mañana —dijo en tono formal—, el sábado a partir de las diez tendrás asignados dos detectives. Ya cuentas con Vledder y además tendrás a tu cargo a la oficial —se le escapó una breve sonrisa—, una rubia guapa —concluyó.

—Gracias —contestó De Cock—, gracias por su confianza.

El comisario se sentó de nuevo detrás de su mesa.

—Espero tu llamada —apuntó despidiéndose—, cuando estéis preparados. Quiero estar allí.

De Cock asintió. Su expresión era ligeramente sonriente.

—Por supuesto —asintió—, ya lo había pensado.

De Cock miraba por la ventana de la sala de detectives con las piernas ligeramente separadas. Con gesto aparentemente flemático, disimulaba una tensión que a duras penas conseguía ocultar. Había mostrado sus cartas, mañana tendría que ocurrir todo tal y como él había dicho.

—Está muy seguro de sí mismo —le dijo Vledder.

De Cock se dio la vuelta pero no contestó.

Vledder le miró atentamente.

—¿Tú crees? —le preguntó, y mientras negaba con la cabeza—. No creas hijo —suspiró—, no tengo la certeza completa, pero no podía mostrar al comisario ni un ápice de duda porque si no nunca habría aprobado el plan.

Vledder comprendió.

—Ya veo —dijo muy serio—. Aun así... ¿no estará planeando este montaje sin una buena justificación, no?

—No, Vledder, tengo mis motivos. Sería estúpido si no. Pero no puedo controlar todas las variantes, y hay demasiadas. —Miró a Vledder algo distraído—. ¿Tienes hijos? —le preguntó.

Vledder sonrió por la pregunta.

—Ni siquiera estoy casado.

—Lo siento —dijo distraído—, lo había olvidado.

Vledder se sorprendió mirando a De Cock con afecto, su cara le resultaba ya muy familiar y sí, apreciada. Se fijó en las arrugas profundas alrededor de su boca y las ojeras oscuras bajo sus ojos.

—Está cansado.

De Cock afirmó moviendo la cabeza lentamente.

—Sí, estoy cansado. Vámonos a casa.

Descolgó su abrigo del perchero.

—Mañana a las diez te espero aquí.

Con su abrigo sobre el brazo, se marchó del cuarto. A punto de salir se giró un momento.

—Hasta mañana.

Vledder le miró mientras salía.

—Nos vemos, De Cock —suspiró.

—¿Así que tú eres la chica que va a arriesgar su vida esta noche?

De Cock evaluaba el aspecto de la oficial que tenía delante de la mesa. Buen tipo, atlética pero nada masculina, al contrario, muy atractiva con cara aniñada y el pelo corto, rizado y rubio. Estaba muy guapa con un vestido sencillo. Vledder la miraba admirado.

De Cock tampoco era indiferente al indudable atractivo de la chica.

—¿Ya sabes cuál es el trabajo que te espera?

—Sí, señor.

De Cock hizo un gesto de impaciencia.

—No soy un señor —dijo—. Mi nombre es De Cock...

—...escrito con CK —completó Vledder irónico.

—Así es —confirmó De Cock imperturbable—, escrito con CK. Y si el eficiente señor Vledder se marcha un momento podré darle instrucciones precisas.

Vledder se marchó con expresión contrariada.

—Escúcheme señorita... eh...

—Ans.

—Ans. Tengo que insistir en que se trata de una misión especialmente peligrosa.

Rebuscó entre sus bolsillos y sacó un sobre.

—Esto es —continuó tranquilamente—, en este sobre están tus instrucciones precisas. Tienes que seguirlas al pie de la letra. No tengas miedo ni te dejes vencer por el pánico. Nos aseguraremos de que no te ocurra nada.

Se puso en pie.

—Llévate el sobre. En el cuarto de al lado encontrarás unas ropas, son de Babette, la chica a la que vas a sustituir. Ella está allí, te dará unas nociones básicas para comportarse como una prostituta —sonrió—. Una sola lección probablemente no baste, pero será suficiente para esta noche. Lee detenidamente las instrucciones, y si tienes alguna duda, házmelo saber.

Ella sonrió abiertamente.

—De acuerdo, eh... De Cock.

De Cock también sonrió, sin darse cuenta de que en ese momento ganaba para siempre su corazón.

—Estupendamente, Vledder te enseñará enseguida la habitación donde vas a trabajar, en cuanto estés preparada.

La miró mientras salía del cuarto con paso seguro, luego llamó a los otros. Bierens y Graaf entraron. Miró a Bierens y le dijo:

—Siento la interrupción del otro día cuando el anciano vino a poner la denuncia. Espero que me hayas disculpado.

Bierens sonrió.

—Ya está olvidado.

—Gracias. De verdad te lo agradezco —dijo De Cock satisfecho. Entregó a cada uno un folio de papel—. Aquí están vuestras instrucciones —explicó, señalando unos papeles escritos a máquina sin espacios ni márgenes—, si hay alguna pregunta o hay algo que no se entienda bien, por favor hacédmelo saber. Quiero que una cosa quede clara: no habrá disparos.

Bierens y Graaf salieron.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Vledder, que había regresado junto con los agentes.

—Tú quédate cerca de mí y del comisario. Hay un coche colocado al final del muelle. Desde allí, podremos ver el escaparate de Babette. En cuanto entre el asesino, su única salida quedará bloqueada.

Vledder le miró asombrado.

—¿Pero conoces al asesino?

De Cock asintió.

—Pe... pero —tartamudeó Vledder—, Ans, esa chica, quiero decir nuestra compañera, ¿ella conoce también al asesino?

En silencio De Cock negó con la cabeza.

Impresionado Vledder agarró a De Cock por las solapas del abrigo.

—¿Pero cómo es posible? ¡Hay qué avisarla! Tiene que saberlo. Ella debe estar informada.

Sonriendo De Cock apoyó una mano paternal sobre el hombro del joven detective.

—Oh caballero de brillante armadura —se burló—. No le va a pasar nada a Ans. Cuando llegue el asesino, ella lo sabrá. No te preocupes por eso.

Vledder le miró receloso.

—Si le pasa algo a ella —le amenazó—, entonces...

—¿Entonces qué? —le retó De Cock.

—Entonces no volveré a trabajar con usted.

Hacia las once y media estaban todos en sus puestos. Bierens y Graaf estaban en el trastero escondidos detrás de la puerta. Ans se había puesto la ropa provocativa de Babette y estaba casi irreconocible bajo el maquillaje. Algo cohibida, se colocó en su escaparate bajo las luces rojas. Vledder, De Cock y el comisario permanecían en silencio dentro del coche, en el canal. Observaban a los hombres paseando por delante de los escaparates iluminados. De vez en cuando, alguno se quedaba parado mirando la cara nueva del Distrito.

Vledder estaba muy alterado. Tenía los labios secos y se los chupaba una y otra vez. El comisario dejaba escapar un profundo suspiro en intervalos regulares... sólo De Cock permanecía inalterable.

De pronto un hombre se paró delante del escaparate de Ans, miró a ambos lados de la calle y entró por la puerta lateral.

Vledder quiso salir directamente del coche pero De Cock se lo impidió.

—Espera a que cierre las cortinas.

Vledder se hundió de nuevo en el asiento del coche. Cerró un poco los párpados para centrar un poco más la vista. Ans se levantó para hablar con su cliente. Observó como se movían sus labios. El hombre le dio algo. Ans lo cogió, lo miró un momento y se lo devolvió diciéndole

claramente que no. El hombre gesticuló. Pero Ans negó con firmeza. Al poco tiempo vieron al hombre salir de la casa. Ans volvió a sentarse en su silla.

Vledder dejó escapar un suspiro; un suspiro de alivio.

Poco a poco, pasaban los minutos.

La misma escena se sucedió un par de veces. Una y otra vez observaban como Ans movía su cabeza diciendo que no.

De Cock miró su reloj. Ya habían pasado treinta minutos de las doce. Empezó a inquietarse y el comisario se dio cuenta.

—¿Qué ocurre De Cock? —preguntó en voz baja—. ¿Tiene miedo de que no aparezca el asesino?

De Cock afirmó despacio.

—Quizá, pero es que tiene que venir. He recibido la llamada que esperaba esta noche. Tendría que ocurrir de un momento a otro. Hay que esperar un poco más.

Un hombre se paró delante del escaparate. Un hombre atlético y grande. De Cock se adelanto. La distancia le impedía distinguir sus rasgos faciales entre la fachada de la casa. Era difícil identificarlo. Podría ser él. Pero Ans de nuevo se negó y las cortinas permanecieron abiertas.

La tensión en el coche crecía de tal forma que hasta el aire se llenó de incertidumbre. Las ventanas estaban completamente empañadas. Había que dibujar círculos en los cristales para poder ver algo.

De Cock miró de nuevo la hora. Ya era casi la una. De pronto le invadió una sensación de pánico. El asesino debía haber aparecido. Algo había salido mal. Algo que no había calculado, algún detalle con el que no había contado. ¿Pero qué? Repasó desesperado sus datos en la cabeza. ¿Había seguido la pista correcta? ¿Se había equivocado en sus conclusiones? ¿Qué se le había pasado? ¿Dónde se había equivocado?

De pronto tuvo un momento de lucidez: ¡Bárbara! Notó que algo le agarrotaba la garganta y el estómago. Abrió la puerta del coche de golpe y salió corriendo por la calle que bordeaba el canal. Vledder salió corriendo detrás.

—¿Qué le pasa? —gritó—. ¿Dónde demonios va?

De Cock no contestó. No podía contestar. El miedo le impedía hablar.

Corrió los doscientos metros que le separaban de la casa de Bárbara todo lo que su corazón y sus pulmones le permitían. Voló por encima de las escaleras subiendo los escalones de tres en tres.

Vledder le siguió, aún sin saber adonde ni porqué. Corrió como loco detrás de él y se metió también en la pequeña casa donde Bárbara ejercía su profesión. De pronto se quedó parado. Se le congeló la sangre en sus venas. Paralizado, miró hacia la cama.

Sobre ésta y casi hundida en el colchón, una mujer desnuda. Con las rodillas en su estómago, un hombre musculoso se inclinaba sobre la figura voluptuosa de la mujer. Los brazos de él se extendían hacia delante. Su expresión estaba desfigurada por una siniestra mueca de desprecio y odio. Sus fuertes manos rodeaban el cuello de la chica. Su cuerpo se retorcía intentando escapar. Sus ojos parecían sobresalir de las órbitas. Vledder seguía inmóvil. Como sumido en un trance vio

a De Cock abalanzándose sobre el hombre; oyó el golpe sordo del puñetazo del detective en la cabeza del forzudo, y entonces reaccionó.

Se abalanzó sobre ellos, y junto con De Cock arrastró al joven fuera de la cama. El golpe de De Cock le había atontado por un segundo pero enseguida se levantó e intentó escapar. Vledder saltó sobre él. Se enzarzaron en una pelea. El hombre luchaba como si estuviese poseído, chillando como un salvaje y emitiendo sonidos incomprensibles, resultaba aterrador. Vledder tenía muchas dificultades para controlar a su oponente. Por fin aparecieron Bierens, Graaf y el comisario. Juntos, aún tuvieron que forcejear con violencia para colocarle finalmente las esposas.

Tobías gemía como un animal herido mientras era conducido al furgón policial.

Todavía sin aliento, Vledder miró a De Cock. Estaba sentado en el borde de la cama de Bárbara, con gesto abatido. Vledder se acercó a él todavía con paso tembloroso y le dijo:

—Llamaré a un médico para que se ocupen de ella.

De Cock movió la cabeza afirmativamente.

—Gracias, hijo —susurró.

Vledder se dio la vuelta y salió de la casa. El coche estaba esperando, el comisario sentado junto al conductor. Vledder se metió y siguieron al furgón que llevaba a Tobías, vigilado por Bierens y Graaf. El comisario ordenó una parada para recoger a Ans.

De Cock había tapado a Bárbara con una manta de cuadros y acariciaba su larga melena rubia.

—¿Por qué... —dijo con voz entrecortada—, ¿por qué tuviste que volver? Creí que estarías a salvo con tus padres.

Ella tenía la cara pálida y los ojos cerrados. Le dolía verla así. Se inclinó sobre ella y la tapó un poco mejor.

—Mula testaruda —murmuró suavemente en su oído—. Mula testaruda, casi llego demasiado tarde.

Ella abrió los ojos muy despacio y le miró. La ternura en su mirada le conmovió.

Bárbara acarició suavemente la cara áspera de De Cock.

—Lo siento —dijo muy bajito, tanto que casi no se oía—. Lo siento de verdad De Cock.

—Lo sé, ya ha pasado cielo —le contestó suavemente—. Si el médico está de acuerdo, lo organizaré para que te lleven a casa esta misma noche. Y espero que esta vez sea la definitiva.

Ella asintió y cerró los ojos.

De Cock le rozó la cara con su enorme y tosca mano. Luego, se marcho y la dejó sola.

Capítulo 9

Aproximadamente una hora después, todos se dirigieron al despacho del comisario, donde fueron tomando asiento. El viejo policía les esperaba con café recién hecho y una bandeja de puros. Ans ya se había cambiado de ropa. Resultaba más atractiva con un sencillo vestido que con las ropas provocativas de Babette.

—En el primer interrogatorio Tobías se ha confesado culpable de los dos estrangulamientos —dijo el comisario en tono formal—. Esta noche pasará a los anales de la comisaría. Es una noche memorable —hizo una pausa—, aunque casi nos cuesta un disgusto —añadió en tono de ligero reproche.

Todas las miradas se dirigieron a De Cock que sorbía el café en un rincón.

—¡Uf!, desde luego que casi nos sale mal —matizó con voz de alivio, horrorizado sólo de pensarlo.

Ante esta explosión de desahogo, el resto de los presentes se animaron a intercambiar animadas impresiones. En un segundo el despacho se había convertido en un gallinero en donde nadie podía escuchar a nadie con tranquilidad. El comisario necesitó algo más que un gesto para pedir la vez.

—Señores, por favor, un poco se silencio. Quisiera aprovechar este momento en que nos encontramos todos reunidos, para pedirle al inspector De Cock, al que conozco desde hace muchos años —dijo con calma— que fuera tan amable de explicarnos cómo llegó a deducir que se trataba de este joven. Cuando ayer me pidió mi autorización para realizar esta operación, no pregunté el cómo ni el porqué. Creo que ahora tenemos derecho a reclamar esa explicación. De todos son conocidos tus métodos poco ortodoxos, así que no te preocupes si hay algún detalle que no encaja con los procedimientos ordinarios.

—El comisario tiene razón —dijo con una sonrisa irónica Vledder—, nos debe una explicación. A muchos de nosotros, la nueva generación de inspectores, nos ayudaría mucho que nos expusiese como fue encajando las piezas del rompecabezas. Se nota que los jóvenes estamos todavía madurando y nos vendría bien a todos aprender de su experiencia.

Todos coincidieron manifestando su aprobación con inclinaciones sistemáticas de cabeza.

De Cock dejó su taza sobre la mesa al lado suyo y sonrió abiertamente.

—Muchas gracias comisario. En primer lugar, hay que ponerse en el lugar del asesino e intentar pensar como él lo haría. Ya se que es difícil, a veces completamente imposible, pero... con el tiempo se consigue.

Alargó su mano a la taza y sorbió ruidosamente.

Todos permanecieron sentados, a la espera de seguir con la lección magistral, pero ante el silencio de De Cock el comisario Bierens, incrédulo ante la explicación no pudo resistirse.

—¿Y eso es todo? ¿No tiene más que decirnos?

De Cock asintió tranquilamente.

El comisario intervino inmediatamente.

—No, no, De Cock —dijo agitado—, no te vas a librar tan fácilmente. Tienes que darnos más

datos. Tenemos derecho a saber más.

De Cock suspiró profundamente, algo cansado.

—De acuerdo —contestó—, lo intentaré y si hay alguna duda la contestaré.

Se levantó y se colocó delante de la mesa del comisario de cara hacia ellos.

—Lo que más me intrigó —empezó—, fue la falta de conexión entre los dos crímenes. Sin embargo, algo me decía desde el principio que ambos asesinatos debían haber sido cometidos por la misma persona. Teniendo en cuenta la profesión de las víctimas, sospeché que tendría un componente sexual, pero no me cuadraba con las circunstancias y finalmente lo descarté.

Hizo una pausa y se rascó la nuca. Luego siguió en un tono uniforme:

—Las víctimas no se parecían, físicamente eran muy distintas. En los crímenes sexuales, las víctimas suelen responder a un patrón concreto, porque el obseso sexual suele preferir unas características muy definidas, ya sea juventud o vejez, delgadez u obesidad, rubias o morenas. Sin embargo en estos dos casos no había similitudes físicas entre las víctimas.

Se detuvo un momento y miró con tentación la taza de café sobre la mesa.

—En fin —continuó—, una tarde noche me encontraba de visita en el bar de Lowee y apareció el padre Matías. No le conocía en persona, únicamente por las historias que contaban las chicas, y sabía que hacía una especie de labor evangélica por el barrio. Nunca había tenido ningún motivo para prestarle una atención especial, pero en aquel bar, después de que ya se hubiese cometido el segundo asesinato, escuché uno de sus sermones. Habló de la ira divina y de Sodoma y Gomorra, dos ciudades que fueron destruidas porque cayeron en el libertinaje y la depravación sexual. De pronto, vi la conexión: los asesinatos en domingo, la ira divina, Sodoma y Gomorra y la degeneración sexual. La relación había que buscarla en un sentido religioso.

Su audiencia seguía con atención cada palabra. De Cock hizo un gesto de cansancio y se frotó la cara. Cogió aire.

—De repente me di cuenta que el padre Matías había usado el ejemplo de forma consciente para conectar los dos crímenes. Le había parecido lo más apropiado como tema de un buen sermón. Yo tuve una educación religiosa, y sé que es un sistema habitual entre predicadores utilizar sucesos corrientes para explicar la Palabra de Dios. Es muy común. No podía dejar de darle vueltas y entonces, me di cuenta de una coincidencia extraña.

Parecía disculparse mientras siguió explicando:

—Las prostitutas asesinadas se llamaban Sonia y Goldie. Si nos fijamos en las dos primeras letras de su nombre podemos comprobar que coinciden con las dos primeras de Sodoma y Gomorra. S y O de Sonia y Sodoma y G y O de Goldie y Gomorra.

—¡Es cierto! —exclamó Vledder entusiasmado.

—Podría haberse tratado —siguió De Cock— de una coincidencia. Pero por alguna razón me pareció demasiado obvio, e intuí, sin tener una seguridad total, que debía investigar en esa vía. Enseguida comprendí que estaba en la dirección acertada.

Sonrió brevemente a Vledder.

—Así que —resumiendo—, tenía que buscar a un hombre de mente enfermiza, un fanático religioso que se veía a sí mismo como instrumento divino. Por un momento llegué a pensar en el padre Matías, pero él no era ningún fanático. Resultó que era exactamente lo que aparentaba ser,

un hombre honesto guiado por su fe en la religión cristiana y en la bondad innata de la gente.

Su intención era salvar a las mujeres, especialmente a las chicas jóvenes, de las garras de la prostitución. Él no encajaba con el tipo que yo buscaba.

De Cock suspiró de nuevo con tristeza.

—Pero el padre Matías tiene un hijo. Se llama Tobías. Después del sermón en el bar del pequeño Lowee, seguí al anciano hasta su casa. Cerca del Westermarkt, le esperaba un joven grande y musculoso. Desde donde yo les observaba resultaba difícil distinguir con claridad ningún detalle. Sin embargo, su postura un poco torpe, la forma en que movía los pies, y su comportamiento en general, me llevaron a pensar que el chico no era del todo normal, aunque seguía sin poder estar del todo seguro todavía. Al día siguiente, después de indagar algo más, comprobé que estaba en lo cierto. Tobías nunca ha superado la edad mental de un chico de trece años. También pude constatar que el chico vivía completamente subyugado por su padre, temeroso de la ira divina y que era un lector empedernido de la Biblia.

De Cock movió la cabeza, pensativo.

—No conozco la Biblia muy a fondo —dijo con seriedad—. Carezco de convicción y capacidad suficientes. Si sé sin embargo, que la Biblia es un libro muy complicado. El padre Matías con su candidez, cometió una terrible equivocación. Él creyó que la Biblia también sería para su hijo una fuente de consuelo y tranquilidad espiritual. Se equivocó.

De nuevo miró su taza vacía con cierto anhelo, pero reanudó rápidamente su discurso.

—El padre Matías había tenido algunos problemas con su hijo. El chico es fuerte como un toro. Algunos episodios de violencia, alguna pelea. Es difícil precisar a estas alturas, las causas o incluso el número de incidentes que hubo en este sentido, pero por eso su padre mantenía al chico un poco apartado. Tobías apenas salía de su casa. No trabajaba y nunca manejaba dinero. ¡Para qué!

De Cock observó la seriedad en las caras de su audiencia.

—Había sin embargo —continuó—, una cuestión que no encajaba del todo, y aunque Tobías sí respondía al patrón físico que yo había imaginado, aún me faltaban algunos cabos por atar.

Sonrió ligeramente.

—Llevo trabajando en el Barrio Rojo más años de los que puedo recordar, y estoy familiarizado con los hábitos y costumbres de la mayoría de las chicas. Como sabéis, a Sonia y a Goldie las encontraron desnudas o casi desnudas. Por la forma en que habían colocado su ropa al hacerlo, se puede asegurar que fue por voluntad propia. Si una prostituta se desnuda por completo, se suele considerar un favor especial, un favor por el que hay que pagar, claro. Una especie de extra. Sé algo sobre los precios que normalmente cobran, las tarifas, digamos. Además siempre cobran por adelantado. Por eso, lo lógico era pensar que el asesino tenía dinero. Y Tobías nunca llevaba dinero, nunca había usado dinero.

El comisario se apiadó de De Cock y le rellenó la taza de café. Agradecido, le dio un sorbo. Continuó ante la atenta mirada de los presentes.

—Por más que lo pensaba, no podía imaginar como Tobías había conseguido el dinero, y además el suficiente para que las dos chicas se desnudaran. La única posibilidad que se me ocurría era el robo. Tenía que haberlo robado. No quedaba otra posibilidad. ¿Pero a quién robaba? —miró

a Vledder y a Bierens—. Cuando el padre Matías se presentó en la comisaría, supe intuitivamente que había venido a denunciar el robo de un dinero, esa era la única posibilidad.

Vledder asintió.

—Muy bien, por ahora sigo su razonamiento. ¿Pero que hay de esta noche? ¿Cómo sabía que Tobías volvería a intentarlo?

De Cock suspiró.

—No tenía la certeza, pero era de esperar. Si miras el calendario, hoy es domingo. Y para cometer un nuevo asesinato, Tobías necesitaría otra vez dinero. Le pedí al padre Matías que contase el dinero cada día y me avisase en el momento en que le faltase algo. Bien, pues esta noche me llamó.

—Aun así, no me cuadra —comentó Vledder—, toda esa historia con Babette y la carrera hacia la casa de Bárbara... ¿Cómo explica eso?

De Cock sonrió de nuevo. Apuró su taza y la colocó en la mesa detrás de él.

—Piensa despacio. Las primeras dos víctimas eran Sonia y Goldie, esto es Sodoma y Gomorra. Hay que pensar como Tobías, y haciéndolo intenté recordar otras ciudades de las que la Biblia dice que habían sido destruidas por depravación y desorden moral. Recordarás que te mandé visitar a un predicador con ese propósito. Yo también investigué por mi cuenta y la única ciudad que encontré fue Babilonia. Te acordarás además, que mencioné ese texto cuando fuimos a ver al padre Matías. El anciano lo conocía bien, tan bien que rápidamente citó el capítulo y el versículo sin esfuerzo. Sin duda cabía la posibilidad de que el padre Matías hubiese hablado de Babilonia una o incluso muchas veces con su hijo.

De Cock se movió un poco, como queriendo echar un vistazo a la taza vacía que tenía detrás, pero hizo un esfuerzo y se controló.

—Bien, pues utilizando Babilonia como punto de partida, la siguiente víctima tendría que ser una mujer, una prostituta cuyo nombre empezara por B y A. Yo conocía a dos. Bárbara y Babette. Los dos nombres estaban además en el archivo del padre Matías, fuente donde Tobías buscaba a sus víctimas. Lo conocía de memoria. Como ocurre con algunos retrasados, tiene una gran capacidad para almacenar datos. Sea por lo que sea tiene una memoria fotográfica. Para reducir las posibilidades conseguí llevarme a Bárbara y devolverla a sus padres. Y aunque se puso furiosa, pude quitarla de en medio.

—Así que por eso estaba tan seguro de que la víctima sería Babette. Era la única B y A que quedaba en el barrio. B A de Babilonia.

De Cock movió afirmativamente la cabeza.

—Sí —suspiró—, pero entonces reapareció Bárbara. Debía haberlo imaginado, pero es que tendría que haberse quedado con su familia. No esperaba que volviese tan pronto. Yo más o menos la había insultado, y nuestra despedida había sido, digamos, bastante brusca —sonrió—. En nuestra profesión, la mujer suele ser el elemento imprevisible, la incógnita.

Ans le miró intrigada. Sospechó que la historia de Bárbara era más complicada de lo que parecía.

—Así que ella volvió —dijo Ans.

Su forma de preguntar hizo que De Cock la mirara de repente.

—Sí —contestó inexpresivo. —Cuando comprendí que el asesino no aparecería por la casa de Babette, me acordé de Bárbara —hizo un gesto de tristeza, —casi no llegamos a tiempo.

Pensativo, permaneció un rato en silencio. Luego, alargó su mano y observó sus nudillos raspados.

—Es una lástima que tuviera que pegar al chico —murmuró.

El comisario le puso una mano en el hombro.

—Has hecho un magnífico trabajo, es un gran ejemplo de cómo la experiencia y la intuición pueden llevar a resolver un caso sin importar demasiado los medios. Pero me gustaría que me respondieras todavía a una pregunta más: ¿cómo podía Babette, es decir, nuestra Ans, saber cual sería el asesino? Yo sólo vi como negaba con la cabeza. Las cortinas permanecían abiertas. ¿Cuándo las habríamos visto cerrarse?

De Cock sonrió malicioso.

—En cuanto el asesino se hubiese presentado.

El comisario hizo un gesto de impaciencia.

—Sí, sí, pero...

De Cock guiñó un ojo a Ans.

—Desde luego, le di una descripción detallada del sospechoso. Y además tenía otra forma de identificarlo. Cuando Vledder y yo visitamos al padre Matías, marqué su dinero. Con el alfiler de mi corbata hice un agujero en una esquina de los billetes. Si Tobías tenía dinero, tendría que ser el de su padre. Únicamente podría ser el que robara al predicador. Ans sólo tenía que echar un vistazo a los billetes. Siempre se pide el dinero por adelantado. En cuanto viese o palpase los billetes perforados, sabría que Tobías estaba con ella.

Vledder movió la cabeza impresionado.

—¡Vaya!, lo que todavía me queda por aprender.

De Cock le lanzó una mirada afectuosa de ánimo.

—Ya aprenderás... unos cuantos asesinatos más y...

No terminó la frase. Se marchó hacia la puerta, andando como siempre de forma peculiar.

—Lo siento —se disculpó—, tengo que marcharme.

El comisario le hizo una señal dándole permiso.

De Cock hizo un gesto vago de despedida, se dio la vuelta y por fin se marchó. Vledder se puso en pie sin saber qué hacer. Salió corriendo detrás de De Cock, el cual le dio alcance por el pasillo.

—¿Le puedo acompañar?

La cara de Vledder se iluminó ante la respuesta afirmativa de De Cock.

—¿Dónde vamos?

De Cock le miró con seriedad.

—Cambia esa cara —le dijo en tono severo—, tenemos una misión triste por delante.

—¿Una misión?

—Sí —le contestó resignado—. En alguna parte hay un padre que tiene que saber que su hijo no volverá más a casa. ¡Piénsalo, muchacho! Nunca debes olvidar ese tipo de detalles.


De Cock y el cadáver de Nochebuena

Capítulo 1

El oficial de guardia que hacía su turno en Nochebuena, era un católico practicante. Aunque este detalle en nada interfiere con los acontecimientos de aquella noche, explica la expresión de envidia con que el oficial observaba a los feligreses que salían de la Misa del Gallo con paso firme hacia sus casas. Caminaban con las manos metidas en los bolsillos, los cuellos de los abrigos alzados y las cabezas cubiertas por gorros y bufandas. Era una Nochebuena fría en la ciudad de Ámsterdam, una de esas noches en las que se congelaba hasta la respiración.

¡Como hubiera deseado acudir a esa Misa con su mujer Marie! y después, como todos ellos, a casa. Marie no era especialmente guapa, ni llamaba la atención por nada, pero él la quería y añoraba sus muestras de calor en esas noches tan solitarias.

Miró su reloj y calculó con un suspiro de apatía las seis horas que le quedaban para acabar su turno. ¡Todavía seis horas más de frío! Sólo la idea de pensarlo le produjo escalofríos.

Con el paso típico de un guardia patrullando, continuó bajando la calle Haarlemmer y giró a la izquierda a la altura del antiguo bastión de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales, por la calle que desembocaba en el mercado de los Caballeros y el canal de los Cerveceros.

Si en vez de pensar en sus aflicciones, hubiese prestado más atención a lo que sucedía a su alrededor, habría visto a Henkie *el Manitas* deslizarse por las fachadas de las casas al otro lado del canal.

Cruzó el puente que unía los canales Brouwers y Heren y, canturreando para sus adentros "Noche de paz, noche de amor..." desembocó en la margen de los número pares de este último canal.

Había entonado ese villancico inconscientemente, movido más por la sensación de melancolía que por rencor hacia sus conciudadanos. Ya ni siquiera se oían las pisadas de la gente que había salido de misa, el silencio lo envolvía todo. Era el silencio nítido de una noche clara y fría. El correteo de una rata que huía al oír sus pasos era lo único que le acompañaba.

Pero de pronto se detuvo. Le pareció percibir un ruido al otro lado del canal. Aquí estaba él, el representante de la autoridad, el paladín de la justicia, en guardia, dispuesto a proteger la vida y la propiedad privada. Su mente, colmada de términos oficiales y tecnicismos legales, elaboraba instintivamente el contenido del informe, "Robo, con allanamiento de morada, perpetrado con nocturnidad y alevosía".

Con sigilo se apartó de la acera y se agachó al borde del canal, entre el hueco de dos coches aparcados. Oculto por la sombra de un árbol, se asomó y observó atentamente el otro lado del canal. Divisó a un sereno paseando a lo largo de las casas y empujando las puertas para asegurarse de que estuvieran bien cerradas. Decepcionado sonrió y gruñó abatido. Falsa alarma.

Decidió permanecer unos minutos más allí escondido, y aprovechó para rebuscar en las profundidades de sus bolsillos algo que mascar. Encontró un caramelo de menta y se lo metió en la boca. De inmediato lo escupió al canal. Sabía a tabaco de mascar. Maldiciéndose por no haber limpiado sus bolsillos cuando dejó de fumar, se fijó en las ondas que el caramelo había dibujado sobre la superficie del agua.

En ese momento vio el cadáver. Flotaba boca abajo, cerca de la orilla. El abrigo, abombado por la espalda, ayudaba a mantener el cuerpo en suspensión. Alrededor de la cabeza una maraña de mechones largos de pelo rubio lo envolvía todo como si fueran algas. Durante un segundo el oficial permaneció indeciso. Un instante después se puso en acción.

El joven inspector Vledder estaba de mal humor. Envuelto en un grueso abrigo, miraba desde la orilla del canal hacia el fondo y no podía dejar de temblar. El aviso le había sorprendido, un cadáver en Nochebuena era lo último que esperaba ver.

Tras la llegada del juez de guardia, los sanitarios de la Unidad de Ahogados del Servicio Médico Municipal, comenzaron a maniobrar con bastante dificultad sus cuerdas y redes para la extracción del cuerpo. El agua no tenía demasiado calado y las redes se enganchaban continuamente en los desperdicios del cauce del canal. Bicicletas y otros objetos solían cubrir gran parte de los canales de la ciudad. Sus habitantes tienen la mala costumbre de desprenderse de ellos en el canal más cercano.

El oficial atravesó el puente con ligereza y volvió con un bichero para barcos. Con cuidado empujó el cuerpo hasta la red y los sanitarios se hicieron cargo de él elevándolo poco a poco contra la pared de ladrillo del canal.

El oficial, sin soltar el bichero, se acercó a Vledder con la intención de explicarle los hechos.

—Oí un ruido al otro lado del canal, pero resulto no ser nada, únicamente un sereno comprobando las puertas. Me había colocado justo aquí. Estaba a punto de seguir mi ronda cuando descubrí el cadáver flotando.

Vledder escuchaba pensativo. No se encontraba del todo bien. Tenía una aversión innata hacia los cadáveres. Todavía era demasiado joven para permanecer indiferente en su presencia. Sabía que los peores casos empezaban siempre con un cadáver. En circunstancias normales la situación habría sido controlada por De Cock, su viejo compañero, mentor y amigo, en quien él confiaba ciegamente porque le admiraba y respetaba. Pero De Cock no estaba. Tendría que afrontar el caso en solitario.

Los sanitarios sacaron por fin de la red el cadáver chorreando y lo colocaron sobre una camilla.

—¡Es una chavala joven! —apuntó uno de ellos.

—Y yo creo —añadió sarcásticamente otro—, que no estamos en temporada de baños.

Vledder no apreciaba su sórdido sentido del humor, pero tampoco tenía valor para reprenderles. Sabía que era la forma de aliviar tensiones en un trabajo como ese. Si uno no era capaz de protegerse con una coraza dura e insensible, el trabajo resultaba insoportable. La ironía se notaba más en los casos de niños y gente joven. Era eso, o echarse a llorar. Aunque cualquier ciudadano holandés aprende a nadar en el colegio, los ahogamientos eran algo relativamente corriente, especialmente en Ámsterdam por la cantidad de canales y vías fluviales. Esto le trajo a la memoria, aunque no pudo recordar donde lo había leído, el dato de que Ámsterdam tenía más canales y puentes que Venecia.

A regañadientes y sin tener otro remedio, se acercó hacia la camilla. Los faros de un coche de policía iluminaban la cara pálida de la chica. Una bufanda roja le envolvía con un nudo el cuello y

le cubría parte de la barbilla. Llevaba un poco de maquillaje, algo de colorete y un discreto color en los labios, que no lograba ocultar la máscara de la muerte.

Los sanitarios levantaron la camilla y la metieron en la ambulancia a la vez que recogían todos sus utensilios. Tras levantar acta del cadáver, rápidamente cerraron la puerta y se marcharon al hospital.

A continuación Vledder le dio instrucciones al oficial:

—Escriba su informe y déjelo en la mesa del sargento. Dígale que estaré allí en breve.

El inspector arrancó su coche y salió detrás de la ambulancia. Por el camino sopesó si debía o no avisar a De Cock. ¿Era necesario? Probablemente sería un simple suicidio. No es raro que la gente se suicide durante las vacaciones arrojándose al agua. La soledad, pensó. Existía incluso una terminología, algo así como: Síndrome del Suicidio Vacacional. La desesperación y la soledad parecían acentuarse durante las fiestas. En cualquier caso, por un suicidio no tendría que llamar a De Cock. Tan solo habría que hacer unas indagaciones y la familia se ocuparía del funeral. ¡Que tragedia!, una mujer tan joven. Si estaba tan sola, él la habría acompañado durante las fiestas. Podría haberla animado durante sus horas libres. Era una monada.

Bastante guapa... de hecho. Escandalizado por sus propios pensamientos, dejó de darle vueltas. La ambulancia entró en el Hospital Guillermina y se paró frente a la morgue. Los sanitarios metieron la camilla dentro y el forense de guardia apareció al cabo de unos minutos frotándose los ojos, todavía medio dormido.

Reconoció a los hombres de un primer vistazo y luego miró a Vledder.

—Soy el inspector Vledder, de la comisaría de la calle Warmoes, y esta joven ha sido encontrada en el Canal Heren.

—¿Suicidio?

Vledder se encogió de hombros.

—No... estoy seguro —contestó dubitativo—. La acabamos de sacar del canal.

El médico se acercó a la camilla y abrió los ojos de la chica para examinar las pupilas. Después le quitó la bufanda que le rodeaba el cuello. Vledder observaba atentamente. El médico apartó cuidadosamente la prenda e inclinó la cabeza de la joven hacia atrás.

Vledder se quedó atónito. Se quedó sin aliento. Se inclinó para poder ver mejor. La causa de la muerte la tenía ante sus ojos. Había marcas rojas alrededor del cuello; señal sin duda de que había sido estrangulada.

Levantó la cabeza y miró confuso al médico.

—Pe... pero —tartamudeó—, esto es un asesinato. El doctor movió afirmativamente la cabeza.

—En efecto, inspector, estrangulación.

Los impertérritos sanitarios permanecieron en silencio.

Vledder, todavía aturdido ante los hechos, se apresuró al teléfono que había en el enlucido sótano del laboratorio del Hospital. Ya había sonado tres veces y con impaciencia se preguntaba cuanto tardaría De Cock en despertar.

A escasos pasos de donde se encontraba, habían depositado la camilla con el cadáver de la chica y, sobre ella, la bufanda doblada. De los bordes del abrigo que se descolgaba a ambos lados

de la camilla caía un reguero de agua sucia del canal. El goteo constante, retumbaba en la fría sala. Este sonido le resultaba a Vledder mucho más estruendoso y penetrante que la señal del teléfono.

—De Cock al habla —sonó con voz medio adormilada.

Vledder involuntariamente se enderezó.

—Sí De Cock, soy Vledder. Siento tener que despertarle.

—Todavía no estoy del todo despierto. —Puntualizó en tono malhumorado.

Vledder tragó saliva y continuó.

—Mire, De Cock. Me encuentro en el sótano del Guillermina, en la morgue, en el laboratorio de patología para ser exactos. Hemos sacado a una mujer joven del Canal Heren y...

—¿Tienes que despertarme para decirme eso?

—No, sí, bueno, escuche un momento por favor —Vledder alzó la voz por si De Cock colgaba el teléfono—. No es un caso corriente de ahogamiento. La han estrangulado.

Un largo silencio siguió al otro lado de la línea.

—¿Tenéis ya un nombre? —se oyó tras la pausa.

—No, no, todavía no tengo nada. Yo...

Vledder oyó un suspiro.

—Muy bien, hijo, de acuerdo. Voy para allá. Estaré en unos diez minutos. ¿Has llamado a alguien más? ¿Huellas? ¿Fotógrafo?

—No.

—Pues hazlo. Quiero fotos, y que le tomen las huellas al cadáver.

—De acuerdo De Cock, lo haré inmediatamente. Gracias, gracias por...

Un gruñido salió del auricular.

—Bien, bueno, tus gracias no me dan ni para café.

Vledder sonrió.

—Nunca se sabe, igual si ahorra unas cuantas...

Se oyeron más sonidos confusos y luego colgó. Con un suspiro de alivio, Vledder colocó el auricular en la pared.

Sentía haberle despertado. Hubiera preferido no hacerlo, pero no se sentía capaz de llevar el caso en solitario. ¡Nada menos que un asesinato! ¡Y si la pifiaba...!

Imaginó a De Cock metiendo sus sufridos pies en los zapatos, y maldiciéndole por acabar de estropearle las vacaciones de Navidad.

De Cock había empezado su descanso con ilusión. Por fin lejos de su rutina, lejos del crimen y lejos de la vieja comisaría de Warmoes, su destino durante los últimos veinte años.

Vledder contempló a la chica y De Cock se desvaneció de su mente. La figura que veía le causaba una fuerte conmoción: los ojos cerrados, la boca entreabierta y la tez pálida. De nuevo, el goteo incesante sobre el pavimento se le hizo casi ensordecedor. Su eco retumbaba contra las paredes desnudas del sótano. Caían por orden, una a cada lado de la camilla, formando pequeños charcos.

Capítulo 2

De Cock llegó antes que Kruger, el especialista en la toma de huellas dactilares, y que Bram, el fotógrafo. Con su gabardina pasada de moda, su viejo y querido sombrero inclinado un poco hacia atrás y, sus peculiares andares, entró en el desangelado sótano.

Inmediatamente Vledder se dirigió a su encuentro.

—Lo siento, no quería molestarle, pero como ve parece...

De Cock hizo un ademán vago con la mano y continuó su marcha.

—No pasa nada hijo. ¿Dónde está la chica?

Vledder señaló la camilla.

—No he dejado que le quiten la ropa todavía. Está tal y como la encontramos, salvo por la bufanda, que antes llevaba alrededor del cuello.

De Cock se acercó hasta allí y se inclinó sobre la chica. Miró con cuidado las marcas casi horizontales, prueba indiscutible de que había sido estrangulada. Tenía una justo debajo de la barbilla, indicio de derrame subcutáneo, que probablemente había sido provocado por el nudo de la bufanda al oprimirle el cuello.

Se irguió con gesto serio y apesadumbrado. Pensativo examinaba detenidamente las suaves facciones de la chica. Le agradaba. No sabía porqué. No tenía una razón concreta. Su cara, incluso muerta, reflejaba un carácter dócil y sereno. Quizá le recordaba a alguien, un amor lejano y olvidado, una novia de hacía mucho tiempo. No sabía bien. Apenas era consciente de ello. Almacenaba tantas caras en su memoria: guapas, atractivas, malvadas, ingenuas, crueles, suspicaces, inteligentes y brutales... caras con las que se había topado en un momento u otro de su carrera. Pero de algo estaba seguro, esta cara no le desagradaba.

No tenía argumentos científicos en que basarse para determinar que la chica debía ser una buena persona. Algunas veces le resultaba difícil probar con hechos las impresiones de su subconsciente. No importa el número de argumentos intelectuales que se citen, la impresión siempre es producto de las sensaciones, una corazonada, algo que generalmente tiene poco que ver con la razón. El noventa por ciento de todas las decisiones, se basan en lo instintivo, una mera racionalización de lo emocional.

De Cock no era una persona muy expresiva, o al menos no desde el punto de vista convencional. Había aprendido a contener sus afecciones en público. Pero, aquella visión del cuerpo inerte de la chica, había despertado algo en él. Sentía amargura mezclada con odio. Se desafió así mismo a que no descansaría hasta poner a disposición de la justicia al cobarde y cruel asesino.

Al rato llegó Kruger y depositó su pesado maletín en el suelo junto a De Cock.

—¿Es ésta la chica?

—Sí.

—¡Vaya, sí que es guapa! No está nada mal.

—Sí.

—¿Estrangulada?

—Sí.

—Sí, sí, no está muy hablador, Sr. De Cock.

—No.

Kruger se encogió de hombros y añadió en un tono de voz ofendido.

—Si piensa que estoy aquí regocijándome, se equivoca.

Lentamente De Cock se giró hacia él.

—Puede estar seguro que yo tampoco, yo tampoco —matizó despacio y en tono sarcástico—. Pero hay una gran diferencia entre su trabajo y el mío. Con toda seguridad, en un rato habrá tomado las huellas a la chica y todo habrá concluido para usted. Ya está, no tendrá que volver a pensar en ella nunca más. Yo, en cambio, no tengo esa suerte. Si quiero encontrar al asesino, tendré que bucear en su pasado. Sus allegados me contarán cómo era, cómo pensaba; y entonces se convertirá en alguien conocido. Una persona capaz de sentir como usted y como yo. Para usted, nunca pasará de ser unas líneas escritas en una placa. Esa es la diferencia Kruger, por eso, perdóneme si no estoy muy hablador.

De Cock se dio la vuelta y cogió una cinta métrica y un depresor para la lengua.

—¿Estás ya listo?

Vledder, que permanecía al fondo de la sala junto a Bram, sacó rápidamente de su bolsillo un bolígrafo y abrió su libreta. Kruger, con gesto turbado, se dispuso a desempaquetar sus bártulos en silencio.

De Cock empezó con su análisis.

—Anota. Descripción: mujer, de dieciocho a veinte años. Estatura mediana, aproximadamente un metro sesenta centímetros, de complexión esbelta; tono de piel claro, cara ovalada y simétrica. Pelo largo y rubio, no teñido. Frente despejada y cejas en forma semicircular sin retocar. Ojos azul claro. Nariz estrecha y recta, algo perfilada. Labios carnosos con las comisuras ligeramente hacia arriba. Bueno eso es todo. ¿Lo tienes?

—Sí, lo he anotado todo.

De Cock colocó el depresor en la boca entreabierta de la chica. Presionó con ello su lengua y levantó el labio superior.

—Dentadura en perfecto estado, sin caries ni intervenciones.

Retiró el instrumento de la boca y le apartó un poco el pelo hacia atrás.

—Orejas pequeñas y ovaladas con lóbulos agujereados para pendientes.

A continuación pasó a las extremidades superiores.

—Manos pequeñas, palma ancha. Los dedos corazón y anular de la mano derecha muestran rastros de nicotina. No lleva joyas. Ligera marca de anillo en el anular izquierdo. A primera vista no hay restos bajo las uñas. Uñas pintadas de color...

Dudó por un momento.

—Vledder... Acércate un momento.

A regañadientes se acercó.

—¿Cómo se llama este color de laca de uñas?

—"Rojo ilusión".

—¿¡Cómo!?

—Es "rojo ilusión".

De Cock perplejo lanzó un gruñido de exclamación.

—Muy bien, apunta: uñas pintadas de color "rojo ilusión".

Para terminar, alzó las frías manos de la víctima y frotó la punta de sus dedos contra su palma.

—Ha estado realizando algún tipo de manualidad recientemente. Tiene restos de callosidades. Aparte de eso, manos bien cuidadas.

Con la mirada fija en Vledder, De Cock le preguntó:

—¿Has cogido también eso? —Él asintió con la cabeza.

—Muy bien, muy bien. Ahora Kruger ya puede "cogerle los dedos" y Bram hacer sus fotos. Cuando los enfermeros la desvistan podremos hacer otra inspección ocular. El doctor Rusteloos se ocupará de inspeccionarla por dentro.

Este argot policial, utilizado para recoger las huellas dactilares le daba escalofríos a Vledder. No podía evitar imaginarse a Kruger paseándose por hay fuera con una maleta llena de falanges.

Ante la mención del forense, Vledder advirtió a De Cock de la autopsia.

De Cock asintió.

—Por supuesto. Avisaré yo mismo al sargento para que despierte a Rusteloos.

Desplazándose con su paso habitual, De Cock se dirigió al teléfono mientras Kruger empezaba con su trabajo. Mascullando para sus adentros las palabras de De Cock, cogió una varilla curva sobre la que depositó una cartulina dividida en rectángulos. Uno a uno fue imprimiendo por orden las crestas dérmicas de cada dedo. La huella dactilar hoy por hoy es la manera más fiable de identificación.

A continuación Bram empezó a hacer sus fotos.

—¿Qué mosca le ha picado a De Cock? —preguntó a Vledder en voz baja mientras cambiaba el carrete y las lentes de la cámara. Parece nervioso y ése no es su estilo —añadió contestando a su propia pregunta—. Lo he visto en docenas, quizá cientos de situaciones como ésta ¡Ni se sabe ya en cuántos casos de homicidios habrá intervenido! Otro asesinato sería lo último que le provocaría esa tensión.

Vledder se encogió de hombros e intentó justificar su actitud.

—Le he sacado de la cama y además estaba de vacaciones. Creo que por primera vez en unos diez años. A lo mejor por eso está tenso.

Bram jadeó.

—¡Qué asco de trabajo! —Sentenció.

Hizo algunos primeros planos más, y a continuación empezó a recoger su equipo sin demasiada prisa.

—Apuesto a que no quisiste arriesgarte a cargar tú solo con el muerto y pensaste: saco a De Cock de la cama y ya se hará cargo él del asunto. El viejo sabrá lo que hay que hacer, ¿no es cierto? Mejor no arriesgarse a complicarlo todo cuando puedo recurrir a él. ¿No es eso? ¿No es eso lo que pensaste?

Vledder le miró fijamente perplejo ante lo que estaba oyendo ¿Era un reproche? ¿Parecía un reproche? No sabía. La expresión en la cara del experimentado fotógrafo era ilegible. ¿Insinuaba que tendría que haberse encargado del caso el solo? ¿Era eso a lo que Bram se refería? Qué no

debería haber llamado a De Cock y, quizá, ¿debería haber aprovechado esta oportunidad para demostrar que era capaz de actuar solo?

Bram terminó su trabajo y a continuación los enfermeros desnudaron el cadáver, con movimientos precisos y rutinarios.

Conforme iban quitándole las prendas mojadas, Vledder iba recogiéndolas y metiéndolas en una bolsa de paño. De Cock de regreso junto a la camilla observó el cuerpo desnudo de la chica. Con sus ojos expertos rastreó cualquier indicio o detalle anómalo. Después de tantas autopsias sabía muy bien lo que debía buscar. Permaneció un momento en silencio y se dirigió a uno de los enfermeros:

—¿Qué le parece? El vientre está hinchado, ¿Cree que podría estar embarazada?

El enfermero se mordió el labio manifestando un gesto pensativo.

—Así a simple vista es difícil de afirmar.

—Bueno, pues, dejemos al doctor Rusteloos averiguarlo. Hay que trasladar el cuerpo al laboratorio de la policía. La autopsia está programada para las nueve en punto de la mañana. ¿Lo tendrán todo previsto para esa hora?

Los hombres asintieron al unísono.

—Muy bien, entonces nosotros nos marchamos.

Echó un último vistazo al cadáver de la chica y salió de allí. Vledder le siguió rápidamente, con la bolsa de ropa mojada en la mano.

—¿Para cuando quiere las fotos? —le preguntó Bram.

De Cock se volvió hacia él.

—En unas dos horas.

Bram refunfuñó.

—Pero, si... —dijo con tono de desesperación en la voz—, es ¡Navidad!

De Cock movió la cabeza afirmativamente.

—Lo sé —contestó con resignación—. ¡Feliz Navidad! —Las palabras resultaban fuera de contexto.

Vledder manifestó su preocupación con un profundo suspiro.

—¿Vuelvo a repasar la lista de personas desaparecidas?

—Eso no nos servirá de mucho, no creo que lleve muerta más de unas horas. Su desaparición todavía no habrá sido denunciada. Es demasiado pronto para que aparezca en la lista.

—No va a ser fácil. He revisado todo con mucho cuidado. La ropa no aporta ninguna pista. Ni modelitos exclusivos ni etiquetas especiales, ni siquiera de tintorería. En general son prendas corrientes, de una calidad media nada llamativa. Lo único que se sale un poco de lo normal es la ropa interior que podría calificarse de frívola por el volante de encaje negro. Con una sonrisa vaga concluyó su descripción.

De Cock se sentó cómodamente detrás de su escritorio y empezó a echarle un vistazo a las fotos de Bram.

Preocupado por la situación tamborileó la mesa con sus dedos.

—El asesino obviamente desconocía que los canales de Ámsterdam tienen poco calado en sus

orillas. Normalmente, un cadáver puede permanecer bajo el agua varios días. Y supongo que el asesino contaba con ello. De otro modo no la habría tirado al agua, por lo menos a estos canales. Seguro que contaba con que tardaríamos unos días en encontrarla. Deberíamos aprovechar la ventaja que el oficial de guardia nos ha proporcionado. ¡Es una lástima que no podamos identificarla! —Suspiró con desesperación—. Aun así, manda un teletipo a todas las comisarías con una descripción lo más detallada posible. Quizá se encuentre por ahí un padre o un marido preocupado poniendo una denuncia de desaparición.

Vledder asintió y salió del despacho para ejecutar sus órdenes.

De Cock se inclinó pensativo sobre las fotos. Bram había hecho un buen trabajo, recogiendo tomas tanto generales como primeros planos. Las marcas del cuello se veían con detalle.

Analizó detenidamente la cara. De nuevo pensó en lo agradable que le resultaba. No le ocurría a menudo, de hecho no le pasaba desde hacía años. Pero es que estas facciones... tan dulces, le habían impresionado de algún modo. Habían penetrado en la coraza de acero que se había fabricado a lo largo de los años a modo de aislante. Era una capa de autoprotección que le preservaba de la miseria que tenía que afrontar a menudo en su trabajo.

Repasó de nuevo las fotos sin fijarse mucho. —¡Pobre chica! —murmuró para sí—. ¿Cómo habrá acabado en las frías aguas del canal, y además en Nochebuena? ¿Quién quería deshacerse de ti? ¿Qué ha ganado con tu muerte?

Se mordió sus labios y negó con la cabeza. ¡Pero si parece una chica corriente! Nada espectacular, nada de particular. Ni apariencia de embaucadora, ni de seductora. ¡Simplemente una chica normal! *Descanse en paz. Paz en la tierra a la gente de buena voluntad.* Estas palabras, repetidas tantas veces desde su niñez, le trajeron a la memoria las enseñanzas religiosas de su infancia, las casi olvidadas admoniciones de su juventud y los textos bíblicos tantas veces estudiados. Como piezas de un caleidoscopio, ese conocimiento acumulado en su cabeza hizo que los engranajes de su mente se estimularan.

Frustrado ante tanta inmundicia se puso en pie a caminar con pasos largos y espaciosos a través de la sala.

—¡Idiota! —se maldijo a sí mismo—, ¿Tanta rabia, sólo por una cara bonita? ¿Por un cadáver desconocido? O, ¿había algo más?

Hizo una pausa delante del espejo que había sobre el pequeño lavabo del fondo. Vio una cara, marcada por las arrugas profundas de un boxeador. Trató de sonreírle a su reflejo, pero no fue más allá de una mueca.

—*Paz en la Tierra* —murmuró—, *a los hombres de buena voluntad...*

Se dirigió hacia la ventana y perdió la vista en la lejanía. Un amanecer gris anunciaba el primer día de Navidad[1].

Vledder entró entusiasmado en la sala de detectives mostrando en su mano extendida un bolso blanco de señora. Su cara resplandecía.

—¡Mire esto, De Cock! —le llamó con excitación—. Justo cuando bajaba las escaleras para enviar el teletipo, un hombre estaba entregando al sargento de guardia este bolso. Le estaba indicando al sargento que se lo había encontrado tirado en un soportal de una de las casas del

Canal Brouwers, mientras paseaba a su perro.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Ahora, hace un rato, como mucho hace media hora.

—¿Has visto que contiene?

—No, todavía no. He subido de inmediato. ¡A lo mejor pertenecía a la chica! Ese canal no está demasiado lejos de donde encontramos el cadáver. Calculo que a unos cien metros más o menos en línea recta.

Vledder colocó el bolso en la mesa. No había mucho qué ver por fuera. Era un bolso de plástico barato, con un simple cierre.

—Hay cientos como éste —comentó De Cock—. Sin embargo, es bastante extraño, que esté completamente seco. No parece haber estado en el agua.

Arrancó una hoja de papel grande de su vade y vació el contenido del bolso sobre ésta. Un bote pequeño de esmalte de uñas casi se cae de la mesa. Vledder lo atrapó y miró la etiqueta.

—¡Mire, lo ve, color rojo ilusión!

De Cock le sonrió.

—¿Desde cuando —preguntó intrigado—, estás tan bien informado de los colores de uñas de mujer? ¿Es que has recibido clases particulares?

Vledder sonrió con un guiño amistoso.

Tras un primer examen, apartaron la mayoría de objetos de aseo tan comunes que se podrían encontrar en el bolso de cualquier mujer: espejo, peine, polvos, un frasco de colonia, barra de labios, lima de uñas y un llavero. A continuación se centraron en un carné de identidad con foto. De Cock lo cogió rápidamente. Su incertidumbre se despejó cuando vio la foto.

—Podría equivocarme —afirmó con cautela—, pero creo que es ella.

Vledder miró la foto por encima de su hombro.

—Sí, sí, tiene razón, es ella, seguro.

Compararon las fotos del carné con las que había sacado Bram. No había ninguna duda, era la misma chica.

De Cock copió los datos en un papel: Helena María Vries, diecinueve años de edad, calle Hudson 213, Ámsterdam.

—Manda hacer unas copias ampliadas de la foto del carné de identidad, puede que nos sea útil.

Vledder tomó nota y continuó clasificando los objetos restantes del bolso por orden de importancia:

Un billete de tren sin usar para Gouda, sólo de ida, fechado el 24 de diciembre; un bono para varios viajes de la Autoridad Municipal de Transportes de Ámsterdam usado en tres ocasiones, siempre en la línea uno, a las 08:15, 13:15 y 18:15 respectivamente.

Un sobre con una carta manuscrita de un tal Tom Weick, con el remite de un puesto militar, La Courtine, Francia. La carta llevaba matasellos del 5 de octubre. No había dinero en el bolso, pero sí un anillo con la inscripción: Ellen, 1 Mayo, 19... Pero lo que más le sorprendió sin embargo, fue una cartera negra con una serie de papeles, identificando a su dueño como Joost Hofman de Alkmaar, ciudad famosa por el mercado de quesos.

Se la mostró a De Cock especulando.

—¿Cómo acabaría esto en su bolso?

De Cock cogió la cartera y la olió.

—Tiene un olor diferente a los demás objetos del bolso.

Vledder en cambio olió la carta.

—Esto huele a polvos y perfume.

De Cock asintió.

—Debía de llevar la carta siempre encima, pero está claro que la cartera no. En cualquier caso no lleva allí el tiempo suficiente para que huela como todo lo que hay en el bolso.

—Pero —exclamó Vledder, algo impaciente—, ¿Cómo pudo acabar en su bolso? ¿Por qué tiene ella la cartera del señor Hofman de Alkmaar? ¿La habría robado?

De Cock lo negó con la cabeza.

—No lo creo. Primero, ella no encaja con ese tipo de mujer. Segundo, no hemos encontrado dinero, ni en el bolso, ni en la cartera. Yo creo que fue ella la robada.

—¿Por el asesino?

De Cock se pasó las manos por el pelo.

—Es una posibilidad. Teniendo en cuenta que el bolso se encontró seco en los soportales del Canal Brouwers y a ella flotando en el Canal Heren.

—No le sigo.

—A ver. Imaginemos que el asesino quería su bolso. Un vulgar tirón, digamos. Pero cuando lo intenta, ella empieza a gritar. Primero le tapa la boca pero ante la imposibilidad de hacerla callar acaba utilizando la bufanda para estrangularla. Coge el bolso y tira el cadáver al agua. Se aleja mientras se queda con el dinero y tira el bolso al pasar por el Canal Brouwers. De esa forma se podría entender que el bolso se encontrara completamente seco y sin dinero.

Vledder asintió.

—Parece creíble, pero sigue sin encajar la cartera de Hofman.

De Cock estaba de acuerdo.

—No, desde luego que no encaja. Y hay además otras preguntas. Por ejemplo: ¿Qué hacía por esas calles? ¿Qué buscaba? Los canales están solitarios por las noches, especialmente en estas noches de Navidad. Y además ella no había planeado estar allí.

—¿Qué quiere decir?

—Fíjate en el billete de tren. Aquí está el billete para Gouda. Con toda seguridad que había planeado pasar allí las vacaciones.

Vledder se sentó y suspiró cansado. Volvió a repasar el contenido del bolso.

—¡Cuantos mudos testigos! —murmuró en voz baja—, si pudieran hablar, nos darían una pista.

—Ya lo hacen —señaló De Cock.

—Puede, pero no lo suficiente.

Miró entre los objetos que quedaban en la mesa y cogió la alianza, sopesándola en la mano.

—¿Qué piensa de esto?

De Cock se encogió de hombros.

—Un compromiso de boda roto.

—¿Estaba prometida?

—Bueno, creo que ahora los jóvenes ya no hacéis esas cosas. Pero no hace tanto tiempo que era usual comprar dos alianzas como forma de sellar un compromiso matrimonial. Después se inscribía el día y el mes, a falta de completar el año. Este anillo se colocaba en la mano derecha y poco antes de la boda, el año se completaba en la inscripción y la alianza se pasaba a la otra mano. Era una costumbre muy arraigada en nuestra cultura. Como ves nuestros antepasados eran muy prácticos y nunca creyeron en la idea de acumular una gran cantidad de joyas inservibles. Depositaron sus esperanzas más en el comercio, los barcos y en el frío y duro vil metal.

—Gracias por la lección de historia, pero entonces, ¿Quién es Ellen? Tenga, lea la inscripción...

De Cock sorprendido por la falta de imaginación de su compañero, dejó el anillo en la mesa.

—Alguno de los dos debía ser muy tradicional y continuaron con la ceremonia de las alianzas; y creo que probablemente nuestra rubia Helena se hacía llamar Ellen. Podría haber sido Lena o Elena pero esos nombres ya están muy pasados de moda. Ahora lo moderno es que los nombres de pila suenen a americano, de ahí Ellen.

Vledder cogió el anillo de nuevo en su mano.

—¿Qué motivos tendrían para cancelar el compromiso?

De Cock sonrió abiertamente. Era su gesto más característico. Su ruda cara de boxeador se iluminaba con la expresión de un niño travieso. De Cock se ganaba a todo el mundo cuando sonreía, nunca fallaba.

—Mmm, se me ocurren muchas razones. Infidelidad por ejemplo.

Vledder asintió despacio y se probó la alianza. Le quedaba demasiado grande.

—Tiene que ser un hombre con dedos gruesos y con unas manos fuertes y grandes. —Miró a De Cock—, ¿Usted cree... que eh... puede ser motivo de asesinato?

De Cock puso caras de circunstancia.

—¿Tienes una teoría?

Vledder introdujo el anillo al bolso.

—Bueno, no —suspiró—. Pero pensaba. Alguien ha debido tener una razón, o ha debido pensar que tenía un motivo para matar a esa pobre chica. ¿Eso no es algo que se hace impulsivamente, verdad?

De Cock le miró pensativo.

—Por supuesto, hijo. Alguien tenía un motivo. Pero es demasiado pronto para preocuparse por eso. Todavía no sabemos lo suficiente. —Miró su reloj—. Venga vamos, ponte el abrigo. Son casi las nueve y no debemos hacer esperar al doctor Rusteloos.

Capítulo 3

De Cock subió hasta arriba las persianas de la sala de autopsias. La luz de la mañana todavía indecisa y débil se deslizaba lentamente por el alféizar hacia el interior. Avanzaba silenciosa pero constante contra la oscuridad de la noche que todavía se refugiaba por las esquinas de la habitación. El cadáver desnudo de la chica había sido preparado y yacía, cubierto bajo una sábana, sobre el bloque de mármol de bordes afilados de la mesa de necropsias. Un haz de luz fría e inhóspita lo enfocaba.

De Cock saludó al doctor Rusteloos.

—Lo siento.

El doctor contestó con una ligera inclinación de cabeza.

—Lo siento mucho —repitió De Cock más alto—, me hubiera gustado mantenerle al margen..., especialmente en estos días de Navidad.

Aquejado de una ligera sordera, el médico sonrió.

—No es culpa suya —dijo en tono conciliador—, rara vez podemos apartarnos de nuestro trabajo. Lo lamento sobre todo por mi esposa.

De Cock asintió con énfasis. Se acordó de su mujer, del regalo de Navidad que le había escondido por la casa. Era una bata con la que esperaba sorprenderla.

El doctor Rusteloos se ajustaba el largo delantal para empezar la autopsia. Su enfermero terminó de colocar los instrumentos de disección en orden. Pero De Cock, con la cabeza muy lejos de allí, pensaba en su casa y en el desayuno de Navidad, en el pato al horno y todos los demás platos especiales que su esposa había comprado y preparado. La boca se le hacía agua.

—¡Quédate aquí! Vledder. Tengo la seguridad de que el experto doctor hará su trabajo tan bien y tan rápido como pueda. Estaré de vuelta alrededor de las once y para entonces espero que ya haya acabado.

—¿Adónde va?

De Cock sonrió con cara de felicidad.

—Voy a casa con mi esposa, a felicitarle las Pascuas.

Desprevenido, Vledder intentó comprender la actitud de su mentor. Por lo que conocía de él, y a pesar de su amplia experiencia, sabía que no era muy aficionado a estar presente en éstas situaciones. Vledder, era consciente de que ya había cumplido su cupo con creces y entendía que ya era hora de que su generación de inspectores tomara el relevo. O al menos que colaboraran lo suficiente como para aligerar el trabajo a los veteranos. Sabía que De Cock estaba dispuesto a darles su apoyo, a que se beneficiaran de su experiencia, pero quería pasar ya a la retaguardia. Ya tenía el suficiente reconocimiento. No necesitaba más, no ambicionaba nada. Vledder le miraba intrigado mientras pensaba todo aquello.

Con cierta ansiedad y antes de que se moviese, le susurró:

—¿Volverá, verdad?

De Cock le miró sorprendido.

—Pues claro hijo. No tengo más remedio. Es mi deber.

Vledder se mordió el labio con gesto algo apesadumbrado intentando no infundir un sentimiento malinterpretado.

—Eh..., no se preocupe. Entenderé perfectamente que se ponga cómodo en casa con sus zapatillas y se quede allí el resto del día.

De Cock frunció el ceño como muestra de ofensa. Y espetó:

—¿Tienes algún problema con mi forma de llevar el caso?

Vledder inspiró profundamente y comenzó a hablar apesadumbrado.

—Créame De Cock, me hubiera gustado mantenerle al margen. No crea que he disfrutado interrumpiendo sus vacaciones. Ya sé que eran más que merecidas, de verdad que soy consciente de ello. Pero, es que no me siento aún preparado, me... me falta experiencia. No tengo suficiente seguridad. Yo...

De Cock relajó su cara con una sonrisa.

—Estás balbuceando como si fueras un colegial. Pues claro que voy a volver. ¡Relájate! No te voy a abandonar.

Vledder tragó saliva aliviado y le pidió que deseara a su mujer una Feliz Navidad de su parte.

A continuación, De Cock se despidió de todos y Vledder se acercó a la mesa donde el doctor Rusteloos ya había realizado la primera incisión.

Dos horas más tarde Vledder caminaba arriba y abajo delante del laboratorio de la policía. Hacía un rato que el doctor y su enfermero ya se habían marchado con una mezcla de sentimientos encontrados. Con semblante apesadumbrado Vledder esperaba la llegada inminente de su compañero.

La autopsia le había conmocionado. A pesar de no ser la primera vez que presenciaba a un forense ejercer su profesión, había vuelto a comprobar que no estaba preparado para afrontarlo. Todavía no. Ver al doctor Rusteloos maniobrando con el cadáver le había descompuesto. Sólo haciendo un esfuerzo ímprobo y gracias a su voluntad de hierro, superó varias arcadas y pudo aguantar hasta el final.

Respiró profundamente. El aire frío parecía reanimarle. Miró su reloj. Eran casi las once.

De Cock llegó a las once en punto. Aparcó, como siempre de cualquier manera, cerca del borde de la acera y abrió con agilidad la puerta del acompañante.

—Vamos, hijo, adelante.

Parecía recuperado. En su casa se había duchado y afeitado. Había comido un poco, y había admirado a su mujer con la nueva bata.

—¿Cómo ha ido todo?

—Como todas, terrible —gruñó Vledder.

De Cock le lanzó una bolsa de papel.

—Mi mujer me ha dado esto para ti. —Es un bizcocho típico de estas fechas.

Vledder puso cara de confusión.

—Lo siento De Cock, de verdad. Su mujer es muy amable, pero ahora no puedo probar bocado.

El viejo detective se encogió de hombros y pisó el acelerador.

—¿Qué explicaciones te ha dado el doctor sobre la causa de la muerte?

—Un caso claro de estrangulamiento. Seguramente con la bufanda.

—Bueno y ¿qué más?

Vledder le miró de reojo.

—Tenía usted razón.

—¿Sobre qué?

—Estaba embarazada.

De Cock resopló entre dientes.

—Vaya, vaya.

Vledder afirmó con la cabeza.

—El doctor le extrajo el feto. Habría sido un chico. —La desazón era palpable en su cara. Con un gesto de amargura se la ocultó entre las manos—. Fue desgarrador ver aquello. Hizo bien en no estar allí.

De Cock se movía entre el tráfico de una forma un poco brusca, provocando en Vledder una mayor tensión. Por fin, aparcó en una calleja.

—Por lo menos, tuvo un parto sin dolor —sentenció De Cock con un tono inexpresivo.

Vledder indignado se giró bruscamente hacia él descargando la adrenalina acumulada.

—¡¿Pero qué clase de comentario es ese?! ¡¿Cómo puede decir algo así?! A veces es usted demasiado cínico.

De Cock paró el motor.

—No pretendía ser cínico —contestó con calma—, solo constato un hecho. Todavía es demasiado pronto para saber algo del carácter de la pequeña Ellen. Pero sospecho que le aterraba el nacimiento de su hijo. —Hizo un gesto con la mano—. El pavor puede llegar a ser insoportable, hijo. Al menos ella, se libró de ese dolor.

Vledder apretaba sus labios con fiereza.

—¡Malditos asesinos! —gritó lleno de odio, dando puñetazos contra el salpicadero—. ¡Hijos de...! Deberían obligarles a presenciar la autopsia de sus víctimas como parte de la condena. Les obligaría a mirarla de cerca, a meter la nariz en lo más sangriento. Para que supieran bien, para que... —se quedó sin aliento—, entonces...

De Cock le dejó que durante unos minutos desahogara la furia que le embargaba.

Cuando estuvo más calmado, De Cock, prosiguió con las preguntas.

—¿Qué tamaño tenía el feto?

—Lo midió y tenía nueve centímetros.

—¡Nueve centímetros! —repitió De Cock—, nueve centímetros son...

De repente, Vledder miró absorto a su alrededor.

—Por cierto, ¿Qué hacemos aquí?

De Cock señaló a través del parabrisas.

—Es la calle Hudson, ¿Recuerdas la dirección del carné de identidad?

Vledder echó un vistazo a las monótonas fachadas de los edificios.

—¡Qué calle tan deprimente! —murmuró mientras caminaban hacia la casa—. Aquí no viviría ni loco, mire, ¡las cortinas! Todo el mundo nos observa.

—Ya tienen entretenimiento gratuito.

De Cock metió la mano en su bolsillo y sacó el manojo de llaves que había encontrado en el bolso. Probó una a una en la cerradura, bajo la atenta mirada de Vledder.

—¿Son las llaves de su bolso?

—Sí, claro, pensé que nos ayudarían.

Vledder no compartía demasiado los métodos de su mentor, pero en este caso, y siendo Navidad, no tenían tiempo de rellenar los correspondientes formularios para entrar en la casa de la chica.

Por fin una de las llaves encajó y De Cock empujó la puerta. Se toparon con una escalera estrecha que ascendía en una pendiente pronunciada. A modo de moqueta, cada peldaño se encontraba cubierto por una esterilla de coco sujetada por una barra transversal de latón brillante. Las paredes blancas estaban decoradas con láminas de vivos colores.

—¿A qué piso vamos? —preguntó Vledder.

—Empecemos por el más alto —contestó De Cock—. Estoy casi seguro de que será en el ático.

Poco a poco empezaron a subir los escalones apoyados en la barandilla. El viejo detective había engordado en los últimos años, y subir tantas escaleras le suponía un pequeño esfuerzo. A cada paso un leve crujido les iba acompañando.

Cuando llegaron al rellano del segundo piso, se abrió una puerta y una mujer se asomó a curiosear. Un fuerte olor a cerrado se coló por la escalera.

—¿Señores, dónde van ustedes?

—Señorita Vries, por favor.

La señora cruzó el umbral de la puerta y les indicó con el brazo hacia arriba.

—Sí, es en el último piso. ¿Quieren que les acompañe?

De Cock hizo un gesto di suasorio.

—No, no, gracias. Ya lo encontraremos nosotros.

No necesitaba a la vecina fisgona.

La mujer volvió a meterse en su casa decepcionada.

Vledder y De Cock siguieron subiendo hasta alcanzar el ático.

Observaron que se había dividido en cinco o seis pequeñas habitaciones de manera improvisada a base de celosías y madera contrachapada. En las puertas no había nombres.

Los policías miraron a su alrededor indecisos. No tenían ni idea de qué puerta podría ser y no querían alarmar a los vecinos. Afortunadamente descubrieron una puerta estrecha al final del pasillo que no habían visto en un primer momento. En la madera sin pintar, leyeron la palabra Vries escrita a lápiz.

De Cock de nuevo sacó el llavero y empezó a probar llaves. Enseguida se encontraron dentro de una fría y pequeña habitación sin calefacción.

La única iluminación provenía de un pequeño tragaluz situado entre las vigas del techo abuhardillado. A la derecha de la puerta había una cama individual con una estrecha estantería de libros y sobre ella, una foto enmarcada de Helena.

De Cock se sentó en el borde de la cama y analizó el pequeño cuarto. Había una silla de anea, un viejo radiador eléctrico, un tocador antiguo y una mesilla. Era una mezcla de mobiliario

desechado y obsoleto con algunos muebles recientes, modernos, probablemente reunidos por Helena a lo largo de su corta vida.

Vledder contempló asombrado la habitación.

—¡Así que aquí es donde vivía!

De Cock movió la cabeza despacio.

—Pues no es muy acogedor que digamos. ¿Qué habría traído a esta pobre chica a Ámsterdam? Seguro que vivía mucho mejor con sus padres. En fin, echemos un vistazo. Quizá encontremos algo que nos sirva. Notas, cartas, papeles... Cualquier cosa que pueda ayudarnos. Hay que buscar sobre todo direcciones.

Vledder empezó por el tocador.

Acababa de esparcir su contenido por el suelo cuando apareció una chica joven sin previo aviso. Perpleja miró a los dos hombres.

—Pe... pero... ¿Qué están haciendo? ¿Qué quieren? ¿Quiénes son ustedes?

De Cock seguía sentado en el borde de la cama. Se echo el sombrero ligeramente hacia atrás y observó detenidamente a la joven. Calculó que tendría unos veinticinco años.

Daba la imagen de ser una eficiente secretaria de dirección. No tanto por su físico, nada despreciable, sino por su porte elegante y decidido. Una mirada de asombro se reflejaba en su cara, en unos ojos brillantes, escondidos tras unas gafas de carey que le daban un aire de mujer liberada e independiente. De Cock le dirigió una de sus sonrisas más encantadoras.

—Ésas son tres preguntas —dijo con tono lacónico.

Se levantó despacio y se acercó a ella.

—Contestando primero a la última de ellas —añadió más amistoso—, le presento al Sr. Vledder. Y yo soy el Sr. De Cock. De Cock, terminado en CK. Somos detectives de la comisaría de Warmoes.

La chica miró a los dos hombres con más desconfianza si cabe.

—¿Detectives?

De Cock asintió.

—Sí, señorita, Inspectores de Policía.

Tardó unos segundos en asimilar la respuesta.

—¡Policía! ¡Policía! —se repetía a sí misma—. ¿Pero que pasa? ¿Qué buscan aquí?

De Cock hizo un gesto tranquilizador con las manos.

—Antes de contestar a las otras preguntas —dijo con tranquilidad—, me gustaría que nos dijese su nombre. ¿Con quién tenemos el placer de hablar?

Antes de responder, la chica se pasó la mano por su larga melena negra.

—Sí, claro —suspiró—. Es que estoy un poco sorprendida. No lo esperaba. —Volvió a suspirar—. Ellen es amiga mía, trabajamos en la misma oficina.

—¿Y su nombre es...?

—Femmy, señorita Femmy Weingarten. Vivo aquí, en este ático. Yo ayudé a Ellen a encontrar esta habitación.

—¿Cuánto tiempo vivió aquí Ellen?

De repente se paró y le miró fijamente. En su frente apareció una arruga profunda. De Cock se

dio cuenta de que había metido la pata. No había formulado correctamente la pregunta.

—¿Ha... dicho... vivió?

De Cock afirmó con la cabeza.

—Escuche con atención —le dijo con seriedad.

Ella se agarró la cabeza con las dos manos, en un gesto de desesperación.

—¿Qué es lo que ha pa... sa... pasado?

De Cock la agarró del brazo y la llevó despacio hasta la única silla.

En su mirada podía ver reflejado el terror.

—Ha muerto —dijo muy bajo—, Ellen ha muerto.

Capítulo 4

—Debemos hacerle una cuantas preguntas sobre la vida de Ellen. Tenemos que indagar sobre su pasado todo lo que nos sea posible con el fin de esclarecer cuanto antes la muerte de su amiga. Su ayuda nos resultaría muy útil.

Durante un rato, y con las gafas en su regazo, la chica lloró sin consuelo. De Cock cogió un pañuelo limpio de su bolsillo y le secó los lagrimones que le caían sin parar por la mejilla. Sin gafas la veía diferente, quizá más dócil, más agradable, no le daba la impresión de ser una chica tan independiente.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Anoche encontramos su cuerpo flotando en el canal.

—¿Ella se... tiró...?

De Cock no contestó. Se sentó frente a ella y le ofreció un cigarrillo. Con manos temblorosas lo aceptó con agrado.

—A parte de compartir habitación, ¿eran ustedes buenas amigas? —le preguntó mientras le daba fuego—. Me refiero a si compartían asuntos íntimos.

Le dio una profunda calada al cigarrillo y dejó que el humo se esparciera lentamente por la habitación. Pareció tranquilizarla. Aquella forma de fumar le llamó la atención a De Cock, parecía estudiado. Era una intuición, pero esa rutina calculada le desencajaba frente al resto de su comportamiento. Esto le llevó a preguntarse si ese acongojado llanto había sido real o si por el contrario...

Prosiguió indagando en su amistad.

—¿Podríamos decir, que hablaban abiertamente de sus asuntos?

—¡Oh!, sí —dijo, un poco indecisa—, bueno, sí, claro que hablábamos.

—Entonces, sí le contaba sus intimidades —concluyó.

Ella hizo un gesto impaciente.

—Sí, bueno, ya sabe —dijo, un poco irritada—, no éramos amigas *del alma*. Por supuesto, ella no me lo contaba todo. ¿Qué mujer lo hace?

De Cock sonrió a ese comentario. Tenía su propia opinión sobre eso, pero prefirió guardársela.

—¿Estaba prometida? ¿Se iba a casar pronto?

—Ya no. Eso se acabó. Aunque llevaba todavía puesta su alianza, eso no era nada más que para despistar. Sabía que había roto el compromiso.

—¿Cuándo?

—Ah, fue poco después de que empezara a trabajar en la oficina. Veamos, volvió de las vacaciones de verano el uno de septiembre. Pues más o menos, dos meses más tarde rompió de pronto el compromiso.

—¿Por algún motivo en particular?

Ella se encogió de hombros.

—No que yo sepa.

De Cock se inclinó hacia atrás.

—¿Pero seguía usando la alianza?

Ella asintió.

—Sí, ella nunca se la quitaba. Ayer mismo la llevaba. Solía decir que le protegía de fisgones. —Sonrió débilmente—. Ellen era el tipo de chica que los hombres encontraban atractiva.

—¿Y qué nos puede decir de su novio?

Ella negó con la cabeza.

—En realidad, nunca me lo presentó. Lo vi un día de lejos cuando la esperaba a la salida de la oficina. Era militar, llevaba su uniforme. Parecía un hombre fuerte. Me dijo que era el hijo de un mayorista de Gouda, de donde era ella también. Sus padres regentan allí una tienda de ultramarinos, bueno, realmente es un supermercado, y antes de que Ellen entrase en la oficina solía trabajar con ellos en la tienda.

De Cock la miró pensativo. Meditó la siguiente pregunta porque le pareció observar cierto cinismo en las respuestas que estaba recibiendo.

—¿Cómo encontró trabajo en su oficina? ¿Lo solicitó ella? ¿Había algún puesto vacante?

Por vez primera le notó una reacción sincera. Una leve vacilación involuntaria en su respuesta.

—Eso... eh, no lo sé. En realidad no sé. Nunca lo hablamos.

De Cock sabía que mentía.

—¿Hacía bien su trabajo? ¿Era trabajadora?

Sus labios formaron una sonrisa.

—Pues, bueno, eh... no realmente —dijo con regodeo en su voz—. Realmente, Ellen no sabía desenvolverse en el trabajo y a menudo tenía que ayudarle. No tenía ninguna experiencia en el trabajo de administrativo.

—Pero, en cambio, seguía trabajando allí.

De nuevo titubeó.

—Sí.

—Aunque su incompetencia me imagino que sería evidente para más gente.

—Sí.

Él la miró fijamente.

—¿Y entonces?

Ella evitó su mirada.

De Cock se restregó la cara con una mano. No le gustaban las reacciones de Femmy Weingarten. Era casi como hablarle a una pared. Se refugiaba detrás de los muros de una fortaleza. Estaba permanentemente alerta. Asustada por si decía algo de más o alguna cosa equivocada. Tenía miedo de decir algo que a toda costa quería ocultar. Sin duda ocultaba algo de lo que no quería hablar.

De Cock suspiró en señal de impaciencia.

—Aparte de su novio, ¿sabe si tenía relaciones con algún otro hombre?

—No sé —contestó malhumorada—. Además eso no es de mi incumbencia.

—Vamos, venga, después de todo, era su amiga. ¿Invitó alguna vez algún hombre, aquí?

—No, la casera no lo permite.

—Pero, ¿pasaba alguna noche fuera?

Se movió inquieta en la silla, colocándose nerviosa la falda, sin contestar.
—Señorita Weingarten —dijo De Cock en un tono amable—, le he hecho una pregunta.
Ella movió la cabeza de arriba abajo, despacio.
—Le he oído —dijo en tono calmado.
—¿Y bien?
—A veces... no venía a casa por la noche.
—Y en esos casos, ¿dónde pasaba la noche?
Ella se encogió de hombros, suspirando profundamente.
—Eso no lo sé. Alguna vez, intenté entre bromas sonsacarle algo, pero...
—¿Y...?
—Siempre eludía la respuesta y sonreía en plan misterioso. Nunca me dijo nada.
—¿Pero seguro que tenía alguna sospecha, no es cierto?
Sacó una toallita del bolsillo de su falda y se puso a limpiar sus gafas. Obviamente quería pensar su respuesta.
—No... eh, no tengo ni idea de donde iba.
De Cock escuchó con atención la inflexión en el tono de voz. Una vibración leve le puso en alerta. No sabía todavía a qué se debía, pero lo averiguaría.
—¿Ni idea? —le repitió.
—No... no.
La observó con detenimiento durante unos segundos con la mano bajo la barbilla. Sabe algo sobre aquellas noches, pensó. Por supuesto que lo sabe. Cuando no dormía aquí, cuando no la encontraba en su cuarto, la cama sin deshacer, sabía perfectamente donde había pasado la noche. Cerró los ojos. ¿Por qué, se preguntaba, no querrá decirme el nombre?
Se levantó lentamente de la silla.
—¿En qué oficina trabaja usted?
—Trabajo desde hace cinco años en Dolman & Fleet en el canal Keizers.
Caminando lentamente y arrastrando los pies alrededor del cuarto De Cock se situó en diagonal detrás de la chica con el fin de estudiar su reacción.
—¿Sabía —le preguntó despreocupadamente—, que estaba embarazada?
El cuerpo de la chica se estremeció y se giró violentamente hasta encontrar su mirada. Había confusión en ella.
—¿Embarazada?
—Sí, Señorita Weingarten, Ellen estaba embarazada.
Se puso las manos sobre los ojos y empezó a sollozar. De Cock dejó que se desahogara un momento y le preguntó:
—¿De verdad que no lo sabía?
Ella lo negó con la cabeza.
—No, no lo sabía. Pobrecilla. Últimamente se sentía indispuesta con mucha facilidad. Tenía muy mala cara, pero nunca se me ocurrió... Nunca pensé que... ¿embarazada? —le miró con ojos vidriosos—, ¿pero quién...?
Las cejas de De Cock se replegaron.

—¿No lo sabe? ¿Realmente no lo sabe?

Ella percibió el tono amenazante de su pregunta. Frunció los párpados y de nuevo se puso alerta.

—¿Cómo lo iba a saber? —preguntó con un tono desafiante—. No me invitaba a curiosear cada noche que...

—No —admitió—, no parece que fuera muy normal. Pero, pensé que podría ayudarme, después de todo, usted era su amiga, vivían juntas.

Femmy ya no parecía estar escuchando. Miraba al vacío con los labios apretados.

—¡Cabrones! —gritó de repente—. ¡Cabrones! Después de dejarla... todos los hombres son unos cabrones.

Pobre chica, no supo como afrontar esa situación. La dejaron que ella, como siempre, sola...

De Cock la interrumpió.

—Hábleme de ayer, ¿fue a la oficina?

Se limpió los ojos con la manga de su jersey y afirmó con la cabeza.

—Hasta la una. Ayer trabajamos hasta esa hora por ser Nochebuena.

—¿Se marcharon juntas?

—No, ella tenía que ir primero a la estación a comprarse el billete para Gouda. Quería sacárselo con tiempo. A última hora siempre hay mucha cola. Iba a pasar las Navidades con sus padres.

—¿Volvió a casa después de la estación?

—Sí, y preparó la maleta.

—¿A qué hora se marchó?

—Hacia las seis.

—¿Con la maleta?

—Sí.

—¿Se fue directamente a la estación?

—No, había quedado con alguien.

—¿Una cita?

—Sí.

—¿Con quién?

—No estoy segura. Sé que tenía que hacer una parada antes de coger el tren. Creo que había quedado con su novio.

—Pero ¿no lo habían dejado?

—Sí, pero de vez en cuando se veían. La solía llamar a la oficina. Ayer, por ejemplo. Bueno, es que yo me siento justo en frente de ella y sin querer te enteras de cosas.

—Así que quedaron esa tarde.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Eso fue lo que me pareció entender.

—¿Por qué? —quiero decir—, ¿para que habían quedado?

—Creo que él quería hablar con ella.

—¿Cómo fue la conversación?

—Me pareció cordial. Ella se rió varias veces. Sería por algo que él decía. Yo naturalmente no le podía oír a él.

De Cock se acercó al tragaluz y observó los edificios sombríos del otro lado de la calle. Los engranajes de su cerebro trabajaban a fondo, pero no conseguía establecer una conexión, necesitaba una pista por donde empezar a enfocar el caso. Todo permanecía difuso.

Sin prisa se giró y miró de nuevo a Femmy. Se había vuelto a poner las gafas. Ya no había rastro de lágrimas salvo por el rímel pegado cerca de la ceja izquierda. Estaba sosegada, esperando con las manos apoyadas sobre su falda. Se fijó en la ropa. Jersey de cuello alto, falda recta, medias negras y zapatos cómodos. Todo muy sobrio y respetable, demasiado respetable para una mujer tan joven.

Qué raro, pensó. Difícil de clasificar. No acababa de captarla. Intuía que ella ocultaba algo, ¿pero qué? ¿Tenía algo que ver con Ellen, o no?

—¿Está usted casada? —le preguntó dubitativo.

—No, soy soltera.

—Eh... ¿Tiene usted...?

—¿Se refiere a algún amigo? —Con un movimiento brusco echó la cabeza hacia atrás. Su melena negra se movió agitada.

Los hombres —dijo con tono despectivo—, los hombres son un incordio; son arrogantes, soberbios, orgullosos, vagos. Los hombres son generosos mientras accedas a sus caprichos. Pero no les pidas nada más —sonrió—, enseguida te largan.

De Cock la observó durante un tiempo. Su reacción airada no le había sorprendido. Más o menos la esperaba.

—¿Cuántos años tiene su hijo ahora?

Su pregunta fue como un disparo en medio de la oscuridad, pero era la conclusión lógica después de haber visto su reacción. Vio como aparecía un tic en la comisura de sus labios y comprendió que había dado en el blanco.

—Mi pequeño Hans —dijo—, Hansie, tiene dos años. —Empezó a retorcer el final de su jersey—. Soy madre soltera. A mí... también me dejaron en la estacada. Por eso puedo comprender hasta que punto Ellen debía estar pasándolo mal. ¡Los hombres son unos cabrones! ¡Créame, todos los hombres son unos cerdos!

De Cock se rascó la nuca. No era la primera vez que escuchaba una crítica apasionada hacia su sexo. Se había encontrado con muchas mujeres llenas de resentimiento hacia los hombres. Generalmente con mucho fundamento.

—Yo intenté advertirle —continuó—. Le conté lo que me había pasado. Le aconsejé que tuviera cuidado. —Se encogió de hombros con un gesto descuidado—. Pero está claro que no quiso escucharme.

De Cock sonrió amargamente.

—¿Usted escuchó en su momento? —le susurró—. Ya sabe, nadie escarmienta en cabeza ajena.

Se volvió a sentar frente a ella.

—¿Dónde está el pequeño Hansie ahora?

Ella suspiró.

—Con mis padres en Hoorn. No puedo tenerlo aquí. Él es demasiado pequeño todavía. Además... tengo que trabajar.

Hubo un momento de silencio. De Cock miró a Vledder que había seguido con la investigación de los objetos del cuarto. Ya lo había revisado todo y esperaba apoyado contra la pared.

Femmy miraba pensativa, perdida en la lejanía.

—Pobre Ellen —suspiró—, estaba deseando que llegara Navidad. Me había contado sus planes en Gouda. Le gustaba dar largos paseos con sus hermanos pequeños. Iban a visitar a su tía ya mayor que vivía en un pueblo donde había pasado temporadas de pequeña. Iba a...

Se calló de pronto. Su cara expresaba frustración, como si repentinamente hubiera caído en la cuenta de un pensamiento, un pensamiento horrible, que poco a poco tomaba forma en su cabeza. Confusa, miró hacia arriba.

—Ellen... —dijo temblorosa—, Ellen no es ese tipo. Ella nunca dio ninguna señal, quiero decir... es que parece increíble. Nunca habló de suicidio.

De Cock suspiró.

—¿Pero quién —le preguntó con delicadeza—, ha hablado de suicidio?

Sus ojos se agrandaron aterrados.

—¿Entonces ha sido...?

De Cock movió la cabeza de lado a lado.

—Ellen ha sido asesinada.

Capítulo 5

Recostado en su silla, con los talones sobre la mesa de su escritorio, De Cock se peinaba el pelo con sus gruesos dedos, mientras meditaba el transcurrir de la investigación.

—No sé —dijo irritado—, hay algo que no encaja de la compañera de piso de Ellen. Su actitud fue demasiado hermética, pero sobre todo se puso muy tensa en cuanto le pregunté por las relaciones de Ellen con los hombres.

—¿Quizá a Ellen no le iban ese tipo de relaciones?

De Cock se rió.

—¡Oh, vamos! Simplemente piensa en el novio que tenía y las noches que pasaba fuera. Hubo otros hombres que desempeñaron un papel en la vida de Ellen aparte del novio. Y Femmy sabe más de lo que ha contado. Cuando le dije que había sido asesinada, tuve la sensación de que su pensamiento se centraba en una persona, como si *supiera* quién lo había hecho.

Vledder se encogió de hombros.

—Yo no noté nada en particular. Estaba aturdida y dolida. ¿Pero qué esperaba? Fue una reacción normal. No eran amigas del alma, pero después de todo estaban compartiendo un mismo techo.

—Quizá —dijo tras una pausa mirando fijamente sus uñas—, puede ser mi imaginación. Las mujeres son difíciles, por no decir imposibles de interpretar. Pero es que, sabes, tengo un gran respeto por la intuición femenina. Pueden llegar a las conclusiones más acertadas con los indicios más insignificantes. Son mucho más perceptivas que nosotros. Además Femmy juega con la ventaja de que ella conoció a Ellen en vida. Nosotros, como es obvio, partimos de un cadáver y esa es una gran desventaja a la hora de investigar. Casi siempre es el cadáver de un o una desconocida. Dependemos absolutamente de la información que otros nos den del muerto y, nunca es del todo objetiva. Para empezar, ¿qué sabemos de Ellen? Hemos visto su cadáver. Era una chica guapa, al menos por fuera. El doctor Rusteloos podría añadir que sus órganos estaban también bien, muy bien. Pero aparte de eso...

El sonido del teléfono interrumpió su discurso. Vledder descolgó el auricular y al cabo de unos segundos se dirigió a De Cock, con cara de sorpresa, tapando el micrófono:

—Es el sargento —parecía sorprendido—. Tom Weick está abajo escoltado por la Policía Militar.

—Diles que suban.

Vledder lo hizo y colgó el teléfono.

—¿Cómo habrá llegado Tom Weick hasta aquí? —se preguntaba Vledder, mientras De Cock sonreía con malicia.

—Esta mañana mientras estabas en la autopsia, he llamado a la Policía Militar y he pedido que le traigan. Muy simple. Una cuestión de organización. También lo organicé para que trajeran a nuestro amigo Hofman de Alkmaar. Supongo que aparecerá a lo largo de la tarde. Tengo curiosidad por saber como va a explicar la presencia de su cartera en el bolso de Ellen.

Vledder movió la cabeza decepcionado.

—Debía haber pensado en ello —dijo murmurando para sí mismo—, se supone que éste es mi caso.

—Tampoco te rompas la cabeza —señaló De Cock en tono paternal—. Ya aprenderás con nuevos casos. Tienes que madurar y como todos los que llevamos años dedicados a éste oficio, protegerte con una coraza.

Vledder suspiró.

—Para usted es fácil decirlo. Su trabajo ya es sólo rutina. Pero es que cuando descubrí que esa pobre chica había sido estrangulada me pareció increíble. Todavía me cuesta creerlo. Luego la autopsia. Tendrá que disculparme si no estoy a la altura de las circunstancias, pero es que no puedo concentrarme con claridad después de eso. La chica me obsesiona.

Algo cansado, De Cock quitó las piernas de su mesa y se levantó. Miró con calma a Vledder y se metió las manos en los bolsillos. Su gesto inexpresivo empezó a inquietar a Vledder. Notó como la comisura de sus labios se movía sin poder evitarlo. La mirada de De Cock le empezaba a resultar inquietante.

—¡Ya!, ¡ya! —empezó a gritar alterado—, ya sé lo que va a decirme. ¡Lo sé! No puedo pensar en todo. Yo no. No soy una máquina.

Las cejas de De Cock vibraron peligrosamente, y se erizaron.

—¿Y yo sí? —respondió bruscamente—. Escucha con atención lo que tengo que decirte, amigo mío. No pretendas hacerte médico si te desmayas al ver sangre. En otras palabras, si vas a llorar cada vez que veas un cadáver, no sirves para ser policía. En alguna parte hay un tipo que ha matado a Ellen, que la ha estrangulado. Y anda libre por ahí. ¡En eso tienes que concentrar tus energías! Deja los lamentos para otro momento, y si de verdad quieres atraparlo tendrás que esforzarte al máximo.

Llamaron a la puerta.

De Cock cruzó su despacho con paso firme y abrió la puerta. Aparecieron dos hombres corpulentos vestidos de policía militar custodiando a otro joven uniformado, sin distintivo ni insignia que indicaran su rango.

—Le encontramos en su cuartel y lo trajimos de inmediato. ¿Necesita que lo pongamos por escrito?

De Cock hizo un gesto amistoso.

—Por el momento no. Gracias de todos modos. Yo me ocuparé a partir de ahora del joven.

Los policías militares saludaron, dieron media vuelta y se alejaron con paso marcial.

De Cock se paró unos segundos frente al joven observando en especial su cara y sus manos. Tras sacar una primera impresión le estrechó su mano.

—Mi nombre es De Cock —dijo en tono distendido—. De Cock, terminado en CK. Y usted es Tom Weick, ¿no es así?

El joven movió la cabeza afirmativamente.

—Bien, bien. Encantado de conocerle, Tom. Adelante.

Le indicó la silla junto a su mesa.

—Por favor, siéntese y póngase cómodo.

Con cierto recelo el joven tomó asiento sin quitarle la mirada a ninguno de ellos. Con cara de asombro, manoseaba nervioso los bordes de su gorra, colocada sobre sus piernas.

De Cock se inclinó hacia él y puso su cara tan cerca como para verse reflejado en los ojos azules del chico. Notó una vena azul en la frente que le latía con ritmo acelerado.

—No tiene nada que temer —susurró De Cock—. Sólo tiene que decirnos la verdad. Nada más que eso. Es inútil que nos mienta, terminaremos por saberla nos la cuente usted o no. La investigación está ya muy avanzada.

—Pe... pe... pero —tartamudeó el joven—, yo...

De Cock se enderezó y señaló a Vledder.

—Mi colega Vledder quiere hacerle unas preguntas.

Sin mediar más palabra, se dio la vuelta, anduvo hacia la ventana y miró hacia fuera dándole la espalda. La presencia del joven parecía inspirar poco más que indiferencia en el viejo detective.

Vledder en silencio intentaba buscar una razón al pronto de su mentor. Esto nunca había ocurrido antes. De Cock siempre dirigía los interrogatorios. Nunca delegaba en nadie. Él siempre llevaba la iniciativa. Con asombro miró la espalda de De Cock. Su silueta se enmarcaba con nitidez por la luz gris que entraba por la ventana. Entonces comprendió la estrategia del viejo policía, quería obligarle a centrarse en la investigación, a concentrar sus esfuerzos al máximo.

Con cierta desconfianza, Vledder se sentó en la silla de De Cock y miró al soldado. No sabía muy bien como empezar. ¿Qué preguntas tenía qué hacer? ¿Estaba tratando con el asesino? ¿Habría estrangulado a su novia? ¿Qué motivos podría tener? Notaba como se le perlaba la frente y le picaba. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo pasó por la cara.

—¿Dónde? —empezó—, ¿dónde estuvo usted anoche después de las seis?

Tom Weick estudió la cara de Vledder.

—No entiendo que es lo que quieren de mí, ¿Qué hago aquí? Sin que nadie me dé ninguna explicación, me sacan de mi litera y me traen hasta aquí. ¿Qué quiere decir todo esto?

Vledder le observaba a la vez que el joven continuó:

—Yo no he hecho nada.

—Eso ya lo veremos —puntualizó Vledder.

El joven se movía inquieto en su silla.

—Ya veremos —repitió irritado—, pero ya veremos ¿el qué? Sé perfectamente que no he hecho nada malo. Vledder se inclinó hacia delante.

—Se lo vuelvo a repetir, ¿Dónde estuvo anoche después de las seis?

El joven gesticuló desesperado.

—Pues en el cuartel, ¿dónde si no?

Vledder se encogió de hombros.

—¿No le dieron un pase para salir?

—No son tan generosos.

—¿Está prometido con alguna chica?

—Lo estaba.

—¿Con quién?

—Ellen, Ellen Vries.

—¿Cuánto tiempo duró su noviazgo?

—Unos meses.

—Y ¿en ese tiempo tuvo... eh... relación carnal?

El joven le miró perplejo.

—¿Cómo? ¡¿Pero qué está diciendo?!

Vledder tragó saliva algo avergonzado.

—No he dicho nada ofensivo —continuó hablando más alto de lo que hubiese deseado—. Así aparece en la ley y también en la Biblia.

El joven seguía mirándole fijamente, perplejo ante semejante pregunta.

Vledder se mordió el labio inferior. Sabía que era un tema delicado, pero imprescindible para su investigación.

—No lo pregunto —en tono de disculpa—, por curiosidad lasciva. Lo pregunto porque tengo que saberlo, necesito saberlo. ¿Tuvo relación carnal, sí o no?

El soldado afirmó con la cabeza.

—Sí —susurró en voz baja—, pero de modo esporádico.

Vledder volvió a tragar.

—¿Y usaba condón en aquellas ocasiones? ... eh... preservativos, gomas o como quiera que lo llamen ahora.

Tom movió la cabeza.

—No, simplemente lo hacíamos.

—¿Nunca hubo consecuencias?

—¿Qué quiere decir?

Vledder suspiró.

—Que si se quedó embarazada.

—¿Embarazada?

—Sí, ¿sabe si estaba esperando un hijo?

El joven lanzó una risa burlona, de incredulidad.

—No —contestó—, no que yo sepa. Nunca me dijo nada, nunca. —Volvió a sonreír—. ¡Un hijo! La idea le pareció extraña, pero no le desagradó.

Vledder le miró durante un tiempo pero no conseguía captar del todo al joven soldado. ¿Estaba actuando? ¿Realmente ignoraba que Ellen estuviera embarazada? Parecía obvio que habría sido el primero en saberlo. Se lo habría contado a él antes que a nadie.

—Así que ella rompió el compromiso.

—Sí.

—¿Cuándo?

—En cuanto volví de La Courtine.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Todo el mes de octubre.

—¿Qué motivo tuvo?

—No lo sé. No quiso seguir.

—¿Qué pensó usted?

—¿Qué que pensé? Pues me quedé muy triste. Estuve muy mal muchos días. Luego me puse furioso. Ella no tenía derecho... no había ninguna razón... Yo...

Se paró de pronto. Como si algo hubiese cambiado de repente. Miró a Vledder con el ceño fruncido.

—¿Por qué? ¿Por qué me hacen estas preguntas? ¿Qué les importa mi vida privada? No tienen derecho a hacerme esas preguntas. Son asuntos personales. No es de su incumbencia.

Vledder suspiró.

—¿Cuándo vio a Ellen por última vez?

El soldado alterado, se puso en pie. Todavía con gesto de furia gritó:

—¡No voy a contestar a más preguntas hasta que me digan a que viene todo esto!

—Ellen ha sido asesinada —dijo Vledder en tono suave y voz calmada.

Tom Weick palideció. Abrió la boca sin poder decir nada, y lentamente se sentó en su silla como si le hubieran pegado un golpe.

—¿A... ase... asesinada? —dijo con voz entrecortada. Parecía incapaz de asimilar la noticia—. ¿Ellen asesinada?

Vledder se levantó.

—Sí. Ellen ha sido asesinada.

Alargó el brazo hacia el soldado y a continuación le espetó con tono acusador:

—Y eso pesará sobre su conciencia. Estaba enfadado porqué rompió el compromiso. Anoche quedó con ella con el fin de obligarla a reanudar el noviazgo. Cuando se negó, se enfureció, la agarró y la estranguló. —Su voz sonó áspera. Parecía que creía lo que estaba diciendo.

Tom Weick le miraba todavía impresionado. Parecía asustado y desesperado. Movió su cabeza enloquecido.

—¡No! —gritó—, ¡no! No es verdad. Yo no he matado a Ellen, no podría, la quería.

Vledder se puso rojo de ira. Adoptó una expresión de desprecio.

—¡Sí! —chilló—. La estranguló y tiró su cuerpo al canal.

El joven se levantó de golpe tirando su silla contra el suelo.

—Eso es mentira —gruñó—. ¿Yo... matar a Ellen? ¡Está loco, se han vuelto locos!

Vledder no pudo controlarse más. Le hervía la sangre. Desde el otro lado de la mesa agarró al soldado por la pechera de su uniforme.

—Sí —espetó al soldado—. Con esos dedos enormes le apretó la bufanda alrededor de su cuello. Yo he visto las marcas. ¡Cabrón!

La visión de la chica muerta dominaba su pensamiento. En medio de su furia incontrolada arrastró al joven por la mesa. Sus manos temblaban por el esfuerzo. Toda su tensión, todos los sentimientos de furia y frustración ante la cobardía del asesinato se desataron sin control. Se dejó llevar por la ira, convencido de que estaba ante el asesino. Era capaz de matarlo allí mismo, sin remordimientos, sin compasión.

—¡Vledder!

Dando rápidas zancadas, De Cock se acercó desde la ventana. Había escuchado atento el interrogatorio, y si cabe aún más la entonación de cada cambio imperceptible de las voces. Sabía interpretar las emociones, la fragilidad humana y conocía bien los riesgos de un interrogatorio

descontrolado.

—Suéltale —bramó—, y sal de aquí. —Sus ojos brillaban peligrosamente, con furia.

Vledder se paró de repente, indeciso. Miró a su oponente.

—Lo siento —murmuró abatido, saliendo cabizbajo de la sala de detectives.

De Cock le vio marcharse y suspiró. Apreciaba al chico. Veía en él a su posible sucesor, pero a veces, dudaba de la elección. Demasiado emotivo, demasiado pasional.

Lentamente se giró hacia el soldado, todavía aturdido por todo lo ocurrido.

—Le advertí, le dije que dijera la verdad.

Se acercó al pequeño lavabo y le sirvió un vaso de agua.

—Tome —le consoló—, beba agua y arréglese el uniforme. Lo lleva un poco arrugado.

De Cock se sentó en frente de él y esperó hasta que el soldado se recuperara más o menos.

No tardó demasiado. Enseguida el color volvió a sus mejillas. Respiró profundamente varias veces y se estiró la camisa. De Cock observó la cara del soldado. Tom Weick era un hombre de un buen porte. Tenía unos rasgos más que correctos, pelo rubio y unos chispeantes ojos azules. Ellen y él habrían hecho una buena pareja. Pero ahora Ellen estaba muerta.

—¿Por qué no ha contado la verdad?

De Cock se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa.

—Acérquese —le indicó cordialmente—. Quiero decirle algo en confianza. No me desagrada. A Vledder tampoco le desagrada. Todavía es demasiado joven, como usted. Y la gente joven, a veces, pierde el control. Es necesario templar los nervios, pero eso se aprende con los años.

Tom arrastró su silla acercándose más a la mesa. La cara afable llena de arrugas que tenía enfrente le invitaba a confiar y a dejar a un lado suspicacias.

—¿Por qué no ha contado la verdad? —le dijo en tono paternal—. Empezó mintiendo. No estuvo anoche en su cuartel, por lo menos no toda la noche.

El joven agachó la cabeza.

—¿Está muerta Ellen?

De Cock asintió con la cabeza.

—La encontramos flotando en un canal.

A Tom se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No lo entiendo —dijo moviendo la cabeza—. Ella era... era... ¿Quién pudo hacer algo así? —se frotó los ojos con la mano—. ¿Podría verla una última vez?

—No solemos hacerlo y no es muy agradable de ver. Pero podría arreglarlo si de verdad insiste.

El joven suspiró.

—Sí, por favor, si es tan amable... A mí...

—¿Sí?

El joven soldado tragó saliva.

—Verá, yo quería mucho a Ellen. La quería de verdad. Ella rompió nuestro compromiso, pero nunca creí que sería definitivo. Ella sabía que yo estaba loco por... A veces ella bromeaba con eso.

—¿Y romper un noviazgo no es una broma un poco pesada?

—Sí, es verdad. Pero es que... verá, fue algo que hizo sin pensar. Ella conoció al señor Dolman

el verano pasado. O mejor dicho, ya le conocía desde hacía algún tiempo. Él y su familia pasan sus vacaciones en Gouda todos los años. Alquilan una villa y Ellen solía llevarles la compra. Sus padres tienen un pequeño supermercado en esa ciudad.

—Un supermercado.

—Sí, bueno, eso es una cosa bastante reciente. Siempre tuvieron una pequeña tienda de ultramarinos. Pero el año pasado empezaron a ampliar el negocio. Mi padre y el viejo Vries, el padre de Ellen, llevan haciendo negocios muchos años. Nosotros importamos café, té, especias, lo que sea. Yo solía servírselo. Así fue como conocí a Ellen.

—Ha hablado de hacer algo sin pensar.

Tom suspiró.

—Sí, podría llamarse así. El verano pasado se empeñó en venir a Ámsterdam a trabajar. Ese Dolman le había calentado la cabeza. Tiene un negocio en el canal Keizers y le prometió un trabajo en su oficina.

—¿No le gustó la idea?

—No, para nada. Hubiera preferido que se quedara en Gouda. Una chica sola en medio de una gran ciudad no es bueno. Se lo dije, pero ella se rió de mí y me preguntaba de qué tenía miedo. Ya se lo he dicho, le gustaba bromear conmigo.

—Así que ella se marchó.

—Sí, empezó el septiembre pasado. Bueno, yo no tuve más remedio que hacerme a la idea. Nos íbamos a casar el año que viene de todos modos, en cuanto yo terminase el servicio militar. En octubre, mi unidad fue destinada a La Courtine, en Francia, para unas maniobras. —Sonrió con amargura—. No llevaba allí, más que un par de semanas cuando recibí una carta de "lo siento mucho", pero se acabó nuestro noviazgo. Sin más.

—¿Sin previo aviso?

—Sí, así de repente. Y no había cambiado nada.

—Dígame otra vez, ¿cuánto tiempo estuvo en la Courtine?

—Todo el mes de octubre.

—Ya sabe que podría comprobarlo, Tom.

El chico le miró sorprendido.

—Lo sé. Es fácil.

De Cock asentía pensativo.

—Y anoche intentó arreglarlo con Ellen. —Era más una afirmación que una pregunta.

El joven se acomodó en su silla.

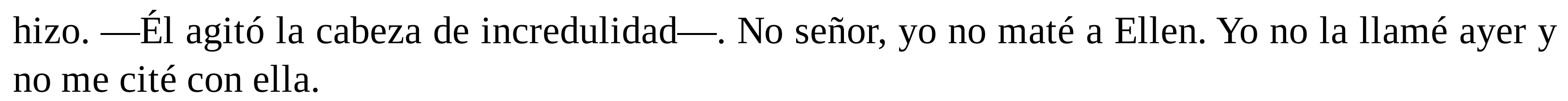
—¿Cree que la maté yo?

De Cock ignoró la pregunta. Esa habilidad podía resultar irritante a veces. Mucha gente pensaba que De Cock era capaz de desconectar completamente. Él no reaccionaba, como si realmente no hubiese visto ni oído nada.

—Ayer la llamó a su oficina —siguió hablando De Cock como si no le hubieran preguntado nada—. Se citó con ella. ¿Se vieron?

Tom cambió la expresión de su cara.

—Sospecha de mí —contestó con amargura—. Usted cree que yo maté a Ellen por lo que me



hizo. —Él agitó la cabeza de incredulidad—. No señor, yo no maté a Ellen. Yo no la llamé ayer y no me cité con ella.

De Cock suspiró.

—Tom, Tom así no llegaremos a ninguna parte —dijo con resignación. Luego cambió el tono y se dirigió a él con autoridad militar—. Póngase en pie y vacíe sus bolsillos.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

A regañadientes, el joven se puso en pie y poco a poco empezó a vaciar sus bolsillos. Lo depositó todo sobre la mesa: un peine, un pañuelo, un pequeño cuaderno de notas, algo de cambio. Lo puso todo frente a De Cock.

—¿Es eso todo?

—Sí.

De Cock le miró fijamente.

—Tom, hijo —le dijo en un tono amistoso—, ¿no querrá que le registre yo? Sé que lo lleva consigo. Ella lo tenía anoche.

—No sé a que se refiere.

Fue un intento vano. Una pobre excusa.

De Cock se encogió de hombros.

—Usted lo ha querido —dijo levantándose de su silla.

El joven le miró un momento y luego se sacó el anillo del bolsillo de su camisa y se lo lanzó a De Cock.

El viejo detective lo atrapó y leyó la inscripción: Tom, 1 mayo, 19...

Capítulo 6

—¿Lo ha comprendido bien?

—Sí, señor De Cock.

—Ni una palabra sobre lo que hemos hablado ni de que ha estado aquí conmigo.

—Sí, señor De Cock, todo será idea mía.

—Eso es. Oyó decir a la policía que Ellen ha sido asesinada. Eso es todo. Entonces decidió investigar por su cuenta.

Tom Weick asintió.

—Haré lo que pueda. En cuanto sepa algo le llamo.

—Muy bien, muy bien. Pues empiece cuanto antes.

Tom cerró la puerta y De Cock se volvió a su escritorio en busca del teléfono para llamar e informar al sargento.

—Hay un soldado que está a punto de salir por la puerta. Ya sabes, el que trajo la policía militar. Quiero que le proporcionéis una escolta. Él les indicará donde tienen que llevarlo y cuando lo haga que le dejen bajar del coche sin seguirle.

—¿Algo más?

—Eso es todo. ¡Ah!, no creo que sea necesario que aparezca en el registro. Por ahora sólo es un testigo.

—Yo me ocupo de eso.

—Y si ve a Vledder, mándamelo.

Con gesto cansino, volvió a colocar el auricular en su sitio y empezó a deambular de un lado a otro por la sala de detectives. Se paró delante de la ventana, con las piernas separadas, balanceándose despacio sobre los talones, en su postura habitual.

Miró hacia la masa de tejados con sus gabletes típicos más allá de la vieja calle Warmoes. Conocía la vista muy bien, a cada hora del día, a cada hora de la semana y de todas las estaciones del año. ¿Cuántas horas habría pasado aquí, perdido en sus pensamientos, intentando desentrañar los entresijos de las miserias humanas? Su cabello se había cubierto de canas, y las arrugas de su cara se habían hecho más profundas con el paso de los años. No lo pensaba con amargura, sino con calma y sobriedad, tal y como él enfocaba todos los aspectos de la vida.

Había ejercido como policía durante más de veinte años, haciendo cumplir una ley en la que no creía demasiado. No se sentía trabajador al servicio de esa ley sino más bien al servicio de sus congéneres, una versión sencilla de "amar al prójimo" sin florituras. Nunca lo había analizado de forma consciente, simplemente lo había vivido de esa manera, porque tendía a verse reflejado en alguna medida en cada persona que conocía. Él veía pocas diferencias entre un asesino, un ladrón y él mismo. La diferencia, pensaba él, era despreciable. Todos eran personas con todo lo que conlleva. Pero algunos no eran capaces de controlarse. Ésa era la única diferencia. Por eso estaba él allí, para buscar a esos incontrolables, mientras su mujer barría su casa y cocinaba pato y conejo asado, que tan trabajoso es de preparar, pero se lo preparaba con agrado sólo porque a él le gustaba ese plato.

Vledder entró enloquecido en el despacho.

—¡Dejó que se marchara! ¿Ha dejado que se fuera?

De Cock se dio la vuelta despacio para mirarle.

—Sí —dijo tranquilamente—, he dejado que se marchara.

Vledder le miró escandalizado.

—Pe... pero... —articuló con torpeza—, pero ¿si estuvo con ella la noche del crimen? anoche. Femmy nos lo dijo.

De Cock movió la cabeza afirmativamente.

—En efecto, quedaron anoche a las siete en el vestíbulo de la Estación Central. Él lo ha reconocido. Fueron al restaurante del primer andén. Allí hablaron. Tuvieron una conversación agitada, regada con muchas tazas de café. Ellen le dijo que no pensaba cambiar de idea, nunca volverían a ser novios. También le dijo que pasara lo que pasara siempre le querría. Fue una escena algo dramática. Se despidieron alrededor de las nueve.

—¿Y se lo ha creído?

—¿El qué?

—Que se despidieron a las nueve.

—¿Por qué no?

—Pero... —gritó Vledder completamente desconcertado—. ¡Si Tom fue la última persona que la vio con vida! Pudo ser su asesino. Seguramente su historia no se puede corroborar. Tanto el Canal Heren como el Brouwers están cerca de la estación, a cinco minutos andando como mucho. Pudieron ir hasta allí paseando. Además tiene un motivo y admite que discutieron.

—Tienes razón —contestó De Cock con calma—, Tom pudo matar a su novia. Tuvo tiempo y no volvió al cuartel hasta pasada la media noche.

—¡¿Pero ha dejado qué se marchara?! —señaló Vledder alterado, fuera de sí.

De Cock se desplomó en su silla y bostezó. Se encontraba muy cansado, con falta de sueño. Abrió un cajón y sacó una caja de caramelos mentolados. Lentamente escogió uno. Le ofreció los caramelos a Vledder.

—¿Quieres uno?

La cara de Vledder se oscureció como un cielo de tormenta.

—Le ha dejado irse, De Cock y le ha puesto un coche de policía para que le lleve donde él diga. ¿Por qué?

De Cock seguía hablándole con calma.

—Porqué Tom Weick estuvo en La Courtine todo octubre.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Lo suficiente para saber que no puede ser nuestro único sospechoso.

—¿Qué?

De Cock suspiró.

—¿Es qué no hablo lo suficientemente claro para ti, hijo? Que Tom Weick no es nuestro único sospechoso. Tiene que haber alguien más.

—¿Alguien más?

De Cock miró a su joven compañero.

—Estás demasiado alterado —le dijo en tono de reproche—. Y por cierto, ese interrogatorio no ha sido precisamente un trofeo. —Señaló la silla junto a su mesa—. Cálmate, siéntate y te enseñaré un poco de matemáticas elementales. ¿Crees qué serás capaz de escucharme?

Vledder captó la crítica a pesar de la sutileza. Era muy consciente de su comportamiento, que como poco había sido no muy ortodoxo. De Cock tenía razón, era demasiado impaciente. Había estado a punto de estallar desde que el cuerpo de Ellen se encontró en el canal. Y además sabía porque. Era por inseguridad, por falta de confianza en sí mismo. Lo mismo que le había impedido llevar el caso el solo. Ya le había ocurrido antes, más veces de las que a él le hubiese gustado. Por eso intentaba impresionar al viejo maestro, a veces con reacciones violentas.

Suspirando, se frotó la cara dándose cuenta de que ese gesto era uno de los muchos que había adoptado de De Cock.

—¿Matemáticas? —preguntó distraído.

—Existe —empezó—, una fórmula interesante para calcular de cuanto tiempo se está embarazada de acuerdo con el tamaño del feto. Lo explicaré despacio para que lo entiendas. Durante el primer mes de embarazo, el feto es de tamaño uno por uno, es decir de un centímetro. Durante el segundo mes, es de dos por dos, es decir de cuatro centímetros. Al tercer mes es tres por tres, o sea nueve centímetros. Así continuamos hasta el quinto mes, a partir del cuál basta con multiplicar por cinco. A los ocho meses el feto es de ocho por cinco, es decir, cuarenta centímetros de largo. ¿Lo entiendes?

Vledder asintió.

Para esta fórmula se empieza a contar desde el primer día de la última menstruación, y no se cuenta por los meses convencionales sino por los llamados lunares, o ciclos menstruales de veintiocho días.

Vledder buscó un papel y tomó atentamente unas notas.

—¿Lo tienes?

—Sí.

—Si nos centramos en el embarazo de Ellen Vries —siguió De Cock en su tono de conferenciante—, el doctor Rusteloos midió el feto durante la autopsia y apuntó que tenía exactamente nueve centímetros. Siguiendo nuestros cálculos, Ellen estaba embarazada de tres meses de veintiocho días cada uno. ¿Me sigues o se está complicando demasiado?

Vledder sonrió.

—Es bastante simple.

De Cock se tocó la nariz con el dedo índice y gesto pensativo.

—Bien —siguió—, puesto que sabemos que Ellen murió el veinticinco de diciembre, esto es, el primer día de Navidad, contamos ochenta y cuatro días hacia atrás y eso nos lleva al dos de octubre. Teniendo en cuenta que el ciclo menstrual de una mujer es de aproximadamente veintiocho días ¿cuál sería la conclusión?

Vledder consultó sus apuntes.

—Que su hijo fue concebido más o menos entre el día dos y trece de octubre.

De Cock coincidía.

—Muy bien, muy bien. Así sabemos que la bella Ellen tuvo como tú dices, relación carnal

entre esos días.

Vledder le miró pensativo.

—Pero, si...

De Cock le miró animándole.

—Sí, sigue.

—Si se quedó embarazada en octubre, no fue de su novio.

—Eso es, hijo —sonrió De Cock—, eso es. Tom estuvo en Francia todo el mes de octubre, en La Courtine. Eso está demasiado lejos como para que lo hubiesen hecho en secreto, y además lo he comprobado.

Vledder suspiró.

—Así que tiene que haber otro hombre.

De Cock asintió.

—Sí, hay otro hombre. Uno del que no sabemos nada aún. Un desconocido. —Apretó los labios y se frotó la barbilla—, y como la relación parece que fue íntima, según nuestros cálculos, me encantaría conocerle.

—Personalmente —recalcó con sorna Vledder.

—Sí, por supuesto, personalmente.

En aquel momento sonó el teléfono. De Cock descolgó el auricular.

—¿Si?

Era el sargento.

—Tengo aquí a Joost Hofman de Alkmaar.

Capítulo 7

Femmy Weingarten lo conocía.

Su certeza no se podía precisar en un informe, demasiado sutil para archivarla en un documento oficial. Nunca hubiera servido para que se utilizase en un juicio. Cualquier abogado habría sido ridiculizado, porque los jueces consideran la intuición un fenómeno nebuloso, algo demasiado etéreo para ser útil en un proceso judicial. Solo caben los hechos y las pruebas corroboradas. Pruebas es lo que Femmy no tenía. Pero lo conocía. Ella tenía la certeza, por pura intuición.

En el momento que el detective le dijo que Ellen había sido asesinada, supo quien había sido el asesino. Fue como un fogonazo, una visión repentina producida por una sucesión de colores e imágenes de un calidoscopio. El rojo brillante se mezclaba con manchas oscuras y sombrías que se desvanecían entre una amplia paleta de colores. Era como una pintura abstracta que sólo ella podía entender. Le produjo una impresión profunda y brutal.

Femmy percibió la mirada pensativa e inquisidora del detective mayor, y cómo había sido incapaz de descifrar lo que ella ocultaba. No se había atrevido a seguir hablando, temiendo que él le exigiese la evidencia concreta que en realidad no le podía dar. Pero ella conocía al asesino, al hombre que había matado a Ellen. Había presenciado las miradas furtivas, los gestos velados del asesino. Todo estaba grabado en su memoria.

Se sentó en el pequeño taburete de su tocador y se miró en el espejo que reflejaba su cara de frente y de perfil. Estaba pálida, temblorosa. Instintivamente se subió el cuello vuelto de su jersey, cubriéndoselo del todo. El espejo reflejaba su pavor.

Por supuesto, sentía la muerte de Ellen, pero a pesar de lo aborrecible que le resultaba su crimen, todo se desvanecía cuando su pensamiento se concentraba en el hombre que había sido capaz de hacer algo tan horrible, tan despreciable. Le aterrorizaba por muchas razones.

Se dio cuenta de repente, de que esa posibilidad siempre la había tenido presente.

En su subconsciente rememoraba una tarde gris y lluviosa de hacía varios años.

"Ante el empeño de él, y sin decir nada a nadie, alquilé durante un mes en Seadike una pequeña casa de veraneo. Hacía mal tiempo, y esa tarde, había oscurecido mucho antes de lo normal. El cielo se había cubierto de nubes negras y caía una tormenta densa contra los cristales. Yo le propuse que nos quedáramos en casa, cómodos y disfrutando de la compañía el uno del otro, pero él insistió en que diéramos un paseo por la playa. Accedí, como hacía con todo, porque le quería. Durante un momento del paseo, me miró de una forma extraña, era una mirada que no le conocía. Me envolvió de angustia. La culminación del inhóspito paisaje, con la triste desolación de la playa, la lluvia y el ruido ensordecedor de las olas acompañaron ese sentimiento. Y de repente, un fogonazo y lo vi todo claro, una revelación, como cuando uno observa una mancha negra en una pintura surrealista. Todavía podía sentir sus manos firmes alrededor del cuello y los dedos agitados agarrando el pañuelo con fuerza. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Grité, asustada, por encima del ruido de las olas, no para pedir ayuda, porque nadie podía

oírme en la tormenta, sino por que mi instinto me llevó a decir: —¡Mi madre sabe que estoy aquí contigo!— Por supuesto era mentira.

Pero los músculos de sus brazos se aflojaron y los dedos engarrotados dejaron de apretar, todavía dubitativos, reacios a abandonar.

Pasado un rato mi cabeza negaba lo ocurrido ¿Por qué tuvo que recurrir a esa mentira? Su madre, por supuesto que no lo sabía, no sabía nada de nada. Esos dedos en su pañuelo tal vez no fueran nada. Una caricia, el principio de un abrazo".

Asintiendo con la cabeza, se miraba reflejada en el espejo.

Esta vez lo sabía con absoluta certeza, con total claridad, aquella mentira le había salvado la vida.

Sorprendida se dio media vuelta. Alguien llamaba a la puerta, suavemente al principio, luego con más fuerza. Pero ella no contestó. Los golpes se repetían, cada vez con más insistencia hasta que pararon. Permaneció sentada mirando el pomo de la puerta, paralizada por el miedo. Se levantó muy lentamente y lo giró. Se sentía incapaz de articular una palabra. Poco a poco abrió la puerta.

Apareció un hombre joven con una sonrisa tímida y burlona en los labios.

—¿Femmy?

—¿Has comprobado todas las denuncias que han entrado?

—Sí, ya lo hice hace un rato.

—¿Hay alguna sobre la maleta?

—¿Maleta?

De Cock suspiró.

—¿Pero dónde tienes la cabeza hoy? Ellen salió de su habitación con una maleta. Esa maleta tiene que estar en alguna parte. Y tengo mucho interés en saber qué ha pasado con ella. Podría servirnos para avanzar en la investigación. Manda un aviso a todas las comisarías para ver si alguien la ha dejado en objetos perdidos. Llama también al departamento de equipajes de la estación, quizá la depositó allí temporalmente. No olvides las consignas. Según lo que nos ha contado Tom, todavía llevaba la maleta cuando se despidieron a las nueve.

—¿Llevaba también su bolso?

De Cock levantó los brazos como si no diera crédito a lo que oía.

—¿Pero cuando vas a empezar a pensar de una vez? —le preguntó con tono de desesperación—. Pues claro que llevaba su bolso. ¿Cómo si no hubiésemos encontrado su anillo? Estaba en su bolso, ¿recuerdas?

Vledder asintió confuso.

—Claro, tiene razón —reconoció tímidamente—.

Habían intercambiado sus anillos, es decir se los habían devuelto el uno al otro. Que estúpido, lo había olvidado. —Suspiró—. Y ¿Qué pasa con Hofman? Nos está esperando abajo.

De Cock le miró con poco ánimo.

—Ocúpate de la maleta y mándame a Hofman. Le recibiré aquí.

De Cock esperaba en la puerta de la sala de detectives, al final del pasillo. Miraba desde allí al hombre que se acercaba tras subir las escaleras. Bajo sus espesas cejas, el viejo detective estudiaba con detenimiento al visitante. Una sola mirada le bastaba. De estatura baja pero de complexión fuerte, avanzaba con gran energía dando zancadas furiosas. Su cara embravecida reflejaba un fuerte disgusto. De su vestimenta sobresalía una llamativa corbata y unos zapatos de ante. De Cock comprendió enseguida qué tipo de hombre se acercaba y adoptó la actitud conveniente. El señor Hofman se lanzó al ataque antes de cruzar el umbral de la puerta.

—¿Es usted el inspector De Cock? —sonaba como una amenaza.

—Sí, señor. Soy el inspector De Cock con eh... CK. Lo aclaro por si tiene intención de interponer una denuncia contra mí. No me gustaría que escribiese mal mi nombre. —Hofman se paró un momento algo confuso.

—Sí, claro, una denuncia. Eso es, una denuncia.

—Ya me imagino —contestó De Cock sin demasiada preocupación—. Pero pase, pase, por favor. Tal vez pueda darle algún otro motivo para añadir a su denuncia.

Le ofreció la silla delante de su mesa para que se sentara.

Todavía agitado y desconcertado por el comentario se sentó.

—Para qué... —dijo resoplando—, ¿para qué me han hecho venir aquí en Navidad? ¿Por qué me han traído aquí? ¡Y además, qué educación! ¡Menudos métodos! Ni siquiera me dejaron vestirme del todo, "inmediatamente", dijeron. ¡Inmediatamente! Como si hubiera matado a alguien.

De Cock apretó los labios.

—¿Y no ha sido así Señor Hofman?

—¿Cómo?

El viejo detective le sonrió en plan amistoso.

—¿No ha cometido algún asesinato? ¿No tiene un crimen clavado en la conciencia?

Durante varios segundos Hofman fue incapaz de emitir sonido alguno. A continuación estalló furioso como si los diques hubieran abierto sus compuertas.

Resignado, fingiendo interés, De Cock escuchó la avalancha de frases y palabras esperando pacientemente hasta que el hombre se desahogó.

—Puedo entender su enfado —le contestó muy calmado—, pero no le he traído aquí para nada. Hay un motivo, una razón importante. Para ser precisos, es usted sospechoso del asesinato de una chica de diecinueve años.

Hofman le miraba perplejo sin poder hacer nada más. Todo el color y la última chispa de inteligencia habían desaparecido de su cara.

—E... es... eso es absurdo —dijo entrecortado—, es completamente absurdo.

De Cock se frotó la barbilla.

—Posiblemente —añadió calmado—, posiblemente, le resulte absurdo a usted. Pero ya conoce el motivo de que le hayan traído. Considérese sospechoso.

La manera lacónica y casi desinteresada en que el detective hacía esos comentarios tuvo su efecto. Hofman se sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

—Yo no he matado a ninguna chica.

De Cock le miró. Quedaba poco del arrogante y pulcro hombrecillo que había llegado andando en plan agresivo por el pasillo. Ya no era más que un hombre pequeño y fofo al que no le llegaba el aire.

El viejo detective casi sintió lástima del estado en que le había dejado en tan poco tiempo, pero necesitaba la verdad, toda la verdad. Después de todo, pensó, se trata de un crimen. Además comprendió que tenía prisa. No podía desperdiciar todas sus vacaciones de Navidad en este caso.

—¿Así que lo niega?

Hofman asintió con vehemencia.

—Pues claro que lo niego, yo no he matado a nadie.

De Cock suspiró.

—Muy bien, eso está muy bien. Pero no puede esperar que le crea simplemente porque usted lo diga. Tendrá que darme argumentos más convincentes que ése. Tendrá que hacer que yo cambie de opinión. Por ahora, está usted detenido por el asesinato de Ellen Vries.

—¿Ellen Vries? No he oído hablar en mi vida de ella.

Las cejas de De Cock se replegaron incrédulas en su frente.

—Y sin embargo, ¿No le parece muy raro que su cartera apareciese en el bolso de la víctima?

—¿Cómo?

De Cock abrió un cajón y sacó la cartera negra. Con cuidado como si se tratase de una reliquia preciosa, la dejó sobre la mesa.

Hofman abrió la boca como alucinado. De forma mecánica alargó la mano para cogerla y luego apartó la mano como si quemara. Como si fuese una pieza de metal candente que le fuera a chamuscar los dedos nada más tocarla.

—¿Su cartera?

Joost Hofman tragó saliva. Su nuez se movía de arriba abajo.

—Sí —dijo con voz ronca—, es mi cartera.

—Excelente.

De Cock se inclinó hacia el cajón y sacó el bolso de Ellen por la correa.

—Éste es el bolso de la chica muerta. Su cartera estaba dentro —cogió aire—. Así que como ve, señor Hofman, me debe usted una explicación.

Hofman se agitó en su silla.

—¿Mi cartera? —dijo con incredulidad—. ¿Mi cartera en ese bolso? Eso... es imposible. Yo ni siquiera voy con chicas. Quiero decir que soy un hombre casado. Tengo una mujer y tres hijos, soy un hombre respetable. Trabajo mucho... no tengo tiempo. Yo...

Agitado, se levantó y se colocó detrás de la silla. Sus dedos con forma de salchicha se quedaron blancos por la fuerza con que agarraba el respaldo. Era como si necesitase un apoyo, algo sólido a que aferrarse en aquella sala de detectives. Todo parecía girar a su alrededor; se sentía en mitad de un tiovivo descontrolado. Sus únicas referencias estables en medio de todo aquello, eran el respaldo de la silla que le sostenía y la cara serena, como de oficinista, que le lanzaba las acusaciones más horribles en un tono aparentemente divertido.

—No tengo ninguna explicación —dijo finalmente—. No puedo explicar como mi cartera pudo llegar hasta ese bolso. Sólo puedo suponer que anoche perdí mi cartera en algún momento.

—¿Dónde?

—Tampoco puedo contestar a eso. Puede que me la robaran o quizás la perdí.

De Cock suspiró.

—Sus compras de Navidad han debido mermar considerablemente sus finanzas. No había dinero en la cartera.

—Eso es imposible. Yo llevaba dinero. Por lo menos debía haber unos doscientos florines o más.

De Cock se tomó su tiempo para estudiar lo que acababa de decir. Se tocó la barbilla y pensó en las distintas posibilidades.

—Por favor señor Hofman, siéntese —dijo después de una pausa. Su tono era más amable—. Tendremos que discutir eso con calma.

Sonó el teléfono y De Cock descolgó el aparato.

—Aquí Vledder —dijo excitado el detective—. Esto se complica cada vez más. Me acaban de contestar. Una maleta llena de ropa de mujer ha aparecido en la comisaría de Amstelveen, en las afueras de la ciudad. ¿Y dónde cree que la encontraron? En el Bosque Oeste.

—Eso está bastante lejos del canal Heren.

—Sí, ¿no le parece raro?

De Cock suspiró.

—Sí, sí, vete para allá lo antes posible y echa un vistazo a la maleta. Asegúrate de que es la de Ellen. Habla con quien la encontró y que te explique con la mayor exactitud posible donde la halló. Busca huellas de neumáticos o cualquier otra prueba. Llévate a un fotógrafo. Quizá nuestros colegas de las afueras te presten uno.

—O.K.

—Ah, y otra cosa... Si encuentras alguna pista no la sigas por tu cuenta, ven primero aquí.

—Sí.

—Muy bien, pues hazlo lo mejor que puedas.

De Cock colgó el auricular y miró a Hofman.

—¿Dónde estábamos? —le preguntó—. Cerró los ojos un momento para concentrarse mejor y dijo—: ¡Ah, sí!, íbamos a hablar de su cartera con calma y en profundidad.

Hofman afirmó con la cabeza. La breve interrupción del teléfono le había servido para recuperarse. Su palidez se había disipado y sus ojos estaban menos turbios.

—He estado pensando y debí perder mi cartera aquí en la ciudad.

—¿Cómo es eso?

—Ayer pasé casi todo el día en Ámsterdam. Por la tarde a última hora tuve una reunión de negocios. Se me hizo tarde, mucho más tarde de lo que había pensado. Debían ser las nueve y media cuando por fin me marché. Me di cuenta de que estaba sin gasolina y me paré en la gasolinera de la Avenida del Fuerte. La calefacción de mi coche funciona un poco cuando quiere, y se lo comenté al chico mientras me llenaba el depósito. Me dijo que sabía como arreglarlo, que era algo muy sencillo. En media hora estaría listo. Como ya se me había hecho tarde, le dije que sí. Le pregunté cuanto sería y lo pagué por adelantado dejando una buena propina.

—¿Todavía llevaba su cartera?

—Sí, por supuesto, saqué el dinero de mi cartera. No recuerdo la cantidad exacta, pero el chico de la gasolinera, seguro que sí.

—¿Y después?

—Hacía frío y no me apetecía esperar allí. Decidí tomarme algo y por alguna callejuela llegué hasta la calle Niueuwendijk, donde elegí un bar al azar. No estuve mucho tiempo, unos veinte minutos como mucho. Después volví al coche.

De Cock asintió.

—Y pagó su copa en el bar, ¿no es así?

Una sonrisa transformó de pronto la cara redonda del señor Hofman.

—No, no la pagué.

—¿No la pagó? —Señaló De Cock con cara de asombro.

—No, verá usted. Yo me senté en la barra, que estaba casi vacía, y un hombre se me acercó y empezamos a hablar. —Volvió a sonreír—. El hombre estaba muy borracho. Parecía un buen hombre, pero muy sentimental. Se sentó a mi lado y me contó la triste historia de su madre que había muerto en Nochebuena. Se puso a llorar. Yo no dije mucho, me limité a escucharle. Cuando me levanté para marcharme fui a pagar y él insistió en invitarme. Yo no quise, pero es que él no me dejó alternativa. Me dijo que nunca se había encontrado con una persona tan comprensiva. ¿Qué podía hacer? Finalmente, me marché sin pagar. Salió hasta la puerta para despedirme.

De Cock asintió de nuevo pensativo.

—¿Ese hombre del bar, tenía el pelo corto y de punta?

—Sí.

—¿Y de vez en cuando le tocaba el brazo en plan amistoso?

Hofman le miró sorprendido.

—Pues sí.

De Cock hizo una mueca.

—¿Sabe por qué insistió en pagar?

—¿Porque le caí bien?

—No señor Hofman, si hubiese intentado pagar usted, se habría dado cuenta de que le faltaba la cartera. Por eso.

—¿Ese hombre?

—Sí, amigo mío, *El manitas* Henkie, un ladronzuelo últimamente especializado en mangar bolsos y carteras. Ha debido perder a unas trescientas sesenta y cinco madres. Al menos una por cada día del año. Siempre cuenta la misma historia para acercarse a sus víctimas. Siempre se acaba de morir y está amargamente ahogando sus penas. —De Cock suspiró—. Debería cambiar su rollo. Empieza a resultar monótono.

—¿Así que ese Henkie me robó la cartera?

—Me apostaría lo que fuese.

—Pero, entonces, ¿cómo acabó mi cartera en el bolso?

De Cock fue hacia el perchero de la puerta y cogió su abrigo.

—Vamos a preguntárselo juntos.

—¿Juntos?

—De Cock maniobró con dificultad para encontrar las mangas de su abrigo.
—Sí señor Hofman. Juntos.

Capítulo 8

—¿Le supone mucho la pérdida de esos doscientos florines?

—Eso no me va a sacar de pobre, si es que se refiere a eso.

—A eso me refiero.

Con su viejo y decrépito sombrero colocado hacia atrás sobre la cabeza, y las manos metidas hasta el fondo de sus bolsillos, De Cock se paseaba por el infame Barrio Rojo de Ámsterdam. Aparentemente fuera de su ambiente, Joost Hofman andaba a su lado, aunque para mantenerse a su altura tenía que dar tres pasos por cada dos del viejo detective.

—Verdaderamente, señor De Cock, ese dinero no me preocupa lo más mínimo, sólo espero que pueda resolver el misterio de la cartera. Yo creo que eso es lo importante.

De Cock asentía con la cabeza sin emitir un sonido.

—¿Le apetece tomar algo?, señor Hofman.

—Sí, no me vendría mal tomar un trago para recuperarme del susto. ¡Madre mía!, por un momento ha conseguido preocuparme cuando me acusó de asesinato.

De Cock le miró de reojo y sentenció:

—Todavía no he cambiado de opinión.

Hofman no esperaba esa respuesta, lo que le hizo enmudecer.

A la altura de la esquina de la calle Staal, De Cock se metió en un bar y Hofman le siguió algo reacio.

Con un solo movimiento, fruto de su probada experiencia, De Cock acomodó su cuerpo corpulento sobre el taburete.

El local estaba tranquilo. Al fondo, unos clientes habituales jugaban a las cartas. A la izquierda de la barra donde se había acomodado, un borracho dormía la mona. No había nadie más. Hasta los bajos fondos celebran la Navidad.

El pequeño Lowee sacó una botella de buen coñac francés escondida debajo de la barra.

—¿Como siempre?

El camarero sirvió el vaso de De Cock y lanzó una mirada interrogadora hacia Hofman.

—¿Un forastero? ¿Es nuevo en el barrio?

De Cock miró al pequeño camarero.

—Es un colega de La Haya, ¡parece mentira!, tendrías que haberte dado cuenta nada más verlo, ¿no ves como va vestido?

Lowee dio un paso hacia atrás y examinó a Hofman de pies a cabeza.

—Un poco pequeño —dijo suspicaz— para ser detective, me parece a mí.

De Cock sonrió.

—La policía de La Haya no tiene en cuenta esas cosas. Ya sabes, con el gobierno y todas esas embajadas, sólo les importa como vayas vestido.

—Ya, ya, —gruñó el pequeño Lowee, sin quedar del todo convencido—. Si usted lo dice... —Miró dubitativo a Hofman y le preguntó—: ¿Qué trago le sirvo, señor?

—Creo que tomaré un jerez —contestó Hofman con el inconfundible acento de Alkmaar,

típico de los que se dedican al comercio del queso.

El acento no le pasó desapercibido a Lowee, que cogió la botella y soltó un bufido.

—¿La Haya, dice? Escúchele, puedo oler el queso desde aquí.

De Cock soltó una carcajada.

—Bueno, escucha Lowee, estoy buscando a Henkie *El manitas*.

La cara de Lowee se ensombreció.

—¡Oh, no! ¿Seguro? Pero, señor De Cock, —en tono de súplica— deje en paz a ese hombre. Déle un respiro. Acaba de cumplir un año en la trena, pero ¿si acaba de salir? Deje que se recupere. —Paró de hablar y miró a Hofman—. Apuesto a que lo busca por la cartera de este señor.

De Cock no contestó.

Lowee se giró hacia Hofman.

—No debería hacerlo —le dijo en tono de reproche—. Realmente no debería. No se cuanto llevaría en la cartera. Un par de cientos, ¿a lo mejor? ¿Y qué es eso para usted? ¡Na! Para ese tipo, es mucho. Vamos hombre —le intentó engatusar—, déle un respiro al pobre diablo. Necesita una oportunidad. Retire la denuncia. Después de todo estamos en Navidad. Ya sabe, Paz en la tierra... y todo eso...

De Cock intervino.

—Buen discurso, Lowee —le dijo con tono de admiración—. Casi me estremeces. Tendrías que haber sido abogado con ese tono de sinceridad, tan fraternal. Tengo que decirte que me has puesto la piel de gallina.

Lowee encogió sus estrechos hombros y bajo la voz.

—No sé donde está.

—Es una pena —suspiró De Cock—. Contaba con tu colaboración. Especialmente después de las bondades que he dicho de ti.

Se inclinó hacia el camarero y en tono conciliador le preguntó:

—¿Quieres que crea lo que se rumorea por ahí sobre ti? Te quedarías asombrado al comprobar que se habla de que comercias con mercancías robadas. ¡Parece increíble!, pero eso es lo que se cuenta en la calle. Si alguien se quiere deshacer de mercancía sospechosa, se dice que hay que hablar con el pequeño Lowee. Él sabrá lo que hacer —De Cock hizo un gesto que paralizó todo el bar—. Por supuesto yo lo he negado rápidamente —por su tono de voz, parecía verdaderamente indignado—. Les dije, que nadie viniera a mí con esos cuentos. Yo no me lo creo. Yo conozco a Lowee, les digo. Lowee no haría nunca esas cosas. Eso es lo que yo les digo.

Lowee sonrió.

—No creo que lo digas tan amablemente —se burló—, no tienes pelos en la lengua.

De Cock se encogió de hombros.

—Ya sabes que por mi cuenta no haría nada, pero si recibiese órdenes, y me refiero a órdenes de arriba, entonces...

Sonrió durante bastante tiempo al pequeño Lowee.

—Está... Henkie está en casa de Bert la Roja, ¿o está todavía con Cora la Contrahecha?

Lowee siguió dudándolo, pero no tardó demasiado en aclararse.

—Cora —dijo.

De Cock apuró el vaso y se deslizó del taburete.

—Eres un gran chico.

Lowee le respondió con una sonrisa agridulce.

—No me sirve de mucho.

—Quizá, señor Hofman, se pregunte porqué le he hecho venir hasta aquí. Pues tengo una buena razón. Necesito que me ayude.

—¿Ayudarle?, ¿pero cómo?

—Verá, hoy no me apetece sermonear a Henkie, aunque lo haya hecho con gusto en el pasado. No tengo tiempo. Henkie tiene que cantar enseguida. Y usted me puede ayudar con eso.

—¿Y qué puedo hacer?

—Eso es fácil. En cuanto lleguemos a casa de Henkie, usted se limitará a contestar a mis preguntas. No se preocupe por nada. Créame, serán preguntas fáciles. Se trata de algo que no es exactamente legal, pero no me queda otra alternativa. Tiene que ser lo antes posible, Henkie tiene que creer que no hay salida. Y no estoy hablando de los tirones. Quiero al asesino de Ellen. Me lo he prometido a mi mismo. Es un regalo de Navidad.

—Hofman asentía.

—Por supuesto que colaboraré —dijo muy serio—, después de todo también me interesa a mí.

Henkie *El manitas* alzó la vista cuando De Cock y Hofman entraron sin llamar. Por un momento se quedó sin palabras, después, adoptó una expresión jocosa.

—¡Olvida el pavo! —gritó hacia la cocina—. Se me ha pasado el hambre.

Una prostituta joven apareció con un tenedor en la mano. Llevaba poco más que el delantal, lo que le daba un aspecto cómico. Cuando vio a De Cock dijo—: ¡Oh! —había más sentimiento y profundo significado en aquella interjección que en un soneto de Shakespeare. Ante tal situación tragicómica, no pudo De Cock por menos que sonreír a la pareja.

La fulana se le acercó.

—¿No podía haber esperado hasta Año Nuevo? —gritó irritada—. ¡Maldita sea!, también es Navidad para nosotros, ¿sabe?

Henkie se levantó rápidamente y le soltó un exabrupto.

—Cierra la boca. El señor De Cock ha venido para desearnos Feliz Navidad —su tono cambió y se hizo excesivamente amable—. ¿Verdad que es así señor De Cock?

De Cock se reía para sus adentros pero su expresión seria no cambió. Su cara permanecía fría y severa.

—Creo que ha cometido un error. Vengo para presentarle al señor Hofman.

El detective se giró hacia él.

—¿Reconoce usted a este hombre?

—Sí.

—¿Le vio ayer en la calle Niueuwendijk?

—Sí.

—¿Antes de conocerle llevaba su cartera?

—Sí.

—¿Y usted se dio cuenta de que este hombre le agarró el abrigo y le quitó la cartera?

—Sí.

—¿Y tuvo usted miedo de mencionarlo porque quiso evitar una escena desagradable en el bar?

—Sí.

—¿Pero está usted absolutamente seguro de que este hombre le robó la cartera?

—Sí.

—¿Está usted dispuesto a declararlo en un juicio?

—Sí.

Henkie asistía cada vez más asombrado a la conversación-monólogo.

—Eh, eh —gritó, sorprendido—. ¿Pero que pasa? Eh, De Cock, no se pueden hacer esos juegos conmigo. ¡Va contra la ley! ¡Es ilegal! No se puede hacer, es...

De Cock le miró con cara de póquer.

—¿Cuál es el problema? —preguntó con tono inocente—. Simplemente, le has mangado la cartera a este hombre.

Henkie le miró con suspicacia. Eran viejos conocidos desde hacía muchos, muchos años. Esta no era precisamente la primera vez que sus caminos se cruzaban. Su cabeza discurría a toda velocidad para saber por donde iban los tiros, algo no le encajaba. No se había ganado el mote de "manitas" sólo por su habilidad manual.

Intuía que De Cock quería algo. Nunca nadie le había sorprendido robándole la cartera. No era un cualquiera, era un profesional en su trabajo. Aquel tipo mentía. Se veía a la legua. Por eso De Cock sólo le dejaba decir que sí. Henkie frunció los ojos hasta que se convirtieron en ranuras.

—¿Y si yo digo que no?

De Cock hizo un gesto vago.

—Entonces irás al calabozo ahora mismo. Con Navidad y sin ella.

Henkie se paró y pensó.

—Y... —preguntó al cabo de un rato—, ¿y si canto?

De Cock le lanzó una sonrisa amistosa.

—Eso... podríamos hablarlo.

Henkie observaba a uno y otro sin cesar.

—No hay nada de que hablar. Yo no le birlé la cartera a este hombre. —Midió el efecto de sus palabras.

De Cock suspiró.

—Que pena lo del pavo. Hubiera probado un muslo. No he comido nada desde esta mañana y el señor Hofman creo que tampoco desde que salió de su casa. Pero ahora, lo primero que tendré que hacer es escribir un informe y luego procesarlo... se nos harán las tantas.

Henkie captaba la ironía. Conocía los métodos policiales. Sabía lo que De Cock quería decir. El señor Hofman aún no había presentado la denuncia.

—No queda mucho —se aventuró Henkie—, de los doscientos —con una sonrisa picarona señaló hacia la cocina—. Una parte está en el horno. ¿Puede olerlo?

De Cock lo afirmó con la cabeza.

—Creo que nos entenderemos, ¿Qué le pasó a la cartera?

—La tiré.

—¿Y ya está?

—Eso, después de haberle sacado la pasta, claro.

—Eso queda claro. ¿Pero simplemente tiraste la cartera? ¿No tiraste nada más?

Henkie parecía compungido.

—Corren malos tiempos, señor De Cock. Acabo de salir. Nadie me da una oportunidad... y con la Navidad y todo eso.

—¿Así que robaste algo más?

Henkie no contestó.

—Ponles pavo a estos señores —le indicó a la chica—. ¿No has oído que no han comido nada desde esta mañana?

La mujer se apresuró a la cocina, mostrando así su desnudez cubierta únicamente por la cinta que ataba su delantal.

—Acomódense caballeros —les invitó Henkie—. Siéntense que está en camino.

De Cock se sentó a la mesa y Hofman le imitó.

—Todavía no has contestado a mi pregunta —dijo De Cock.

Henkie puso cara de disgusto.

—¿Tienes que pringarme hasta el fondo? ¿No tengo ya bastantes problemas?

De Cock se frotó la cara con gesto de estar perdiendo la paciencia. Sabía que tenía que mantener la calma con Henkie. No había que forzarle. Si Henkie se asustaba, se cerraría en banda, y no diría una palabra más. Y eso no sería bueno para nadie.

—Escúchame, Henkie —dijo en un tono amable—, no he venido a llevarte a la comisaría. Al señor Hofman tampoco le importa que te comas el pavo que has comprado con su dinero. Pero a cambio, espero tu colaboración. ¿Cómo encontraste el bolso?

Henkie suspiró. Se dio por vencido.

—Encontré el bolso y la cartera juntos, y ahora quiere saber más sobre el bolso.

—Exactamente.

—La mangué de un coche. Así de fácil.

—¿Dónde?

—En el canal Keizers —suspiró de nuevo—. Vea señor De Cock, después de birlar la cartera, fui a hacer una visita a mi vieja, que vive detrás de la calle Heren.

—Creí que tu madre se había muerto por lo menos cien veces.

Henkie hizo un gesto de impaciencia.

—¡Ah!, señor De Cock, eso es trabajo. Sólo trabajo. En serio. Quiero mucho a mi vieja y me alegro de que no la haya palmado todavía. La cartera llevaba un par de cientos. No estaba mal. Así que pensé, vamos a hacer una visita a la vieja y darle algo por Navidad. Así que eso fue lo que hice. Estuve allí un rato, un par de horas o así. Y cuando salí pa' casa, por el canal Keizers, hice una ronda por los coches. Por aquello de que nunca se sabe. Vi el bolso, tan solo en el asiento de atrás. Probé la puerta y ni siquiera estaba cerrada. ¿Qué podía hacer? ¡No iba a dejarlo allí! ¿Venga, cómo iba a dejarlo?

—Que sí, ¿y luego?

—Pues cogí el dinero del bolso, claro. No era mucho. Algunos florines. Pero todavía tenía la cartera. La metí en el bolso y tiré todo el paquete en un portal. Supuse que lo encontrarían. ¿Por qué iba a tirar esa basura al canal? A veces la gente necesita sus papeles, y a mí no me sirven.

—Qué gesto tan noble —sonrió De Cock.

—Pues sí —dijo Henkie desafiante—. ¿Qué pasa?

¿Para qué iba a complicar más las cosas a la gente? Ya tenía la pasta. Paso de lo demás.

De Cock pensó un momento.

—¿Puedes enseñarme donde estaba el coche aparcado?

—¿Qué coche?

—¡Dónde robaste el bolso!

—Eh, que sí, que sí.

—Muy bien, muy bien. Enseguida vamos para allá.

La joven salió de la cocina en ese momento. Llevaba una gran fuente con un enorme pavo de piel tostada y crujiente.

—Ponlo ahí y ya está —señaló Henkie contento—. Se me acaba de abrir el apetito otra vez.

En ese ambiente tan peculiar, la comida resultó animada. Estaban en una pequeña habitación del tercer piso, en la decrépita casa, donde Cora la Contrahecha, una madame retirada, alquilaba cuartos a prostitutas y gente de poco fiar.

Una lámpara de pie iluminaba la mesa tambaleante y dibujaba sombras distorsionadas en las paredes. No había cubiertos. Sólo la bandeja con el pavo. Un pedazo de plástico transparente servía de plato comunitario. Henkie se chupaba los dedos encantado.

La pequeña prostituta, sentada con la espalda desnuda hacia la estufa de la esquina, arrancaba la carne de los huesos con las uñas pintadas de morado. De Cock alabó sus habilidades culinarias.

—Deberías dedicarte a la cocina, eres buena.

Henkie sonrió con la boca llena. Metió la mano grasienta debajo del delantal que a penas le cubría.

—Es buena en todo —dijo con ojos brillantes.

El señor Hofman enrojeció y la joven prostituta se rió a carcajadas.

De Cock sabía que lo que estaba haciendo era un delito. Comía pavo comprado con dinero robado. No le suponía ningún problema de conciencia. Parecía más bien divertirle.

Capítulo 9

De Cock y Hofman esperaban junto a la puerta, mientras la joven prostituta retiraba la bandeja a la cocina y tiraba los huesos a la basura. Henkie se hacía de rogar. Se paseaba de un lado a otro de la habitación sin conseguir anudarse la corbata correctamente ni atarse los cordones de los zapatos. Demasiado torpe, pensó De Cock, como para llamarse Henkie *El manitas*.

—Vamos, muévete —le increpó De Cock—. Parece mentira lo poco mañoso que eres.

Henkie dejó su torpeza y se acercó nervioso. Con la barbilla todavía brillante de grasa de pavo puso caras de circunstancias.

—Eh... Prefiero ir por mi cuenta, no quiero que nos vean juntos por el barrio. Nos vemos allí en un rato.

De Cock arqueó las cejas en señal de interrogación.

Henkie se rió avergonzado.

—Es que —se disculpó—, prefiero que no nos vean juntos, va a parecer... Tiene que creerme, señor De Cock, no es nada personal. Yo le enseño donde estaba el coche sin problemas. Pero... —dudó un instante—, es que, no llevo tanto tiempo fuera y si nos ven comentarán, y sobre todo tengo que pensar en mi reputación ¿lo entiende?

—Bien, lo entiendo —contestó muy serio De Cock—. Nosotros salimos ya y te espero en media hora en la comisaría.

Henkie se rió aliviado.

—Puede contar conmigo.

—Lo sé —dijo De Cock.

Dijeron adiós cortésmente y bajaron las oscuras escaleras del viejo edificio.

—Nunca en mi vida he pasado una Navidad como esta —se rió Hofman—. Menuda experiencia. Me creería si le dijese que ha valido la pena cada uno de los doscientos florines. —Sus ojos le brillaban con excitación—. Ya que me ha involucrado, me gustaría conocer como avanzan sus investigaciones en los próximos días. Tengo curiosidad por saber quién ha sido. ¿Cómo puedo servirle de más ayuda?

De Cock sonrió.

—¿Por qué no se va a casa con su mujer y sus hijos? Ya lo leerá todo en los periódicos. En cualquier caso le estoy muy agradecido por su colaboración. Me quedaré con la cartera por el momento, pero puede recogerla en unos días. Se lo haré saber.

El señor Joost Hofman de Alkmaar se despidió con un apretón de manos del Inspector De Cock de la Policía Municipal de Homicidios de Ámsterdam. Las asperezas del comienzo, quedaron limadas y olvidadas.

—Ha sido un placer haberle conocido —le dijo Hofman con formalidad—. Luego se marchó dando pasos cortos y rápidos.

De Cock le vio desaparecer por la esquina del estrecho callejón.

—No era mal chico —pensó—, después de todo. —Se dio la vuelta en dirección a la calle de la comisaría. Ya estaba empezando a oscurecer.

El viejo sargento Wensdorp, el más veterano de la comisaría, atendía el puesto de recepción en este día festivo, cuando De Cock entró en el edificio.

—Bueno, bueno —dijo asombrado—, ¿pero no te tomas un descanso, ni siquiera en estas fechas?

De Cock se echó el sombrero hacia atrás.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —le contestó, extendiendo las manos en señal de desesperación—. Ahora no puedo dejarlo a medias ¿no crees?

Wensdorp y De Cock habían envejecido juntos en el trabajo, eran viejos amigos. El sargento miró a su colega de paisano con un gesto de ánimo.

—Sí, desde luego. No creo que puedas desentenderte tan fácilmente. Parece que no está nada claro.

De Cock se encogió de hombros.

—Es asesinato. Si no ya lo habría finiquitado. No puedo dejar a ese chico solo en medio de todo este jaleo. Es demasiado joven e inexperto.

—¿Quién? ¿Vledder?

De Cock asintió.

—Por cierto ¿Sabes algo de él?

—No todavía no ha dado señales de vida. Pero te ha llamado dos veces el soldado, Tom Weick, y quería hablar contigo. No quiso dejar ningún mensaje, solamente que llamaría más tarde.

—Excelente —contestó De Cock distraído—, con eso bastará. Esperaré a que vuelva a llamar. ¿Sabes si hay algún detective en la comisaría?

El sargento estudió su registro.

—Sí, Jan Klaassen está por aquí. ¿Quieres que le avise?

De Cock asintió.

—Muy bien, mándamelo arriba. ¡Ah!, y cuando aparezca Henkie *El manitas,* ya sabes a quien me refiero, déjale pasar. De momento no se ha metido en ningún lío, sólo mándamelo. Le necesito para algo.

Dejó a Wensdorp bastante relajado ante la falta de tareas y con paso lento empezó a subir las escaleras hasta el tercer piso.

Arriba, en la sala de detectives, encendió las luces, lanzó su sombrero sobre la mesa y se quitó el abrigo. Se sentía completamente aletargado. En casa solía echar una cabezada después de la cena, pero aquí no podía permitírselo. Tenía que seguir. Cayó en la cuenta de que ya habían pasado más de quince horas desde que Vledder le despertó con aquella primera llamada. Durante todo ese tiempo, y casi sin descanso, había estado trabajando en el caso. Había visto a algunos testigos y no había hecho ningún avance reseñable.

Se dejó caer en la silla y levantó las piernas apoyándolas en la mesa. Notaba sus pies. Eso era una mala señal, porque cuando avanzaba en cualquier investigación, dejaba de sentirlos. Sin embargo, cuando el caso no marchaba bien, si la solución parecía lejana, entonces sus pies se hacían dolorosamente presentes.

Entró Jan Klaasen con una sonrisa amistosa y una taza de café en la mano. Se la sirvió a De Cock en la mesa con una reverencia historiada en señal de respeto.

—Al gran ilustre sabueso —dijo en tono burlón—, como muestra de acatamiento de un admirador secreto —levantó un dedo en el aire—. Mi querido señor, ese admirador soy yo —concluyó.

De Cock miró la cara de sátira de su compañero y se rió. Jan Klaasen era conocido por sus bromas; y era incapaz de tomarse nada, o casi nada, en serio. Quizás por eso era tan buen policía. Klaasen se camelaba a todo el mundo con sus chascarrillos. La mayor parte de los altos mandos, sin embargo, no apreciaban su sentido del humor. Por eso estaba destinado en la calle Warmoes, el equivalente en Ámsterdam a la calle Hill Street de Nueva York. Por eso, a pesar de su antigüedad en el cuerpo, hacía guardia en Navidad. Su ascenso era complicado y probablemente nunca llegaría.

—El astuto sabueso, está trabajando en un rompecabezas casi imposible de resolver.

—Cuéntemelo todo —le dijo Klaasen entusiasmado—, ¡me encantan los juegos!

El buen humor de su compañero casi le hizo olvidar el dolor de pies que arrastraba.

—¿Qué piensas —resumió—, de un cadáver en el canal Heren, un bolso en un soportal del canal Brouwers, un coche en el canal Keizers y una maleta en el Bosque Oeste?

—¡La búsqueda del tesoro! —dijo rápidamente Klaasen.

De Cock soltó una carcajada.

—Sí, eso parece, pero estamos en los ochenta y en invierno. Ese juego recuerda más bien a los veranos de una época pasada. Bromas aparte, voy a decirte lo que quiero que hagas.

—OK, jefe —dijo Klaasen con cara de póker, sabiendo de sobra que De Cock odiaba aquella expresión. No le gustaba que le llamaran jefe, y eso combinado con OK, era bastante para alterarle. Pero esta vez, De Cock lo ignoró con una sonrisa.

—Excelente, me alegro de ver tanto entusiasmo. Quiero que vayas a la Estación Central y encuentres al camarero que estuvo trabajando ayer entre las seis y las nueve en el restaurante del primer andén. —Abrió un cajón de su mesa y sacó una foto de Ellen—. Pregúntale, si se acuerda de la chica. Debería recordar que estaba acompañada de un apuesto soldado. Quizá el camarero pudo oír algo de la conversación. Intenta averiguar cuándo se marcharon y si lo hicieron juntos o por separado. En fin, todo lo que puedas indagar sobre la chica y su novio.

—¿Eso es todo?

—No, espera, hay algo más. Cuando termines en la estación, quiero que vayas a la gasolinera de la avenida del Fuerte. Intenta encontrar al mecánico que trabajó allí anoche, hacia las nueve o diez. A esa hora arregló la calefacción de un coche. Pregúntale lo que recuerda del conductor, si le hizo una factura y como pagó el cliente. Quiero saber si sacó la cartera o llevaba el dinero en el bolsillo. ¿Lo tienes todo?

—Absolutamente todo.

—Pues cuando acabes, vuelve aquí. Si no estoy, me esperas. Puede que vuelva a necesitarte de nuevo.

—OK, jefe.

De nuevo, De Cock decidió ignorar la frase.

—Y gracias por el café.

Sonriendo, Klaasen salió del despacho.

Acababa de cerrar la puerta, cuando sonó el teléfono. De Cock descolgó. Reconoció la voz enseguida, era Ton Weick.

—He hecho lo que usted me dijo —empezó—. He ido a ver a la señorita Weingarten. Estuve varias horas con ella.

—¿Y?

—Fue bastante complicado. No estaba de humor para hablar con nadie. Al principio me dijo que no sabía nada de los hombres de la vida de Ellen, pero tras insistir me aseguró que Ellen nunca habría roto nuestro noviazgo si no hubiese sido por una razón importante.

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues finalmente, me contó una larga historia sobre ella. Sobre como había llegado a Ámsterdam siendo una chica joven e ingenua, sin experiencia en la vida. Como había encontrado trabajo en una oficina. Como conoció a los hombres. Como conoció a hombres que fingieron amarla. Como...

—Sí, sí —le interrumpió De Cock con impaciencia—. Todo eso está muy bien, ¿pero a dónde quería llegar?

Hubo una pausa al otro lado del teléfono.

—¿Sabía que Femmy —dijo Tom después de un prolongado silencio—, sabía que tiene un hijo?

—Sí, lo sabía.

—¿Pero sabe de quién es?

—No.

De nuevo hubo silencio.

—Del señor Dolman.

—¡¿Qué?! —con un movimiento brusco De Cock quitó sus pies de la mesa.

—Sí, del señor Dolman. Ella salió con él. En secreto, claro, porque Dolman está casado y tiene varios hijos.

—¿Qué dijo de Ellen?

—Nada.

—¿Salía Ellen con Dolman?

—Ella no lo negó.

—¿Le preguntaste?

—Sí.

—¿Y?

—Me... me dijo que ya sabía demasiado.

De Cock se mordió el labio. Los engranajes de su cerebro empezaron a girar. La vieja maquinaria se puso de repente a velocidad máxima. Desapareció por completo la sensación de sueño. Se sintió revitalizado, en marcha.

—¿Dónde estás ahora?

—En un bar cerca de la calle Hudson.

—¿Hace cuanto que la has dejado?

—Hace una media hora. Le he llamado un par de veces pero aún no había llegado a la

comisaría.

—Sí, sí —contestó De Cock y reflexionó un momento—. Escucha Tom, vuelve con Femmy. ¡Inmediatamente! Espero que todavía esté en casa. Si sigue allí, quédate con ella hasta que aparezca uno de mis hombres.

—¿Y si no está en su casa?

—Entonces me llamas corriendo. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

Colgó y se frotó la cara. Había sido una buena idea, una muy buena idea, mandar al chico a casa de Femmy. Desde el principio había sospechado que la señorita Weingarten ocultaba algo. Medía demasiado sus palabras.

Ahora sabía bastante. Debía hablar con ella de nuevo en profundidad. La próxima vez en la sala de detectives, en su terreno. Y ya no iba a ser tan cortés. ¿Qué se creía, esa pequeña señorita? No tenía tiempo de jugar al perro y al gato. Había que resolver un crimen.

El timbre del teléfono se metió entre sus pensamientos.

—Henkie está subiendo.

—Muy bien. ¿Ha salido Klaasen?

—No, está aquí poniéndose el abrigo.

—¡Dile que espere! Bajo enseguida.

Tiró el teléfono se puso el sombrero y agarró su abrigo al pasar. Por poco arrolla a Henkie por el pasillo.

—¿Hay prisa?

De Cock sonrió.

—Tengo que localizar antes a una persona, lo del coche lo vemos luego, pero sígueme de todos modos.

Henkie se encogió de hombros.

—En realidad, no tenía nada de especial. Era uno de tantos.

Capítulo 10

De Cock conducía bruscamente su viejo coche por las estrechas callejuelas de la parte vieja de la ciudad. Esquivaba casi de una forma temeraria los pocos carros tirados por animales o comerciantes con sus carretillas que todavía circulaban por esta zona. *El manitas* Henkie, sentado en el asiento del copiloto, y escéptico ante la conducción temeraria del defensor de la ley, se agarraba con los nudillos completamente blancos al tirador situado encima de la ventanilla de su puerta. Desde tiempo inmemorial, el tráfico de la cuidad mayoritariamente había discurrido por los numerosos canales que la atraviesan, pero ahora todo había cambiado, y aunque las aceras que bordeaban los canales se habían ensanchado, los coches aparcados dejaban poco espacio para maniobrar, especialmente si la conducción era un poco acelerada. Pasaba prácticamente rozando todos los vehículos y en su afán por aligerar, apagaba y encendía las luces largas del coche, iluminando por un segundo la oscuridad con ráfagas incontroladas. Henkie, haciendo un esfuerzo visible para no mirar fuera del coche y no manifestar su cara de perplejidad, estudiaba detenidamente los botones, interruptores y frecuencias de la radio del coche. Su concentración era total.

—¿Sabe una cosa? —Señaló con actitud indiferente—, nunca me había sentado delante en un coche de policía. Siempre detrás con esas cosas redondas en las muñecas.

De Cock sonrió.

—Entonces estás progresando —dijo en tono burlón.

En la esquina del callejón Sint Olofspoort, De Cock se detuvo y esperó a que un borracho solitario cruzara la calle. Luego metió mal la marcha, el coche rechinó y siguió conduciendo.

—Me pregunto —dijo De Cock—, cuando encontrarás un trabajo decente.

Henkie se rió a carcajadas.

—Es difícil que me cojan en algún sitio, soy poco delicado cuando se trata de realizar un trabajo.

De Cock se encogió de hombros.

—¡Vaya!, me sonaba a mí que te esfuerzas con esmero en cada tarea que emprendes. Serías un buen profesional si lo enfocaras bien. Podrías ganar un buen salario con vacaciones pagadas y todo lo que conlleva. Podrías encontrar una buena mujer y formar una familia. Cuando tu madre muera, y no falta mucho para eso, te vas a encontrar solo.

Henkie volvió a sonreír, aunque algo más triste esta vez.

—¡Ah!, señor De Cock —dijo en un tono melancólico—, debía saber ya que eso no es para mí. A mí me gusta el riesgo, la emoción y la aventura.

—¿A eso le llamas aventura? —apuntó incrédulo De Cock—. A estar una temporada en la cárcel, luego fuera de ella, buscándote la vida para mal comer y acostándote con una mujer de segunda mano en un cuchitril.

Henkie ofendido le miró a De Cock.

—Vamos, venga, usted mismo la ha visto. No está tan mal —resopló—. Y llamar a eso segunda mano...

—No pretenderás hacerme creer que la chica no ha roto un plato en su vida, ¿verdad?

Henkie empezó a ponerse nervioso.

—Eso... ¿Qué me quiere decir con eso? A mí qué me importa y bueno... lo único que no quiero es que mi hija se entere de lo que hago.

De Cock se quedó demasiado sorprendido por la revelación. No sabía que Henkie tuviese descendencia. Archivó la información por si en un futuro la necesitase y cambió de tercio. Su mente estaba concentrada en los distintos frentes que tenía abiertos. Por un lado, le había ordenado a Jan Klaasen que se olvidase del camarero y del mecánico por el momento. Eso podía esperar. Lo importante era que llamase a la policía de Amstelveen y que localizara a Vledder para que recogiera al soldado y a la chica de camino a la comisaría. Igualmente, Klaasen debía ponerse en contacto con la policía de Hoorn. Tal vez supieran algo sobre la familia Weingarten. Nunca se sabe. Femmy podía ser la clave para solucionar el caso.

De Cock aparcó el coche en el canal Keizers, no muy lejos del canal Heren. Salieron del coche sin hacer mucho ruido. Todo parecía tranquilo.

Sacó una linterna, y mientras cerraba con llave el coche, Henkie, ya se le había adelantado, a unos cien metros de la calle Heren, señalando con el dedo el sitio al borde del agua y bajo los árboles.

—Estaba aquí, justo aquí estaba aparcado el coche del bolso. Creo que era un modelo americano.

De Cock iluminó con su linterna el espacio indicado. Había marcas de neumáticos en una amalgama de hojas podridas. Las huellas estaban muy mezcladas y se podían distinguir al menos, de un simple vistazo, seis trazados de neumáticos distintos. Sabía que no serviría de mucho como pista. Poco a poco se enderezó y miró hacia las fachadas de las casas que tenía a sus espaldas. A través de las desnudas ramas podía distinguir el ladrillo rojo de los edificios señoriales. Casi nadie vivía ya en ese tipo de casas, se habían convertido muchas de ellas en oficinas. Era una pena, pero ya poca gente podía pagar el dinero suficiente para convertir uno de estos edificios en una residencia familiar.

Henkie se encendió un pitillo.

—Bueno —dijo aburrido—, ¿y ahora a qué esperamos? Ya lo ha visto. Vayámonos —Sonrió abiertamente—. Mi Rose, de segunda mano, me está esperando —obviamente, todavía estaba molesto por el comentario de De Cock—. ¡Vayámonos! —volvió a insistir—, aquí ya está todo visto.

El viejo detective suspiró. Algo le decía que no debía marcharse aún. Todavía no.

Miró hacia arriba y se sorprendió al ver el extraño dibujo de las ramas de los árboles contra el fondo del cielo gris. Parecía la labor de un encaje de bolillos.

—¿Encontraste el bolso en el asiento de atrás, no es eso?

—Sí, solito y abandonado.

De Cock imaginó la escena. Henkie deslizándose de un coche a otro, mirando por las ventanas, buscando algo que robar.

—¿Estaba el coche todavía caliente?

Henkie frunció el ceño y se pasó la mano por su pelo áspero.

—Pues sí, ahora que lo dice, sí. Las ventanas no tenían escarcha. Recuerdo que al principio pensé que podía haber una pareja dentro, ya sabe, tonteando. Pero cuando me acerqué, vi que sólo estaba el bolso.

De Cock escuchaba mientras miraba las casas.

—¿Había luz en alguna de ellas?

—Eso... no miré nada de eso. Pillé el bolso y salí por pies.

—¿Viste a alguien más por la calle?

Henkie soltó un bufido.

—No me gusta que nadie mire mientras trabajo.

—Así que no había nadie a la vista.

—No.

De Cock anduvo hacia la acera. Su linterna enfocaba las imponentes fachadas y las placas doradas que anunciaban el nombre de las oficinas. No sabía el número, pero sabía que no podía estar muy lejos. De repente, el nombre quedó atrapado en el haz de luz oval. Dolman & Fleet, Compañía de Seguros. Allí estaba, escrito en negro, con una letra elegante y grabado sobre una brillante placa de latón dorado.

Henkie le seguía a su lado. De Cock todavía iluminaba la placa.

—Buen sitio —admiró Henkie—. Cualquiera diría que de aquí se saca un buen botín. Pues nada de nada. Casi todo es basura. Aseguradores, piensas, tienen pasta. Pues basura. Tienen pasta seguro, pero está en el banco —lanzó su cigarrillo y pisó la colilla—. Una vez vi una placa como esta, ponía "Cambio". ¡Así como suena: c-a-m-b-i-o! Y yo pensé que desde fuera no tenía tan mala pinta, ¿por qué no darme un garbeo para ver si tienen más cambio que yo? —Resopló irónico—. Pues todo pelao, no había ni un maldito céntimo. ¡Nada! Desde entonces...

De Cock escuchaba a medias la historia de Henkie. Pensaba en Ellen.

Sabía lo que había hecho las últimas horas de su vida. ¿Cómo había acabado su bolso en la parte de atrás de un coche? ¿Y por qué tan cerca de donde ella trabajaba? Tenía que haber una conexión. Dudaba que ella tuviese llave de la oficina. No llevaba trabajando allí lo suficiente. Pero pensando en el bolso, ella debió estar aquella noche en la oficina. ¿Quién la dejó pasar? ¿Qué secretos había tras la respetable fachada de la sólida y antigua casa del canal?

Henkie seguía hablando sin parar. Sus experiencias como ladrón eran muchas y variadas. Las relataba con entusiasmo.

De Cock le miró.

—¿Sabrías... esto, tú podrías —interrumpió su anecdotario—, podrías abrir la puerta sin estropearla, sin dejar rastro?

Henkie, miró la puerta con criterio de experto. Asintió vagamente. Apretaba sus labios.

—Sí —dijo despacio—. Sí, sin problemas. Si tuviera aquí mis bártulos, lo hacía tal que ya —chasqueó sus dedos—. Es como una lata de sardinas. Un par de minutos y listo.

De Cock se frotó la barbilla pensativo.

—¿Dónde están tus herramientas?

—Henkie se arrepintió de su franqueza. Se dio cuenta de que había hablado demasiado. Después de todo De Cock era un policía. Y su experiencia con policías... Por una cosa o por otra,

nunca se puede uno fiar de un policía. La sospecha invadió su extraña cabeza. La desconfianza brillaba en sus ojos.

—Yo ya no uso mis herramientas, señor De Cock —se defendió como si fuese un interrogatorio—. De verdad. Las guardé en el ático de mi vieja. Engrasadas y todo. Después del último trabajo, sabe usted, no he vuelto a usarlas. Se lo juro.

Con dificultad, De Cock se tragó un montón de directivas oficiales, y consiguió olvidarlas. Suspiró. Al diablo las normas, pensó.

—¿Puedes desempolvarlas, para mí, una última vez?

—¿Qué?

De Cock volvió a suspirar.

—Sólo por esta vez. Quiero entrar.

—¿Quiere decir...?

De Cock asintió. Su expresión era absolutamente seria.

—Sí, eso es lo que quiero decir —admitió.

Henkie se rió con una risa nerviosa y rara. No lo podía entender. La idea parecía absurda. Nunca había oído algo parecido. Estudió la cara de De Cock con su penetrante mirada. Conocía esa cara.

Había llegado a familiarizarse con ella en el curso de sucesivos interrogatorios. Profundas arrugas en la frente, extrañas cejas, ojos grises y afables marcas alrededor de la boca... todo estaba allí. Solo que la mirada medio guasona, la media sonrisa, faltaba. De Cock estaba completamente serio.

—¿De verdad quiere entrar?

—Sí.

—Y... eh ¿va a ser antes de que anochezca del todo?

De Cock sonrió. Era imposible resistirse a su sonrisa.

—En caso de que haya problemas, yo me hago cargo de todo.

Henkie le miró pensativo con su labio inferior hacia fuera y un tic que movía su mejilla. No estaba seguro, pero no dudó demasiado. Volvió a meter el labio inferior y su expresión se transformó. Hasta sus ojos reían.

—Después de todo, siempre fue justo conmigo.

Sonaba a la conclusión final, después de una larga deliberación. Observó de nuevo la puerta y las ventanas de la casa para calcular sus necesidades, luego se dio la vuelta, y se marchó a por sus herramientas.

Capítulo 11

Henkie trabajaba rápido y sin hacer ruido. Su concentración en el "trabajo" era total. Manejaba las herramientas, las manos enfundadas en unos guantes, como un profesional, que es lo que a su manera era en realidad.

De Cock le observaba, desde cierta distancia, absorto en las maniobras precisas del *manitas*. Esta distracción casi le supuso ser sorprendido por un joven solitario. Afortunadamente, el hombre pasó cabizbajo al lado de Henkie, más preocupado de ir bien abrigado, que de cruzarse con alguien. En cuanto se alejó unos pasos, Henkie manifestó seriamente su malhumor.

—Besugo... ¡me he dado un susto de muerte! Recordó entonces que tenía un compañero de faenas un tanto raro.

—Lo siento —dijo De Cock disculpándose con una sonrisa de comprensión.

—Bueno, ya está, ya ha pasado.

Henkie volvió a concentrarse en su trabajo. En unos segundos abrió la puerta. Un trabajo de maestro, la puerta apenas tenía marcas. Se necesitaría una mirada experta para descubrir los rastros de una entrada ilegal.

De Cock le dio una palmada en el hombro alabando su trabajo con la intención de rebajar la tensión.

—Ven conmigo, tal vez haya más obstáculos dentro.

Cerraron la puerta y empezaron la búsqueda de no se sabe muy bien qué tipo de pruebas. De Cock no sabía lo que buscaba exactamente, seguía un impulso completamente intuitivo. Intuía que Ellen estuvo allí la noche en que fue asesinada. Esperaba descubrir alguna pista que le llevara al asesino.

Con Henkie pisándole los talones, recorrieron los pasillos entarimados, entrando en todos los despacho, uno tras otro. La luz de su linterna iluminaba los archivadores y las máquinas de escribir tapadas con sus fundas. De cuando en cuando brillaba la pantalla de algún ordenador.

Henkie le daba codazos.

—Si ya lo dije yo. Nada. Las máquinas de escribir no valen nada, todas marcadas y numeradas. Y los ordenadores igual. Cualquier perito te los tiraría a la cara. Y si los intentas colocar en otro sitio, te pillan fijo.

De Cock sonrió por las recomendaciones.

—No he venido a robar nada, pero gracias por tus advertencias.

Henkie se quedó parado.

—¿Y para que demonios —le dijo susurrando—, tenía que entrar?

De Cock suspiró.

—Porque han asesinado a una chica.

—¿Dónde? ¿Aquí? —Henkie parecía asustado.

—Eso... es lo que trato de averiguar.

Henkie empezó a mirar con recelo a su alrededor.

—¡Maldita sea! —dijo tímidamente—, eso se avisa.

Henkie iluminó con su linterna las paredes, enfocando un cuadro de la pared y un angelito de escayola. Henkie lo estudió detenidamente.

—¿Cuántos años tenía?

De Cock iba más adelantado.

—Diecinueve, ¿Por qué?

Henkie bajó su linterna y con sigilo arrastró los pies detrás de De Cock.

—Por nada —dijo en un tono sombrío—, simple curiosidad.

Continuaron la inspección por el segundo piso. De Cock abrió una puerta y descubrió la sala de juntas. Le sorprendió ver las espesas cortinas echadas. Encendió la luz.

—Quédate fuera y no toques nada.

Henkie obedeció guiñando el ojo.

De Cock se metió las manos en los bolsillos y echó un vistazo. Era una sala sobria, con pocos muebles: una mesa de juntas grande de madera de caoba y sillas de cuero negro. El ambiente era de sólida confianza. De Cock se empapó de la atmósfera y buscó algo que desentonase, algo que alterase la aparente estabilidad. Tenía el ojo muy entrenado para eso. Una pasión por los detalles. Era un don que había pulido y perfeccionado a base de años en el cuerpo. Una pequeña mancha blanca en la superficie de parquet brillante le llamó la atención. La mancha se alargaba casi imperceptiblemente y desaparecía debajo de una silla. De Cock se fijó inmediatamente. Se arrodilló y alumbró debajo de la silla. Vio como la mancha continuaba bajo la silla y acababa formando un círculo.

Henkie le observaba con la respiración entrecortada.

—Alguien ha derramado aquí algo.

De Cock se levantó e intentó enderezarse, con expresión pensativa.

—¿Qué se hace cuando tiras algo?

Henkie sonrió.

—Recogerlo.

—Exactamente —repitió—, hay que fregarlo.

Se frotó la cara con las manos y siguió pensando. Después salió del cuarto. Henkie le siguió. En el pasillo, De Cock abrió una puerta. Era un armario con archivos. Miró los empolvados informes y volvió a cerrar. Al abrir la siguiente puerta encontró lo que buscaba, el armario de la limpieza.

Había cepillos, una aspiradora, un plumero, una enceradora y algunos cubos. En uno de ellos había una fregona. De Cock la levantó y la olió. El olor le confirmó rápidamente sus sospechas.

Pensó en el siguiente paso. La fregona era una prueba muy importante como para usarla de cebo. El riesgo era demasiado. Si se perdía la fregona, perdería su prueba y eso sería menos comprensible que la entrada ilegal en la oficina.

—Sujeta esto un momento.

Henkie le cogió la fregona.

—Maldita sea —dijo con cara de asco—, esto apesta.

De Cock lo sabía.

—Estaba seguro.

Miró de nuevo en el armario. Había otra fregona colgada de un clavo. La cogió y se fue a buscar un lavabo.

Al final del pasillo encontró uno pequeño y anticuado en un hueco en la pared. Puso la fregona debajo del grifo, la escurrió y volvió al armario. Rápidamente cambió los palos de las fregonas y sustituyó una por otra.

—¿Y todo esto, para qué? —le preguntó Henkie agarrando la fregona sucia lo más lejos posible.

—Aguanta un poco más —le dijo riéndose De Cock—. Enseguida te rescato.

Volvió al despacho, apagó las luces y cerró la puerta. En el armario de los archivos encontró un sobre grande amarillo. Le quitó la fregona a Henkie y la metió dentro.

Henkie le miraba intrigado.

—¿Qué quiere hacer con esa cosa asquerosa?

De Cock no contestó. Miró a su alrededor para orientarse. Lo que veía encajaba con sus sospechas. El armario de la limpieza estaba pegado a las escaleras que subían al piso de arriba. Continuó subiéndolas y en el rellano, se giró y miró hacia abajo.

—Enciende esa luz ¿quieres?

Henkie hizo lo que le pedía.

—Gracias —murmuró De Cock.

Lentamente bajó las escaleras con mirada de satisfacción.

—¿Y ahora qué? —preguntó Henkie.

—Ahora nada. Nos vamos.

—¿Quiere decir que hemos entrado aquí para pillar una fregona sucia? ¡Me toma el pelo!

—No, no. Bueno, sí, tienes razón.

Sin comprender nada, Henkie movió la cabeza. No encontraba palabras.

En unos segundos salieron con cuidado a la calle y Henkie dejó la puerta tal y como le había ordenado "su colega". A continuación se fueron caminando tranquilamente por el borde del canal. De Cock se paró en la esquina de la calle de los Caballeros.

—Te espero aquí. Ve y devuelve tus herramientas al ático.

Henkie le miró con sorna y se encaminó hacia la casa de su madre con el maletín bajo el brazo. Al cabo de unos minutos ya estaba de vuelta.

—¿Quiere registrarme? —le preguntó desafiante.

—¿Por qué? Te creo.

Henkie le miró ofendido.

—Escuche De Cock —le dijo irritado—. Acabo de abrir esa puerta como un favor personal, ¿sabe? Por nuestra vieja amistad. ¿Sabe lo que quiero decir? Yo ya no me dedico a esto, para nada ¿Lo entiende? Y si cree que voy a volver, no tiene más que ir usted mismo a por las herramientas que ya sabe donde están.

De Cock suspiró con paciencia.

—No me has entendido bien. Te digo en serio que me fío de ti. ¿Crees sino que te habría escogido como ayudante?

Henkie cambió de expresión.

—¿Nunca pillarías a uno mejor, ¿verdad?

De Cock sonrió.

—No hay nadie mejor que tú en tu trabajo. Me preocupa que se aprovechen de ti ¿lo entiendes?

Henkie asentía pensativo.

—Eso sería jugar sucio —declaró con solemnidad.

—Eso es, coincidió De Cock —tú lo has dicho.

Le dio a Henkie en el hombro en señal de confianza.

—Vamos, todavía tengo mucho trabajo que hacer. Te llevaré a casa.

—Con mi Rose de segunda mano —bromeó Henkie.

De Cock le guiñó un ojo.

—Una joya, una gran chica. Me lo creo.

Henkie se quedó contento con la alabanza.

Teniendo en cuenta que era Navidad, la sala de detectives estaba bastante animada con Jan Klaasen, Vledder, Femmy Weingarten y Tom Weick, allí reunidos. Klaassen se había sentado en la mesa de De Cock, como si normalmente trabajase allí. Vledder estaba de pie apoyado en el respaldo de una silla por detrás. Tom Weick jugueteaba con el regulador de un radiador y Femmy tenía la mirada perdida en la distancia. Se respiraba tensión en el ambiente.

Klaasen era el que parecía menos afectado por la expectación. Había cumplido con su trabajo tal y como se lo había dicho De Cock. Después de avisar a Vledder y de que aparecieran la chica y el soldado, se había acercado a la estación y enseguida localizó al camarero, que se acordaba bien de la joven y el soldado. Estuvieron juntos, tal y como De Cock le había dicho. El chico se marchó primero y a continuación ella se levantó e hizo una llamada. Eso era todo lo que recordaba el camarero.

Klaasen no sabía si era importante, y tampoco era asunto suyo. Admiraba francamente a De Cock. Él decidiría sobre la importancia de sus hallazgos. ¿Por qué iba a preocuparse?

De la estación de tren, se había dirigido a la gasolinera. El mecánico recordó el sistema de la calefacción estropeado y cómo lo había arreglado. Recordó perfectamente el coche y a su dueño. Para pagar sacó el dinero de su cartera y le dio una buena propina. No hubo factura. ¿Para qué? Klaasen lo entendió enseguida, algo extra para el mecánico, el jefe no tenía porque saberlo todo. De todos modos, no era asunto suyo. Él había comprobado todo lo que De Cock le había ordenado.

La llamada a la policía de Hoorn, no había aportado nada. Conocían a la familia Weingarten, una familia normal y respetable. La hija trabajaba en Ámsterdam, eso era todo. Jan Klaasen lo había redactado todo en su informe. Se lo entregaría a De Cock en cuanto llegara.

Vledder no estaba tan satisfecho. Tenía de nuevo aquella la sensación de que estaba otra vez fuera de juego. No veía una conexión ni un motivo en las investigaciones de De Cock. ¿Para qué traer a la chica a la comisaría? ¿Qué esperaba de Femmy? Ya la había interrogado. ¿Y qué hacía allí Ton Weick? ¿Cómo habían conectado los dos? Al parecer De Cock sabía que el soldado estuvo en casa de Femmy. ¿Lo había organizado él? ¿Había mandado a Weick a casa de Femmy? Eso

entraba dentro de lo posible. Se podía esperar cualquier cosa de De Cock. Con un profundo suspiro, se incorporó y empezó a pasear de un lado al otro por la sala.

—¿Cuánto tiempo se supone que tengo que esperar aquí? —preguntó Femmy con impaciencia.

—Hasta que venga mi compañero.

—¿Y cuánto se supone que va a tardar?

—¡Quién sabe! —contestó Vledder irritado— llegará aquí cuando llegue.

—Pues ya no voy a esperar mucho más —dijo con tono irritado.

Klaasen se levantó de detrás de la mesa de De Cock.

—Escúcheme señorita —dijo amenazante—, si De Cock ordena que la traigamos, es porque hay una buena razón. Y no piense —siguió, moviendo la cabeza—, que vamos a dejar que se vaya sin su permiso.

La cara de Femmy se puso completamente roja, y sus ojos bajo las gafas de grueso marco de concha, brillaban peligrosamente. De pronto, se levantó.

—Me gustaría ver —dijo con determinación—, quien me lo va a impedir.

Antes de que Klaasen o Vledder pudieran reaccionar, avanzó hacia la puerta y casi cae en brazos de De Cock.

—Hola señorita Weingarten —dijo con tono amistoso—. ¿No estará pensando en marcharse tan pronto? Especialmente ahora que tengo para usted una pequeña sorpresa.

Capítulo 12

—¿Es ésta la maleta de Ellen? —le indicó a Vledder con cara de cansancio.

—Sí. La señorita Femmy la ha identificado.

—¿Algo que me quieras reseñar?

—No, nada especial. Se encontró cerca de la carretera. Muy probablemente, fue lanzada desde un coche. He tardado tanto en volver porque tuve problemas en localizar al que la encontró.

De Cock asintió en señal de aprobación.

—Algunas cosas llevan su tiempo —dijo en tono filosófico.

Vledder bostezó. Estaba cansado.

—Vamos Vledder —le señaló con las llaves del coche en la mano— tenemos que hacerle una visita a alguien. Ahora te lo explico. No le gustaba que De Cock cogiese el volante de nuevo, pero con el cansancio que arrastraba casi lo agradeció.

—Empiezo a tener hambre —dijo Vledder justificando el bostezo.

—El dulce de Navidad que mi mujer me dio para ti, sigue en la guantera. Quizá te lo puedas comer ahora.

De Cock sacó la bolsa de papel y se lo pasó a su compañero que se comió con avidez el bollo de Navidad.

—¿Qué espera averiguar con nuestra visita a Dolman? —preguntó Vledder con la boca llena —. No podrá decirnos mucho más de lo que nos ha contado Femmy.

De Cock no contestó a la primera. Se enderezó en su asiento y pensó en como debía enfocar la entrevista al agente de seguros.

—Era su jefe —dijo al cabo de un rato—, tiene derecho a saber lo que les pasa a sus empleados.

Vledder le miró sorprendido.

—Todavía no se lo hemos notificado a sus padres. Creo que sería conveniente que se enteraran por nosotros primero.

—Tienes razón —suspiró De Cock—. Puedes encargarte de eso mañana. Organiza la identificación oficial como te parezca oportuno. Se cuidadoso, que se tomen su tiempo. Será duro para sus padres, por lo que yo sé, Ellen era la única hija de varios hermanos varones.

Vledder se giró hacia él.

—¿Por qué no se encarga mejor usted de eso? Se le dan mucho mejor esas cosas. Tiene un don para tranquilizar a la gente.

—Espero no estar disponible mañana.

—¡¿Qué?!

—Espero seguir disfrutando mañana de las vacaciones de Navidad. Todavía me quedan días.

Vledder no podía creerlo. Se quedó sin habla.

El señor Dolman recibió a los dos detectives en su casa con una mezcla de deferencia y algo molesto por la interrupción. Les condujo hasta una acogedora habitación, indicándoles que

tomaran asiento. De Cock dejó caer la muerte de Ellen como si fuera una bomba.

—¡Pero es terrible, terrible! —repetía Dolman levantándose de su sofá con expresiones de asombro y consternación—. ¿Cómo ha podido ocurrir algo así? —recorrió el cuarto de un lado a otro frotándose las manos. Parecía de verdad escandalizado—. ¡Asesinada la pobre chiquilla! Sus padres estarán desconsolados. Lo siento mucho por ellos. Son una gente tan respetable —deprimido, movió la cabeza—. No me siento capaz de volver a mirarles a la cara —concluyó.

—Vamos, vamos —dijo De Cock—, después de todo, no es culpa suya.

—Usted no lo entiende —le dijo, aparentemente desconsolado—. Me considero responsable. Ellen tenía tantas ganas de trabajar en Ámsterdam, que yo le ofrecí un trabajo en la oficina. Sus padres no estaban muy ilusionados con ello, pero al conocernos desde hacía tiempo, no se opusieron. Y ahora esto.

Suspiró profundamente y apretó las palmas de su mano contra la frente.

De Cock estaba sentado en el borde del lujoso sofá con su sombrero sobre las rodillas a la altura de su abdomen. No parecía una postura muy cómoda. Podría haberse sentado de otro modo pero prefería no hacerlo. Quería dar la sensación de que no se sentía seguro, de que le impresionaba el lujo de las telas y los muebles, y sobre todo la condescendencia del poderoso y teatral señor Dolman.

—Nosotros pensamos —dijo con tono sumiso—, que era nuestro deber informarle. Sabíamos que era una noticia desagradable, pero claro, trabajaba para usted, y si no hubiese aparecido después de las vacaciones de Navidad, usted se habría preocupado, usted... —su tono de voz era completamente rastrero.

El atractivo señor Dolman esbozó una ligera sonrisa. Metió los dedos pulgares en los bolsillos de su llamativo chaleco de estampado escocés.

—No les culpo señores —su tono era amistoso, casi jovial. El terrateniente hablando a sus arrendados—. Sin duda, aprecio sus buenas intenciones, pero podrán comprender... la terrible impresión.

De Cock asintió.

—Lo entiendo señor. No asesinan todos los días a un empleado.

El señor Dolman levantó las manos en señal de desesperación.

—¡No!, ¡no!, gracias a Dios, no.

Tras un rato, el señor Dolman parecía recuperado de la impresión. Volvió a sentarse en su sillón.

—Me imagino que en tan poco tiempo ¿no habrán avanzado mucho en la investigación?

—Realmente, no mucho —contestó Vledder—. Nosotros... —se quedó callado. Una mirada en los ojos de De Cock le avisaba. —Hacemos... lo que... podemos —dijo con voz melancólica.

—Sí —amplió De Cock—. No hace falta decirlo. Pero es un caso complicado. Parece que la chica fue estrangulada y hay pocas pistas en esos casos.

El señor Dolman parecía verdaderamente conmovido.

—Caballeros, no les envidio. Parece un problema de difícil solución.

—Así es —suspiró De Cock, mientras manoseaba su sombrero como avergonzado—. No hay pistas ni indicación alguna que podamos seguir.

—¿Tan complicado resulta encontrar alguna pista?

De Cock se encogió de hombros.

—Estos casos de estrangulamiento, apenas dejan pistas. ¡No se puede ni imaginar lo complicados que son! —exclamó De Cock—. Únicamente tenemos una pequeña posibilidad. Es tan pequeña, que...

—¿Y cuál es? ¿A que se refiere?

De Cock sonrió tristemente.

—No es muy significativa. No creo que le interese.

El señor Dolman se adelantó ligeramente en su sillón.

—Al contrario, estoy muy interesado. A veces, leo historias de detectives, ¿sabe? —dijo como si admitiese un vicio secreto—. Y tengo una gran admiración por los detectives. ¿De que tipo de pista estamos hablando?

De Cock suspiró.

—La estrangulación —dijo sin entusiasmo—, provoca la muerte por asfixia. La víctima no puede respirar y en nueve de cada diez casos, la vejiga urinaria se vacía ante el esfuerzo de la víctima por sobrevivir. Si ésta se encuentra llena, supondría una gran cantidad de líquido. Sabemos que Ellen, poco antes de su muerte, bebió más de una taza de café. Por eso es posible que, al morir, vaciase su vejiga. Si el asesinato se produjo en la calle, nuca encontraremos los rastros. Pero si murió en el interior, en una casa, entonces sí tenemos una pequeña posibilidad de que este caso se solucione.

—¿Y cómo es eso?

—Pues, con toda probabilidad una vez muerta la chica el asesino tuvo que borrar las huellas y, generalmente, se olvida de la fregona, o de los trapos que ha utilizado para limpiar la orina. Se dejan en un rincón, o todo guardado donde se encontró.

El señor Dolman, soltó una risa nerviosa.

—¿Pero de que serviría una fregona?

De Cock retorcía su viejo sombrero entre las manos.

—¡Oh!, no conviene menospreciar la importancia de algo así. Nuestros compañeros de laboratorio afinan mucho estos días y tienen unos métodos y unos equipos de investigación muy completos. Una fregona como esa nos podría dar muchos datos. Puede identificar a una persona. Verá usted, la orina es una complicada mezcla de ingredientes. La composición exacta puede variar enormemente de una persona a otra.

—Asombroso.

De Cock movió la cabeza de arriba a abajo.

—Claro, que todo eso está muy bien —dijo seriamente—, pero primero tenemos que encontrar la fregona. Y tal y como están las cosas... —De Cock hizo un gesto de desesperación y se puso en pie—. Tendrá que disculparnos, pero será mejor que nos pongamos en marcha.

—No... no faltaba más —contestó Dolman algo confuso—. No quiero retenerles. —Rápidamente se levantó y les acompañó hasta la puerta principal.

—Yo... eh... espero que tengan éxito —dijo a modo de despedida.

—Gracias —respondió simplemente De Cock—, gracias.

Vledder y De Cock salieron, pero antes de que Dolman tuviera ocasión de cerrar la puerta, De Cock se dio la vuelta y dijo:

—Casi lo olvido. Mañana por la mañana querría echar un vistazo a su oficina. Quizá haya objetos personales en la mesa de Ellen que nos puedan interesar.

—¿Mañana por la mañana?

—Si no hay inconveniente.

—Sí, claro, sí —dijo algo entrecortado—. Cómo no.

De Cock se levantó el sombrero educadamente en señal de agradecimiento.

—Estupendo, muchas gracias. Entonces le veré mañana señor Dolman.

Tan pronto como estuvieron fuera de su alcance, De Cock empezó a correr, hacia la calle donde había aparcado su coche.

De Cock casi nunca corría, no le daba el perfil físico, pero en este caso el tiempo corría en su contra.

Ver a De Cock acelerando resultaba cómico; con el sombrero en la mano y su abrigo flotando por detrás. Sin embargo, y a pesar de su torpeza, era capaz de alcanzar una velocidad sorprendente.

Vledder no entendía absolutamente nada. Pero corrió y se puso a la altura de De Cock.

—¿Qué mosca le ha picado? —le preguntó corriendo a su lado.

—Tengo prisa.

—Ya me he dado cuenta de eso.

—¿No estarás pensando que me estoy entrenando para las olimpiadas?

Vledder permaneció callado.

Cuando llegaron al coche, De Cock le dio las llaves a Vledder.

—Ahí tienes, chico —dijo sofocado—. Mejor que conduzcas tú, por esta vez.

Se metieron y Vledder encendió el motor.

—¿Dónde vamos?

—Al canal Keizers, tan rápido como pueda este amasijo oxidado.

Vledder apretó a fondo el acelerador y lanzó el coche haciendo chirriar las ruedas por las silenciosas calles y los caminos frondosos del barrio residencial donde vivía Dolman.

Vledder era un buen conductor, y en muy poco tiempo llegaron al centro de la ciudad. Durante gran parte del camino permanecieron en silencio, pero Vledder no dejaba de pensar que estaría pasando por la cabeza de De Cock. Se había comportado de una forma tan sumisa, tan distinta de su comportamiento habitual, que por un momento, le llevó a pensar que su compañero se había vuelto loco. Pero enseguida lo había descartado cuando vio el aviso en su mirada. Desconcertado por un momento, supo enseguida que le había prevenido para que se mantuviera al margen, y él había obedecido a esa señal silenciosa. Se había limitado a escuchar la absurda conversación de trapos, fregona y vaciado de vejigas. Le extrañó porque no habían hablado de nada de eso. Ni una sola vez. Por lo que sabía, no había fregona en el escenario. Arrugó la frente y miró de reojo al copiloto.

De Cock estaba recostado en su asiento, con cara de cansado, pero con una mirada de satisfacción.

—¿Qué significa todo eso de la fregona? —dijo Vledder con cierta desconfianza.

De Cock suspiró.

—Exactamente lo que dije.

—¿Quieres decir que a Ellen le pasó eso cuando la estrangularon?

—Sí, así es. Si me hubieras dado un informe detallado de la autopsia, tal vez lo habría pensado antes —movió la cabeza de un lado a otro—. Pero estabas tan desconcentrado esa mañana...

Vledder miró hacia delante, concentrándose en la carretera. Había bastante tráfico en el centro. Tuvo que aminorar la velocidad. Los semáforos y los domingueros le entorpecían la marcha. Además debía permanecer atento al hielo formado en la carretera.

—Sí, su vejiga estaba vacía —añadió después de un largo silencio—. El doctor Rusteloos me lo comentó. Pero no pensé que tuviera ninguna importancia, de otro modo se lo habría dicho. —Se metió por una calle lateral y llegó al canal Keizers—. Además, siendo sincero, no veo porqué puede ser tan importante.

De Cock sonrió.

—Pensé que la explicación había sido lo suficientemente clara, también para ti. En cualquier caso, espero que sí le haya parecido importante al señor Dolman.

Se recolocó mejor en su sitio, y se enderezó.

—Te lo explicaré enseguida. Aparca el coche en el canal Heren, cerca de la calle del mismo nombre. Busca un sitio debajo de los árboles y lo más cerca posible del canal. Tenemos que evitar que lo vea el señor Dolman, podría cambiar de opinión.

Unos cinco minutos más tarde, estaban los dos sentados en las escaleras del tercer piso de las oficinas del señor Dolman. Habían entrado por la puerta principal. Henkie había dejado convenientemente bloqueado el cierre con un trozo de cinta proporcionado por De Cock. Al pasar, De Cock se había asegurado de que esta vez quedaba bien cerrada para no levantar sospechas. Después, seguido de Vledder se apostaron en el sitio desde el que mejor verían sin ser vistos.

Ya le había contado a Vledder el asunto de su amigo Henkie *El manitas*, sobre el robo cometido bajo su responsabilidad, sobre la mancha del parquet y sobre la fregona en el armario de la limpieza.

Vledder había escuchado con creciente asombro. No era muy partidario de esos métodos.

—¿Y cree qué vendrá?

De Cock se frotó la cara con gesto cansado.

—Si él la mató, cabe la posibilidad. Después de una pausa continuó:

—¿Si... qué?

—No debería pensarlo demasiado.

—¿Pero por qué?

De Cock soltó un bufido.

—Si lo piensa despacio, se quedará en casa.

Vledder empezaba a impacientarse.

—¿Y qué hay de la fregona?

De Cock movió la cabeza de un lado al otro.

—Esa fregona, hijo, esa fregona no significa nada. Por sí sola, nada. Lo único que los

brillantes chicos del laboratorio podrían decirnos, es que en efecto contiene restos de orina. Y con un poco de suerte serán capaces de identificar el grupo sanguíneo de la persona que produjo esa orina. Pero es todo. No nos podría proporcionar mucha más información.

—¿Quiere decir que la fregona en sí misma nunca sería una prueba concluyente?

—No... como mucho puede apoyar una evidencia. Pero sólo con la fregona... —De Cock suspiró—. Piénsalo, hijo. Rara vez se lavan las fregonas. Simplemente se enjuagan. La señora de la limpieza utiliza la fregona por todas partes. Por los pasillos, las escaleras, los suelos y sobre todo por los cuartos de baño. Supongo que se pueden encontrar restos de orina en casi todas las fregonas. Cualquier abogado, restregaría por los suelos semejante prueba. —Sonrió por el juego involuntario de palabras—. Probablemente sería desestimado como prueba. No lleva a ninguna parte.

—Y sin embargo, espera que aparezca.

—Sí. Estoy esperando que aparezca.

Vledder suspiró.

—No parecía tan tonto como para salir corriendo y venir aquí.

—No. En efecto no debe ser tonto. La gente no suele parecer tonta... cuando se trata de negociar. Pero no es lo mismo al hablar de sus aficiones. Espero, que como dice, haya leído de vez en cuando alguna historia de detectives en donde un súper sabueso resuelve los casos más complicados con unas pistas insignificantes. —Se frotó la barbilla—. Sólo espero que su afición le conduzca hasta aquí.

Vledder se rió.

—Se ha jugado todo el caso a esta única carta. Es un jugador con los nervios bien templados.

De Cock sonrió.

—Bueno, le dije a Dolman que teníamos una pequeña oportunidad... él decidirá quien se lleva el premio.

La espera se hacía interminable.

El frío y sobre todo la humedad de la noche que invadía la oficina vacía empezaban a incomodarles. En la más absoluta penumbra y sin hablar, permanecían casi inmóviles atentos a lo ruidos del edificio. Más de una vez oyeron las pisadas de unas patas diminutas que pasaban corriendo por el pasillo de mármol. Ninguna casa alrededor de los canales estaba completamente libre de ratas. La madera crujía en respuesta a las misteriosas presiones del edificio y a los cambios de temperatura.

De Cock empezó a dudar si Klaasen sería capaz de hacer que Femmy permaneciera en la comisaría el tiempo necesario. Legalmente, no había motivo para retenerla. Si ella insistía en marcharse, no habría forma de impedirlo, a menos que fuese oficialmente acusada de algún delito. No le quedaba más que confiar en el ingenio de Jan para convencerla. La necesitaba para dar los últimos toques, una especie de final dramático y teatral. No por el teatro en sí, sino para convencer al asesino de que no había forma de alegar posibles eximentes.

Un ruido en la cerradura, seguido de pasos en el piso de abajo, le interrumpió bruscamente. Casi conteniendo la respiración oyeron como crujían los escalones que llevaban al segundo piso, debajo de ellos.

De Cock sintió como se tensaban los músculos de Vledder.

Se encendió una luz y los pasos cada vez se podían oír con más nitidez. Una extraña excitación le invadió, desapareciendo cualquier sensación de frío y cansancio.

Las pisadas se detuvieron delante del armario de la limpieza. Vledder y De Cock observaron la figura delgada y alta del hombre en el piso debajo de ellos. No se distinguían sus rasgos faciales. Abrió la puerta del armario, y se asomó. Oyeron los cubos chocando entre sí. Durante un segundo, De Cock sujetó a Vledder e inmediatamente bajaron los dos a toda velocidad.

Paralizado por el susto, el hombre les vio acercarse. Su cara tenía un tono gris, y era incapaz de cerrar la boca. Se echó hacia atrás contra la pared y miró a los detectives con ojos aterrorizados. La fregona cayó de sus manos.

De Cock le miró con la cabeza ligeramente ladeada y una expresión de angustia.

—Buenas noches, señor Dolman. Creí que nuestra cita era para mañana por la mañana.

Dolman no lo pudo aguantar. Sabía que había sido vencido por este hombre de aspecto corriente y cara de boxeador amable. "Inspector De Cock, con... eh... CK." Nunca olvidaría aquel nombre. Sumiso, se dejó llevar.

Flanqueado por los dos detectives, anduvo hasta el coche de policía. Hacía frío afuera, mucho frío. Las calles que bordeaban los canales estaban vacías. Hacía algún rato que la gente ya se había refugiado en el calor de sus casas.

Nadie presenció el pequeño drama. Las velas de algunos árboles de Navidad brillaban tras los cristales helados de las ventanas en la calle Heren. Dolman los miró y agachó su cabeza.

De camino a la comisaría, De Cock dudaba todavía de si todo esto habría servido para algo. En cuanto abrió la puerta de la sala de detectives, inmediatamente vio a Femmy saltar de su silla como un leopardo. Fue como si hubiese estado esperando ese momento toda su vida. Con pasos rápidos y firmes se acercó a Dolman y empezó a golpearle el pecho con sus pequeños puños. La rabia, tanto tiempo reprimida, brotó de golpe.

—¡Asesino! —gritó—. ¡Asesino! Tú la has matado, la has matado.

Klaasen y Vledder quisieron intervenir pero De Cock hizo un gesto para que se contuvieran. Desde la distancia, observaban la escena con frialdad. La cara de Dolman, cubierta por una máscara sin compasión contrastaba con la expresión dolorosa de Femmy que le maldecía, chillaba y le golpeaba una y otra vez. De Cock la dejó expresar su rabia.

Después de un rato la agarró del brazo y se la llevó a otro cuarto.

—Tendremos que hablar más tarde, con más calma y en profundidad. —Sacó su segundo pañuelo limpio del bolsillo y se lo dio para que se enjuagara las lágrimas. Después salió y volvió con Dolman y los demás.

—¿Cuántos años tiene? —su voz sonaba despectiva.

—Cuarenta y cinco —contestó Dolman.

—¿Y cuántos tenía Hellen?

—Diecinueve.

De Cock suspiró.

—¿Ha oído alguna vez —le preguntó finalmente—, hablar de la ley del Talión, ojo por ojo y diente por diente? Movió ligeramente la cabeza—. Un concepto legal atroz, ¿no cree?

Afortunadamente para usted, hemos progresado desde entonces.

—Todavía no puedo recuperarme de la reacción de Femmy —Vledder movió la cabeza de lado a lado recordando el incidente—. Creí que iba a cargárselo.

—¿Te aseguraste de que llegara sana y salva a Hoorn?

—Sí, sus padres estaban un poco asombrados de verla llegar en mitad de la noche. Pero tenía razón. Era la mejor solución. No podíamos dejarla sola dadas las circunstancias.

—No, eso no podía ser.

Estaban sentados delante del fuego de la chimenea, en el acogedor cuarto de estar de la casa de De Cock. Este había abierto su mejor botella de coñac, porqué aun era Navidad, pero además porque se sentía bien consigo mismo. Estaba satisfecho con la manera en que se habían desarrollado los acontecimientos. Se acomodaba en su sillón con los pies metidos en sus cómodas zapatillas.

Su mujer apareció de la cocina.

—Me he perdido algo, no lo he entendido del todo —dijo la señora De Cock—, ¿Femmy qué relación tenía con el asesino?

De Cock dio un largo y lento sorbo a su coñac.

—Femmy es la figura más patética de esta tragedia. Además de extraña y difícil de comprender. Hace sólo cuatro o cinco años era una chica atractiva, llena de sueños y fantasías amorosas. En Hoorn, durante una regata, conoció a Dolman que se presentó como un soltero rico. Femmy se enamoró de él y Dolman pareció ser el hombre de sus sueños, la respuesta a sus oraciones.

Pensativo, De Cock dio otro sorbo. Luego siguió:

—Cuando Femmy descubrió que era un hombre casado, le pidió explicaciones y Dolman le prometió que se divorciaría. Pasaría algún tiempo antes de que pudieran casarse, pero le pidió que confiara en él. Luego siguieron las típicas excusas. Al cabo de dos años, se quedó embarazada. Entonces la situación se enrareció, al negarse definitivamente el señor Dolman a divorciarse de su mujer. Le ofreció un acuerdo por el que trabajaría para él en la oficina cobrando un buen sueldo para mantener a su hijo. Por supuesto, ella nunca podría reclamarle nada a él y además negaría cualquier rumor sobre su relación.

Vació el vaso y lo colocó en la mesita que tenía al lado.

—Femmy accedió —siguió contando—. No tenía otra elección. El embarazo estaba demasiado avanzado. No había otra salida. Pero su odio hacia Dolman, a todos los hombres en realidad, empezó a crecer desde entonces. Suprimió su vanidad femenina. Y escondió su atractivo bajo jerseys grandes, medias gruesas y zapatos planos. Incluso escondió su cara detrás de unas gafas que ni siquiera necesitaba. Se fabricó una coraza para protegerse de los hombres.

De Cock hizo una pausa. Su mujer y Vledder escuchaban atentamente.

De Cock nunca daba demasiadas explicaciones. Estaban como hipnotizados.

—Cuando Hellen apareció en la oficina, y le contó a Femmy como había conseguido el trabajo, ella se imaginó lo demás. Intentó protegerla, la ayudó a encontrar una habitación y le habló de sus experiencias. Una y otra vez quiso prevenirla.

Hizo otra pausa, mientras se servía generosamente otra copa de su brebaje favorito.

Cuando Hellen rompió su noviazgo a los pocos meses, Femmy se disgustó. Temía que sufriera por una relación sin futuro con Dolman, sabía que él nunca se divorciaría de su mujer. Femmy lo sabía por amarga experiencia. Quizá intuyó que Hellen estaba embarazada incluso antes de que ella misma lo supiera. En cualquier caso, cuando lo supo seguro, Femmy fue a hablar con Dolman y le dijo que debía terminar su relación con Hellen. También le dijo que debía hacerse cargo del aborto.

Bebió un cuidadoso sorbo de su copa.

—Tenéis que entender —resumió—, que no le movían los celos. Ya no sentía nada por Dolman hacía mucho tiempo. Estaba de verdad preocupada por su compañera. Quería salvarla. Quería liberarla para que pudiera casarse con Tom Weick. Eso le decía a Hellen, y ella finalmente accedió. Retomaría su noviazgo en cuanto hubiese superado el aborto. Ahora sabemos que la conversación con Tom en la estación dio lugar a otra por teléfono con Dolman.

Otra pausa, otro sorbo.

—Dolman me contó la conversación con Hellen. Ella le dijo que debía ocuparse del aborto. Ya estaba embarazada de tres meses y quedaba poco tiempo.

Miró hacia Vledder y levantó la botella con gesto inquisitivo. Ante la respuesta afirmativa de Vledder, rellenó el vaso vacío que tenía a su lado.

Tras reflexionar sobre sus propias palabras, De Cock aspiró el aroma del líquido precioso de su propio vaso, tomó un sorbo y siguió.

—Dolman afrontaba una difícil decisión. Primero Femmy y luego Hellen le habían amenazado con airear sus asuntos en público si no se hacía cargo de sus responsabilidades. Dolman se tomaba las amenazas en serio, no era para menos. Era consejero de importantes empresas, miembro destacado en la organización de su iglesia, y era moralmente respetado como empresario, un marido admirado y un buen padre. El aborto en sí, no era ningún problema, pero tendría que buscar la manera de que su nombre no figurase. Como sabéis, aunque los padres o el marido no tienen obligación de aparecer, el médico querría saber el nombre del padre. Es un requisito administrativo. Y Dolman quería precisamente, no aparecer como tal.

De Cock dejó de beber mientras hablaba. Calentaba el vaso con la mano mientras lo hacía, pero se tomaba su tiempo para sorber y saborear su bebida. Sostenía que el coñac merecía contemplación, y tras prestarle la debida atención, siguió con la historia.

—Dolman se informó por ahí, y de forma muy discreta si había una manera de evitar que su nombre apareciese en los papeles del aborto. Quiso saber si alguien podía tratar a Hellen sin preguntarle su nombre. Pero él simplemente no tenía los contactos adecuados para conseguir esa información. Además tenía miedo hasta de preguntar. Después de la llamada telefónica, fue a la estación a recoger a Hellen. Probablemente ella sospechaba que ya había encontrado a alguien para ocuparse del asunto y dejar su nombre fuera. De eso no podemos estar seguros. Dolman asegura que quería hablar sobre el asunto con ella. En cualquier caso, llevó a Hellen directamente a la oficina y la estranguló. Dice que lloró durante mucho tiempo sobre su cuerpo. Sólo más tarde se preocupó de cómo deshacerse del cadáver. Tuvo miedo de hacerlo en el canal Keizers. Demasiado cerca de la oficina pensó. Aunque también resultaba arriesgado pasearse por ahí con

un cadáver. Por eso la tiró al canal Heren. La relación con la oficina parecía más improbable.

De Cock disfrutaba de su copa, sintiendo cómo el cálido líquido de color ámbar se deslizaba brillando hacia su estómago.

—Cuando se deshizo del cuerpo, volvió al canal Keizers para limpiar los restos del asesinato. Pero se olvidó del bolso de Ellen que se había quedado en el asiento de atrás, y fue hábilmente sustraído por Henkie *El manitas*.

La mujer de De Cock apoyó sus manos sobre la falda.

—Así es que Femmy —constató—, realmente no tenía nada que ver con el asesino.

De Cock miró fijamente su vaso vacío.

—Directamente no —contestó pensativo—. Pero no dejo de dar vueltas a sus verdaderas intenciones. ¿Eran realmente tan puras como quiere hacernos ver? Anoche me contó un incidente en la playa, cerca de Seadike. Parece ser que Dolman intentó estrangularla aquel día. No me sorprendió tanto por el hecho en sí, como por la forma en que me lo contó. Mostraba una dualidad de carácter que me hizo pensar en su desinteresada preocupación por Ellen. Me dio una extraña sensación. Femmy aparentemente sabía que Dolman era capaz de asesinar.

Datos del libro

Primera edición: noviembre de 2006
Título original: *De Cock en de wurger op zondag*

Gracias al equipo de L@C

Notas


En Holanda hay dos días de Navidad.<<